

LA VERSIÓN DE EMILY

Romance, seducción y secretos

Carolina Gattini



La versión de Emily.

Carolina Gattini

La versión del duque.

Soy meticuloso, algunos dirán que es una forma muy suave de describir mi carácter, también soy observador, me gusta cuidar los detalles, y sobre todo controlarlos, hasta el más mínimo. No sin ello habría conseguido aumentar el patrimonio de mi familia hasta su máximo "histórico", que podría ser mucho menos de la cifra actual, y seguir siendo el máximo, ya que lo que heredé de mis antepasados fue una acumulación de deudas y embargos que comenzó en manos de mi bisabuelo, que aumentó mi abuelo y que terminó engrosando mi padre, el anterior duque de Hampshire. Me gusta controlar a mis enemigos, y no soporto la incertidumbre. Por todo ello, hay alguien en mi familia que supera los límites de mi paciencia y de mi autocontrol, alguien a quien no puedo controlar totalmente y que sólo es capaz de llevarme a la desesperación en cada encuentro, ese es mi hijo Thomas.

Y aquí está frente a mí, informándome de su futuro matrimonio con la fulana que le acompaña. Sabe que delante de toda la familia no gritaré, guardaré las formas, y cree además que le permitiré tal desfachatez. Thomas es mi punto débil, por eso intento verle lo menos posible. Aunque no por ello me desentiendo de él, simplemente intento evitarlo para no ceder a las inevitables ganas de estrangularlo, como en este mismo instante. Sus dos hermanas me miran con expectación, me conocen bien, saben que estoy fingiendo una sonrisa, saben que las venas de mi frente están a punto de estallar.

-- Padre... --dice una de ellas, no sabría decir cuál, porque la ira me ciega y son exactamente iguales. Más tarde hablaré con las doncellas para que dejen de vestirlas del mismo color y los mismos vestidos. Normalmente las distingo, pero hoy sólo puedo mirar con atención a esa maldita cazafortunas que ha convencido a Thomas para casarse con ella.

Es demasiado joven para ser tan lista, o mi hijo demasiado tonto. Me fijo con más calma intentando sobreponerme a mí mismo, mientras hablan entre ellos y con las gemelas. Debo calmarme para centrarme en los detalles. Más adelante sabré todo sobre ella, pero en este instante necesito saber lo máximo posible y sólo cuento con mis propios ojos y mi experiencia. La observo de arriba abajo, me detengo en los detalles, su peinado, sencillo pero elaborado por otra persona; su rostro, limpio y atractivo; su mirada, hay algo en ella, un

atisbo de picardía, tal vez; que intenta ocultar con una sonrisa tímida, inocente. A la legua se ve que es una cazafortunas y que no tiene una libra. Podrá convencer a los demás, pero conmigo no va a poder, pienso para calmarme y convencido de ello también. Sigo evaluando los detalles, su vestido, al igual que el peinado, es sencillo, pero no aparenta pobreza. Está claro que quiere dar una imagen de ingenuidad e inocencia que por sus ojos deduzco que es totalmente falsa, quiere parecer una joven comedida y casta, pero por muy blanco que sea el color de su vestido, el escote revela más de lo que debería. Por muy tímida que intente aparentar ser, desde que ha entrado con Thomas del brazo he sabido que era una cazafortunas.

-- Thomas, a mi despacho -- me limito a decir autoritariamente, haciendo un gesto con la cabeza al resto de los presentes, la fulana de la prometida de mi hijo, mis gemelas, Victoria Bellham y las dos damas de compañía de mis hijas, la señora Thompson y la señorita Smith.

-- Papá --no tiene ningún respeto, siempre me ha tuteado, no sé si lo hace para demostrar algo, o para sacarme de quicio--, no entiendo por qué la has tratado de esa forma --me espeta sin pensarlo dos veces--, es una ejemplar, no se merece este trato --no emito ningún sonido, sólo lo miro con una ceja levantada a modo de respuesta incrédula--, es de buena familia, no es lo que piensas, pero no te voy a explicar nada, porque contigo no valdría la pena, me voy a casar con ella y no quiero oír nada más --finaliza con un evidente enfado que me recuerda a su infancia y las rabieta insoportables que iniciaba cada vez que quería algo que le negaban. Las institutrices iban y venían de Whiteshore como las estaciones cada año.

Suspiro y pongo los ojos en blanco, tendré que seguir su juego. Si no fuera mi hijo, pienso con otro suspiro, sería más sencillo. Aunque no por ello se casará con esa mujer, eso lo tengo clarísimo.

-- Está bien, ¿qué familia es esa? tendré que conocerles antes de la boda... --consiento con una sonrisa fingida y una palmada en su hombro para que salgamos juntos del despacho.

Si no fuera mi hijo, esa mujer ya habría desaparecido, de una forma, u otra. Desde luego, en los negocios, no permito que nadie se interponga en mi camino, ni en los negocios ni en ningún otro ámbito. Pero con la familia todo

es distinto, sobre todo con mi hijo, que es capaz de cometer cualquier estupidez, como fugarse a Greetna Green y ser el hazme reír de toda la sociedad, dejandome en evidencia por esa... esa... furcia.

Una semana después.

Asisto al baile donde anunciarán su compromiso, a regañadientes por supuesto, porque toda esta historia se está alargando más de lo que tenía previsto. Lady Victoria, vizcondesa viuda de Bellham me sonrío ofreciéndome una copa de Champagne.

-- No has bailado en toda la noche, ni has sonreído.

-- Un hombre de mi edad no tiene por qué bailar, ni tengo motivos para sonreír.

-- Fingir, al menos.

-- Ese es un motivo --la miro con complicidad mientras acepto la copa.

-- ¿Qué vas a hacer?

-- Matarla --lo digo sin pensar mientras aprieto la copa con fuerza, evidentemente no lo haré, pero Victoria me conoce bastante bien, y no está segura de si hablo en serio, porque me mira boquiabierta--. No pongas esa cara, sólo estoy evaluando la mejor forma de que se aleje de esta casa y de esta familia, si es por su propia voluntad, mejor --digo sin dejar de observar a esa joven cazafortunas.

-- Dudo que se marche por propia voluntad, la posibilidad de ser duquesa algún día es una tentación demasiado grande. Aunque le ofrecieras dinero o cualquier cosa que se te ocurra, sería sólo una parte de la que tendrá en un futuro, además del título. No va a renunciar a todo eso sin más.

-- Habrá que darle un empujoncito, entonces. Pero no voy a dejar que una cazafortunas sin pasado, sin dinero, ¡sin título! por el amor de Dios, sea la madre de mis nietos.

-- Es muy hermosa --afirma Victoria mientras dirige sus ojos hacia donde lo hago yo toda la noche-- serían unos nietos preciosos --dice riéndose a la vez que me enfurezco todavía más.

Encontraré algo, me digo, algo con lo que amenazarla. Mientras la observo recuerdo el día anterior, en el despacho de mi abogado, donde se encontraban también dos agentes de Bow street que trabajan para mí en su tiempo libre, por decirlo de alguna manera, porque están siempre a mis órdenes. John desvía la mirada mientras leo el informe que me ha entregado previamente.

-- Sólo son conjeturas --afirma cuando deduce que he llegado a la parte del niño. Stevenson se mueve inquieto.

Desde hace una semana tengo alojados en Whiteshore Park, mi propiedad a las afueras de Londres, a una familia de lo más variopinta, compuesta por la señorita Emily Jhonson, los padres de la susodicha y un niño que, afirman, es su hermano. Sin embargo, hay algunos detalles que me hacían dudar; ese niño está demasiado tiempo en brazos de Emily, sobre todo en privado, ya que mis sirvientes me mantienen informado de todo lo que hacen esos parásitos. Nunca he visto tanto afecto entre hermanos, de hecho apenas he visto a mi hermana más de dos veces al año durante toda mi vida, y no es que me importe demasiado. No tengo tiempo que perder en tonterías, ese tipo de cosas, las relaciones sociales se las dejaba a Anne.

En el informe, se especifican otros detalles, como la inminente ruina de los padres, o que tuvieron alguna relevancia social y económica en el pasado. También que durante la segunda temporada de Emily se marcharon al campo, donde meses después nació el pequeño Ernest. John ha estado en el pueblo donde se alojaron haciendo preguntas, pero los sirvientes que trabajaron en aquel lugar para los Jhonson se han marchado a no se sabe dónde.

-- ¿Necesita algo más?... Lord Bradbury... -- me pregunta Stevenson, una pedazo de bestia que con el traje y la corbata aún parece más corpulento. Por un momento se me pasa por la cabeza que ese hombre podría quebrar el cuello de todos los miembros de esa familia de parásitos, pero no...

-- De momento no, pero quiero que encontreis a esos sirvientes, de la

chica me encargará yo mismo.

Son cosas de familia, al fin y al cabo, no quiero que esos dos matones se inmiscuyan en mi casa y ausuten a nadie, teniéndola llena de invitados. Porque de cara a la galería, la boda se producirá. Y como cada año, antes del inicio de la temporada, alojo a la flor y nata de la sociedad inglesa iniciando los eventos como bailes, cenas y demás que dan paso a la primavera, una costumbre que inició Anne, mi difunta esposa, y que sigo aguantando por mis hijas. Para más inri, tendremos que añadir los eventos habituales previos a la boda de un duque. Niego con la cabeza mientras los dos agentes me miran expectantes.

-- Dejadme solo --ordeno colocando el informe sobre la mesa de Edgard, mi abogado, que cree que debe marcharse también--. Tú no --le interrumpo--, tenemos trabajo. No podemos descuidar el resto de los negocios, aunque tengo que reconocer que esa arpía ha ocupado mi cabeza más tiempo del que puedo ofrecer a nadie.

-- Por supuesto, Arthur --es el único hombre al que permito que me llame por mi nombre, en privado. Con las mujeres es distinto...

Vuelvo mis pensamientos al presente, la sala de baile está repleta de parejas, bailando el vals, y observo que mi hijo y esa cazafortunas están entre ellos. ¿Acaso no tienen ninguna decencia? No se ha anunciado su compromiso todavía. Todo el mundo pensará que se casan porque ella está encinta o cualquier estupidez similar, como que ella ya no es virgen. Tengo que parar todo esto antes de que ya no haya vuelta atrás y las habladurías afecten a toda la familia. La música termina y esos dos quieren seguir bailando... ¡otro vals! Me acerco con una sonrisa, que no sé cómo he podido dibujar en mi rostro, pero que me ha costado más que incluso hospedar a su familia.

-- ¿Me permites? --le pregunto a mi hijo sin darle opciones a negarse, porque ya le estoy cogiendo la mano a Emily a la que arrastro conmigo. Temo que esta noche me acueste con la misma sonrisa y no tenga forma de desdibujarla de mi cara, tan forzada es. Ella me mira azorada, aparentemente, porque sé que es más lista de lo que quiere aparentar.

La sujeto por la cintura y marco los pasos, no vaya a ser que se me escape. La gente pensará que es una joven un poco descarada. Bailar el vals con dos hombres distintos, aunque de la misma familia, no es lo más habitual, pero peor habría sido que mi hijo acaparara todo su tiempo, demasiadas confianzas, demasiadas habladurías antes del compromiso. Sería más difícil cuando se rompa, después de tantas especulaciones.

Emily levanta la vista hacia mí, sólo cuando ya no puede soportar más mi mirada inquisidora e inmediatamente baja sus ojos. Quiero decirle algo hiriente, quiero hacerle algo, ahora mismo creo que la mataría, y no puedo; pero en mis ojos se pueden leer todos los sentimientos que pasan por mi mente.

-- Sé lo que piensa de mí --admite sin preámbulos, y eso me va a facilitar las cosas.

-- ¿Ah sí? --ironizo levantando una ceja-- ¿Y qué cree, señorita Jhonson, que pienso?

-- Lo que todos dicen, aunque no lo hacen abiertamente --reconoce-- pero me miran y cuchichean.

-- Lo que cree que piensan los demás es lo que usted les concede, tal vez les adjudica esa versión porque es la realidad, me pregunto cuánto hay de verdad en esa versión y cuánto es infundado --ella me mira boquiabierta, luego ofendida--. Ya sabe lo que dicen, cree el...

-- Lo único que me importa es lo que piense Thomas, mi prometido --sentencia con una mirada desafiante.

-- Eso está por ver, aún no se ha anunciado el compromiso.

-- Pues todos hablan de ello. A pesar de sus reticencias, ya todos saben que estamos prometidos, aunque no se haya anunciado todavía.

La mano que tengo en su cintura se contrae involuntariamente, si fuera su cuello lo que tuviera agarrado, lo quebraría en unos segundos, tan delgado es, tan suave parece, que estoy seguro de que se deslizaría entre mis dedos al

hacerlo. Ella me mira ahora asustada, pero también con odio, ahora es recíproco. Sus cabellos oscuros recogidos en un intrincado peinado es lo último que veo de ella al marcharse airadamente, en cuanto termina la música y puede dejarme solo sin montar un escándalo.

La versión de Emily.

Estoy segura de que ese maldito lord piensa que he manipulado a su hijo para que se case conmigo, que lo he seducido como una bruja, como si usara oscuros encantamientos para depravar a los primogénitos de los nobles ingleses y así llevarlos a la perdición. Y piensa que lo único que quiero de su hijo es su fortuna, que soy una muerta de hambre que ha tenido suerte; una pequeña arpía que ha conseguido ni más ni menos que un futuro duque.

En definitiva, piensa, que soy una cazafortunas sin escrúpulos que ha conquistado a su "adorado hijo". De acuerdo, casi todo es verdad. Casi, porque sí tengo mis escrúpulos, no le tocaría ni con un palo si no fuera extremadamente atractivo. Thomas es una verdadera tentación, sus ojos azules son de un tono tan intenso, que no puedo concentrarme cuando los miro, sus cabellos rubios me vuelven loca, no sé si es por lo distinto que es a mí, que tengo el pelo casi negro; sus labios, simplemente no puedo dejar de mirarlos, a veces creo que me voy a echar encima de él y no podré dejar de besarlos, de hecho cuando nos hemos besado, me ha costado parar, y debo hacerlo, por lo que me conviene. Bueno, y hasta aquí vienen los halagos que puedo decir de mi prometido, porque desde luego, es idiota. Lo peor de todo es que tengo que fingir que todo lo que dice me interesa enormemente, que me parece fascinante su "inteligencia", sus comentarios estúpidos sobre banalidades o sus opiniones sobre política, algo sobre lo que no tiene la menor idea, por su edad y por su vida llena de comediadas. A veces le miro cuando habla y, si estamos solos, le beso, sólo porque es lo único que sirve para que se calle, y de paso le demuestro cuánto me interesa lo que dice y un atisbo de lo que le espera en el futuro, porque cada vez me resulta más difícil demostrar otro tipo de interés. Mi único consuelo es contar todas las estupideces que dice a mi "dama de compañía", que en realidad es mi tía Margueritte, lo cuál debemos mantener oculto, porque de lo contrario, se notaría demasiado nuestro nivel de pobreza. Sí, somos pobres, todo gracias a mi hermano mayor, que dilapidó nuestra pequeña fortuna y nos endeudó al resto para terminar huyendo a Francia, dejándonos aquí sin futuro. Y para más inri, mi madre se quedó embarazada, cuando ya creíamos todos que a su edad no podría. El médico dijo que era un milagro, pero el milagro ha sido que podamos tener algo que llevarnos a la boca en los últimos meses. Londres es caro, pero es que en el campo tampoco hemos apenas podido

sobrevivir, los pocos sirvientes que podíamos permitirnos nos dejaron hace tiempo, no podíamos pagarles desde hacía semanas y hemos tenido que recurrir a la familia de mi madre para que haga el papel de dama de compañía, cochero, etc. Al menos hasta salir de este entuerto, antes de la boda, por las apariencias... Si tuviera cerca a mi hermano creo que lo estrangularía. Sobre todo por lo que hemos pasado, y por lo que me espera, porque el duque es un hueso duro de roer, y me tiene entre ceja y ceja. Por muchas miraditas de niña tonta que intente, no hay manera de que caiga encandilado como el resto de su familia. Al menos, las gemelas parecen estar de mi parte, claro que tienen demasiado respeto al duque, por lo que cuando está él presente casi no me dirigen la palabra, pero sí me dirigen miradas compasivas en contraste con las de reproche de su padre. Incluso Lady Victoria, la amante del duque, me sonrío a veces, cuando ve enfurecer el rostro de ese hombre, aunque esa mujer por extrañamiento que parezca se pone de parte de cualquiera que le lleve la contraria, no sé si lo hace conscientemente, porque yo no me opondría al duque voluntariamente.

Y ahora me mira de una forma extraña, creo que en lugar de bailar y calcular los pasos que damos, está calculando la forma de acabar conmigo, aunque sea con la mirada. Finalmente dejó de esquivar sus ojos y me doy cuenta, ahora que los tengo tan cerca, de que son iguales que los de Thomas, el mismo color azul, la misma intensidad, sólo que él me mira con un odio descomunal, y Thomas lo hace con otros sentimientos, tan pasionales e intensos, pero igualmente tan contrarios. Uno desearía acabar conmigo, y el otro, lo único que desea es llevarme a su cama.

-- Sé lo que piensa de mí... --y no sirve de nada mi intento de acercamiento, porque saca lo peor de mí, es un ser insoportable.

Le desafío también con la mirada, como lo hace él, respondo a su juego, me muestro tal cual soy, y por cómo me sujeta con sus manos, en la cintura y en mi mano, sé que no debí caer en su provocación.

-- No se parecen en nada --digo enfurecida tirando el vestido al suelo con un gesto de asco en mi cara--, y yo me quejaba de Thomas... bastante cuerdo ha salido con ese padre prepotente que tiene.

Margheritte me mira y se encoge de hombros.

-- Tal vez sería mejor que os fugárais a Greetna Green, y acabarais con toda esta farsa, porque al final se va a descubrir que estamos fingiendo todos y el duque nos va a echar a la calle, y mis nervios no pueden con tanta tensión --se queja mi tía recogiendo el vestido y dirigiéndose al vestidor, moviendo sus faldas sobre sus anchas caderas. No es que tenga demasiados vestidos como para estropearlos en un ataque de ira. Al menos vestidos de esa calidad.

-- Ya he intentado convencer a Thomas, pero dice que su padre, finalmente hace siempre lo que él quiere. Además, corremos el riesgo de que le quiten su asignación mensual y el acceso a la herencia de su madre.

-- ¿Puede hacer eso? --me pregunta sentándose en el borde de la cama, que se hunde hasta la mitad bajo su peso.

-- Puede --asiento con la cabeza resignada--, hasta que tenga 25 años, si su padre no está de acuerdo con el matrimonio.

-- Vaya cláusulas estúpidas hacen los ricachones --dice negando con la cabeza.

Me pongo una bata para asomarme al balcón mientras mi tía se marcha. Necesito que me de el aire fresco antes de dormir, para atemperar esta furia que me está consumiendo. En este estado no podré conciliar el sueño, y necesito dormir para estar en plenas facultades mañana; para volver a enfrentar al duque, como hago cada día. Se me va a hacer eterno este compromiso. No sé si deseo más la boda para acabar con nuestras miserias económicas, o para acabar con la tortura a la que estoy sometida diariamente en esta casa... y sólo llevo aquí una semana.

Abro la puerta-ventana que da acceso al balcón y observo con nitidez el jardín iluminado por la luna llena. Paseo mi mirada por el cielo, por el paisaje que se deduce en la oscuridad, por la fachada del enorme palacio. Unos ojos que apenas veo en la oscuridad, pero que se que son azules, me observan clavados en mí. Ese maldito duque me va a terminar volviendo loca. Estoy llegando al límite de mi paciencia. Pero no pienso dejar que me afecte más y

me giro bruscamente y cierro la puerta del balcón a mi espalda de un golpe.

Los caballeros y las damas que han logrado despertarse antes del mediodía han ido al picnic que las gemelas han organizado, mientras que el resto de almas en pena que bebieron demasiado, y las que no hemos podido dormir por culpa de las acusaciones y el acoso de un maldito duque, osea yo, seguimos en el palacio deambulando como enfermos con fotofobia.

¿Cómo es posible que ese malnacido sepa dónde estoy en cada momento? Sé que me tiene vigilada, de eso estoy segura, probablemente todos los sirvientes le informan de dónde estoy, qué hago y, si pueden, de qué digo en cada momento. Miro a mi alrededor antes de cruzar el umbral, para comprobar que no hay ningún sirviente al acecho, sólo busco un poco de paz. Llevo los últimos dos días encontrándomelo prácticamente en cada habitación a la que entro. Pero ahora estoy sola, afortunadamente. Busco en la biblioteca un libro para encerrarme con él en mi habitación y pensar en otra cosa. Me muevo por las estanterías repletas de libros y de polvo, y para mi desesperación se abre una puerta, y ahí está el artífice de mis dolores de cabeza. Pero es fruto de la casualidad, él no me ha visto, estoy agazapada tras una estantería y lo veo entrar a medias por entre los libros. Oigo una voz de mujer, pero no veo quién es. Oigo risas y la voz grave del duque.

No quiero hacer ruido, pero tampoco quiero estar presente mientras hacen lo que intuyo que están haciendo. Sólo alcanzo a verle a él, inclinado sobre la mujer que le acompaña. Veo su amplia espalda y ella está tendida sobre la mesa del escritorio central. No puedo salir de aquí porque el duque ha cerrado la puerta con llave y encima si me moviera me descubrirían, por lo que permanezco aquí, detrás de la librería. Como no puedo hacer nada, mi única opción es quedarme sin hacer ruido y no tengo nada mejor que hacer que mirar. Los observo, o mejor dicho lo observo a él, y la oigo a ella emitir gemidos, en mi opinión demasiado exagerados. Es una dama, de eso estoy segura, porque lo poco que aprecio por sus faldas y por sus zapatos, es puro lujo: seda, hilo de oro, etc. Él se mueve cada vez con más intensidad, más fuerza, más rápido. No veo la hora de que esto termine y poder salir de aquí. La mujer contrae las piernas alrededor del cuerpo de él y emite más gemidos

si es que eso era posible. Me parece ridículo el espectáculo que hace esa mujer, no será para tanto, pienso en mi ingenuidad. No he visto nunca una escena similar, pero en una casa pequeña se oye todo, y desde luego jamás he escuchado tanto gemido. Miro con más atención llevada por la curiosidad, y me fijo en que él tiene una mano entre los cuerpos de ambos, me pregunto qué hace con la mano y por qué. De repente, cuando estoy ensimismada en mis pensamientos, le oigo gruñir como un animal hambriento, una bestia inmunda, y me fijo en que ya no tiene la mano entre sus cuerpos, sino que ahora sujeta a la dama con fuerza para atraerla hacia sí.

Afortunadamente para mí se apresuran en colocar sus ropas cuando terminan y salen rápidamente, cerrando la biblioteca con llave tras de sí. Al menos se han ido, pero ahora no sé cómo irme yo.

Al fin en mi habitación, llego casi para la hora de la cena, he tenido que esperar en la biblioteca hasta que una de las sirvientas ha abierto la puñetera puerta, y en un descuido me he deslizado por ella sin que se diera cuenta, o al menos eso espero. Porque me moriría de vergüenza si se enteraran esos dos de que he estado allí todo el tiempo. Creo que sigo sonrojada cuando mi tía acaba de colocar el vestido y es mi prometido el que viene a por mí para bajar a cenar.

-- ¿Dónde has estado toda la tarde? --me pregunta sin reproche en su voz. Pero yo me sonrojo todavía más y no sé qué decir. No puedo justificar mi ausencia, mi tía no le dijo que yo estuviera en mi habitación cuando preguntó por mí, y evidentemente nadie me vio salir, aunque eso no significa que no pudiera haberlo hecho, así que elijo esa vía en mi desesperación.

-- No me encontraba bien, salí a dar un paseo y perdí la noción del tiempo --aseguro poco convencida de mi credibilidad, en mi mente todavía se cruzan imágenes de las escenas que he visto hace unas horas.

Estoy mareada realmente, por pasar tantas horas encerrada en la biblioteca, y él me sostiene cuando tambaleo sobre mis zapatitos demasiado pequeños para mis pies, pero no tenemos dinero para permitirme unos nuevos y estos los compramos cuando sí teníamos. Aunque pudiéramos comprar

otros, no serían de la misma calidad, por lo que tengo que hacer el doble esfuerzo de sonreír y aparentar estar la mar de agusto con mi vida y con todo lo que me rodea, cuando en realidad estoy muriendo por dentro del dolor de pies. Para añadir algo más a todo lo que me incomoda esta noche, nos topamos con el duque, que me dirige una mirada de puro odio en cuanto mi prometido se da la vuelta para saludar a otros invitados. Muestra una ligera sonrisa de maldad cuando le devuelvo la mirada, donde no tengo que fingir, donde por un segundo, debido al cansancio, al dolor de pies, y al resto de cosas que han ocurrido esta tarde y que están martilleando mi cabeza, muestro mi debilidad con los párpados caídos. Enseguida me recupero e intento sonreír y representar mi papel como he hecho hasta ahora. Mi prometido me sujeta del brazo para llevarme a la mesa, donde tengo que estar alejada de él por el maldito protocolo, y que por esta misma razón estoy sentada entre dos damas viudas sin título al igual que yo pero con más dinero que el propio duque, que preside la mesa. En un principio pienso que esas dos mujeres van a conseguir que la cena sea el colmo de este día infernal, pero para mi sorpresa no dejan de hacerme sonreír con comentarios picantes con respecto al resto de invitados. Ambas hablan como si yo no estuviera sentada entre las dos, y ya me he enterado de los amantes de la mitad de los invitados que hay en la cena de esta noche.

-- Ese caballero me recuerda a mi segundo marido --dice la que tengo a mi derecha, la señora Harris--, era como un animal --aclara entre las risas de la señora Blair, a mi izquierda.

-- Si tuviera veinte años menos... y veinte kilos menos...

-- No se nos escaparía un hombre así --asegura la señora Harris dirigiéndose a mí y dándome un golpecito cómplice con el codo. Yo la miro con sorpresa intentando ocultar mi sonrisa y levantando las cejas. Debería meterme en mi papel de dulce jovencita que se escandaliza por comentarios así. Básicamente porque el duque no deja de mirarme y sabe que esas dos mujeres sólo dicen barbaridades.

-- ¿Qué opina, señorita Johnson?

He perdido el hilo de la conversación, no sé de quién están hablando, de un caballero atractivo, supongo.

-- Aunque ya sabemos a cuál prefiere usted --responde la señora Blair guiñando un ojo.

Yo sonrío tímidamente.

-- Es un joven muy atractivo, pero yo prefiero al padre, se puede imaginar una cómo debe ser el duque en la cama --le contesta la señora Harris, y yo me vuelvo como la grana, porque de hecho lo he comprobado con mis propios ojos y me vienen a la mente los recuerdos de esta tarde.

-- El hijo será más dulce --dice la otra como si hablar de cómo será mi prometido delante de mí fuera de lo más normal del mundo.

-- Tuve un amante como él, de hecho está entre los invitados esta noche -- asegura la señora Harris. No se cortan en hablar de sus amantes o de sus difuntos maridos. Y puedo asegurar, incluso yo, que no soy la hija de ningún noble, y de modales sé lo poco que pude aprender en mi primera y única temporada, que no es ni habitual ni correcto hablar tan a la ligera de estos temas, al menos para la sociedad inglesa. Tal vez en otro país, tal vez en el continente, Francia o Italia... la señora Harris interrumpe mis pensamientos dándome un golpecito en el antebrazo para indicarme cuál fue el amante que se parecía a mi prometido, supuestamente en la cama, supuesta e hipotéticamente.

-- Aquel caballero, claro que cuando lo desvirgué era mucho más apuesto, más joven... --susurra a mi oído.

-- Y no estaba fofo --acaba la frase la señora Blair también en un susurro.

-- Me gusta, señorita Jhonson, definitivamente puedo afirmar que me gusta.

-- Y a mí, no es como esas jovencitas papanatas que no aguantan una broma y se escandalizan por todo.

-- Aunque todo lo que le hemos contado es cierto --admite con otro susurro la señora Harris y me mira esperando que diga algo.

-- Diría que ha sido una conversación... instructiva --aseguro frente a la atenta mirada de ambas. Entonces me percaté de que el duque me está clavando la mirada de nuevo. Hoy está especialmente insistente. Por un momento se me pasa por la cabeza que alguien pudiera verme salir de la biblioteca.

-- No se preocupe por él -- me dice la señora Blair siguiendo la dirección de mis ojos--, es un hombre y ya sabe cómo son, y más siendo duque. Es orgulloso, pero todos son como niños. En cuanto la conozca y vea lo agradable que es, la aceptará.

-- Lo dudo --admito con una mezcla de sinceridad y resignación--. No creo que me acepte nunca, mis padres no tienen título.

-- Helen tampoco, y ha rechazado a un vizconde y un marqués, ambos le propusieron matrimonio... --asegura la señora Harris mientras la otra asiente con la cabeza.

-- Los rechacé porque después de mi Donald no quise volver a casarme, pero ahora me arrepiento.

-- Es distinto, usted tenía una posición en la sociedad, mis padres perdieron esa posición la temporada pasada y el duque, desde luego, preferiría a la hija de un igual, no la hija de un comerciante.

-- No son tan raros los matrimonios entre la nobleza y la burguesía, eso era antes, hoy en día las cosas son distintas --intenta animarme la señora Harris.

De pronto la señora Blair comienza a exaltarse y a emitir unos ruiditos incontenibles.

-- ¡Beatrice! ¡He tenido una idea estupenda! --exclama llena de emoción-. Vamos a ayudar a nuestra joven amiga a ganarse el afecto de su futuro suegro --expresa fuera de sí haciendo temblar sus anteojos y contagiando a la otra su "idea estupenda".

-- Desde luego no tenemos nada mejor que hacer --reconoce con una

sonrisa cada vez mayor ante mi mirada horrorizada que va del duque a ellas dos.

La mañana siguiente el palacio se encuentra más animado, los huéspedes "madrugan" y a las 11 ya están todos preparados para el picnic en el viejo castillo medieval que fue el anterior hogar de la familia, hace casi dos siglos.

Las dos alcahuetas se han presentado en mi habitación y me han dejado un vestido de paseo, que sinceramente no quiero saber de dónde lo han sacado, y sin dejarme siquiera hablar me han obligado a vestirlo. Es un poco ridículo y pasado de moda, no sé por qué piensan que así me ganaré el afecto del duque, lo más probable es que se ría en cuanto me vea, y no sé qué pensará mi prometido. Thomas aparece junto a su padre cuando ya estamos todos sentados en las mantas que los sirvientes han extendido en el suelo frente al río y buscando la sombra del castillo medio derruido. Helen y Beatrice están sentadas junto a mí, al igual que mi madre y mi hermano, que está dormido, afortunadamente para todos, porque cuando empieza a berrear no hay quien pueda con él. Las gemelas, hermanas de Thomas se acercan también cuando lo hace él observándome con interés.

-- Tenemos un cuadro en el pasillo, con tu mismo vestido pintado en él -- dice una de las gemelas riéndose. La miro levantando una ceja.

-- Sí, es de nuestra abuela Henrietta --asegura la otra gemela. No puedo evitar soltar una carcajada. Siempre me hacen reír ese par de adolescentes. Thomas me sonrío.

-- No les hagas caso, estás preciosa.

Tengo que admitir que aunque es de un estilo un tanto antiguo, aunque antiguo es un eufemismo, el vestido tiene algunos puntos a su favor. Por ejemplo, es muy revelador, el escote desde una perspectiva en altura debe enseñar más de lo que debería; ahora que estoy sentada, el encaje blanco debe verse transparente bajo la luz del mediodía, aunque estemos sentados a la sombra. El corsé es demasiado apretado, como se llevaba antes, hace como unos ¿cincuenta años? Por lo que si ya se muestra bastante lo que hay debajo,

no debe de dejar dudas de su tamaño y forma.

Thomas se acerca más para sentarse a mi lado seguido de su padre, que me mira con una mezcla de censura en sus ojos y una media sonrisa en sus labios. Debo parecer ridícula y lo usará para echárselo en cara a su hijo, como muestra de que una mujer que se presenta así en sociedad, no puede ostentar el título de duquesa. Y en ese momento me pregunto por qué me he dejado liar por las dos viudas. Desde luego, no me dejaré engatusar de nuevo.

Terminamos el almuerzo y Thomas y yo nos escabullimos del resto cuando comienzan la visita al castillo. Dejamos al resto dando un paseo, adentrándonos en el bosque cercano, siguiendo el camino que lo atraviesa, y que lleva al pueblo.

-- Sólo pienso en una cosa desde que os he visto --dice él.

-- ¿En qué pensáis? --le contesto acariciando su mano mientras paseamos.

-- En quitaros ese vestido tan horrible --asegura riendo.

Por un momento entorno los ojos, pero recompongo mi expresión más cándida y no digo lo que pienso, porque si supiera... probablemente no se casaría conmigo.

-- ¿Tan horrible es?

Él se detiene y se gira para cogerme después ambas manos, llevándoselas a los labios.

-- Nada que llevaseis podría serlo, amor mío.

Yo le sonrío como una doncella sonrojada, pero en el fondo todas esas ñoñerías me parecen estupideces. Y cuando empieza con sus poesías, apenas puedo soportarlo.

-- En su fondo mi alma lleva un tierno secreto solitario y perdido, que yace reposado; mas a veces, mi pecho al tuyo respondiendo, como...

Le interrumpo con un beso, porque no soporto cuando empieza a recitar

poemas, aunque sean de Lord Byron. Tal vez crea que me gustan, porque cada vez que lo hace, yo respondo con un beso o una caricia, y por eso lo haga. Al principio, todo comenzó con un beso casto, juntando los labios, sin nada más, como el beso de dos niños, pero a veces, seguía con sus poemas, por lo que comencé a prolongar nuestro contacto, y ahora, le beso y profundizo en su boca y le sujeto la cabeza y enredo mis dedos en sus cabellos rubios. Oigo mis gemidos y los suyos, no puedo pensar, sólo siento, quiero más, no puedo parar de besarle, de acariciarle... bajo mis manos a sus hombros y me paraliza. De repente oímos a alguien acercarse, oímos las hojas en el suelo quebrándose bajo unos pasos.

La versión de Thomas.

Thomas Henry Bradbury, hijo de Lord Arthur Bradbury, séptimo duque de Hampshire, no había hecho nada bien en su vida, al menos a ojos de su padre, o así era como se sentía. En un principio, cuando era más joven, intentaba complacerle, que se sintiera orgulloso de él, pero en los últimos años había dejado de intentarlo. Sus años de estudiante habían acabado, y con veinticinco años sentía que ya lo sabía todo. Volvería a casa y se dedicaría a disfrutar de la vida.

Hacía tiempo que se había despedido de sus compañeros en Eton, y comenzaba su nueva vida, pero antes, como cada año, pasaría las vacaciones de invierno con su amigo de la infancia, Lord Richard Harbour, marqués de Gloucester.

Su llegada a Harbour Park fue algo accidentada, a mitad de camino se rompió una rueda del carruaje, por lo que tuvieron que seguir a caballo, él y Richard, mientras quedaban atrás sus pertenencias y los lacayos, que llegarían en cuanto la arreglaran.

Habían montado a caballo durante todo el día y el cansancio les estaba haciendo mella. Sus músculos y sus piernas ya no aguantaban más, por lo que cuando llegaron, apenas se fijó en la hermana de Richard y sus amigas, o en los otros invitados, y fue directamente a darse un baño. Si se hubiera fijado más, se habría dado cuenta de la belleza que acompañaba a la hermana de su amigo, y habría bajado a cenar como un dandy, y no de cualquier manera, pensó enfadado consigo mismo. Se quedó paralizado, cuando durante la cena le devolvió la mirada con una enorme sonrisa. Quiso sonreír, quiso expresar algo, pero era incapaz, sólo podía mirarla. Agradeció interiormente a Meg, la hermana de su amigo, por presentarle a Emily, una joven de ojos rasgados, azules y cabello negro azabache; con una piel blanca como la luna y unos rasgos perfectos. En su cabeza no aparecían las palabras para describir su cuerpo, otra vez la palabra perfecto le asaltaba, espléndido, sus pechos generosos, su cintura estrecha, su pequeña estatura, que le hacían tener ganas de abrazarla, de besarla. Si pudiera hablar con ella a solas, pensó, pero no se apartaba de Meg y de su madre, que en su estado debería haberse quedado en su casa. Esa mujer estaba a punto de estallar, no entendía cómo podía estar embarazada a su edad. Estaba acaparando toda la atención de la dulce Emily,

y no encontraba el momento para estar con ella.

Pasó una semana hasta que pudo volver a ver a Emily, una semana en la que no dejó de pensar en ella, tampoco tenía muchas más distracciones, puesto que había nevado y los caminos estaban cortados, apenas se podía salir al exterior de la mansión. Para su suerte, llegó a tiempo la invitación a cenar y Emily acudió sola, sin la vaca de su madre, que había parido ya. Era su oportunidad para acercarse, si Meg no le interrumpía o cualquier otro miembro de la familia. Durante su semana de aislamiento pudo enterarse por Richard, de que la familia Jhonson pertenecía a la pequeña burguesía londinense, se había trasladado desde Londres para pasar el invierno a una casita de campo que estaba dentro de su propiedad, aunque pertenecía a los Jhonson. Ante la falta de habitantes cercanos, Meg había entablado amistad con Emily, que había pasado su tiempo durante los últimos seis meses entre esos muros, hasta que su madre había dado a luz hacía una semana. Una maldita casualidad, ya que de esa forma no podría verla. Pero en ese momento estaba allí, y quería abordarla fuera como fuese.

La encontró por la tarde, en el invernadero, sola. Ella se dio la vuelta cuando Thomas se acercó despacio, sin saber si se asustaría, pero no lo hizo, se giró; y aunque al principio vio sorpresa en sus ojos, en seguida cambió su expresión por una agradable sonrisa.

-- Creí que era Meg --aclaró mientras se limpiaba las manos en el delantal--, lamento que me vea tan sucia, estamos arreglando el invernadero, se ha empeñado en reconstruirlo.

-- Es muy bonito --dijo él acercándose.

Ella se ruborizó por la forma en que la miraba, y comenzó a explicar las flores que habían conseguido hacer crecer, algunas plantas exóticas que habían importado de lugares tan lejanos como la India o incluso Japón.

-- Estas orquídeas de aquí son las más delicadas --dijo ella emocionada--, pero afortunadamente han logrado sobrevivir, gracias a la experiencia de Meg.

Se movió por entre las plantas y se acercó a unas rosas oscuras.

-- Y éstas son preciosas, muy difíciles de conseguir --aseguró haciendo un gesto con la mano para que se acercara, antes de inclinarse para olerlas. Él lo hizo y se inclinó a su lado, para después apartar la vista de las rosas y fijarla en ella.

-- Es muy hermosa, me pregunto si yo podría conseguirla --dijo mirándola a ella directamente, no a la rosa.

Ella levantó la vista y se topó con sus ojos azules.

-- He hablado con Jefferson, dice que él se encargará de las asiáticas, porque su mujer tiene algunas y sabe cómo hacerlo --dijo Meg entrando en el invernadero e interrumpiendo lo que fuera a decir Emily. Ambos se separaron inmediatamente mientras Meg dejaba a un lado una maceta con una orquídea.

-- Milord estaba interesado en adquirir una de nuestras rosas --dijo Emily sonrojada.

-- Nunca lo había hecho hasta ahora --aseguró Meg.

-- Exactamente, hasta ahora --confirmó él mirando de nuevo a Emily.

Emily pasó una semana alojada allí puesto que volvió a nevar intensamente, y los caminos se hicieron impracticables. Semana que aprovechó Thomas para enamorar a su dulce Emily leyendo poemas a media tarde y durante las veladas después de la cena, mientras ella y Meg tocaban el piano.

Fue inesperado, pero no podía pensar en otra cosa que en ella, y ante la perspectiva de dejar aquel lugar y volver a Londres, donde le esperaba su padre y el aburrimiento, la decepción continua que supondría para él o el simple hecho de perder esos momentos con Emily, además de la idea de que otro hombre se fijara en ella, le hizo decidirse. Según la señora Mary Jhonson, en cuanto pudieran viajar con el bebé que acababa de tener, volverían a Londres para que Emily tuviera esa segunda temporada que no había podido disfrutar debido al embarazo de su madre, por lo que estaba

seguro de que dada la belleza de la joven, le lloverían las propuestas de matrimonio. Así que después de un mes de cortejo decidió ser él el afortunado que le propusiera matrimonio.

Y así fue su historia de amor, y así fue como se presentó ante su padre y el resto de su familia para comunicarles su futuro matrimonio con Emily Jhonson, la joven más hermosa, inocente y pura que había conocido en toda su vida.

La estrategia del duque.

Emily desapareció ayer durante toda la tarde, no estaba en su habitación y nadie la ha visto. Sé que ha estado haciendo algo que ha intentado ocultar, pero no sé qué. Me martirizo ante mi propia incapacidad para descubrirla in fraganti en lo que sea que está tramando. Pero la fortuna me sonrío al fin, y al día siguiente, al atardecer, la veo detrás del invernadero hablando con un hombre. Cuando me acerco él ya ha huído, y ella me mira sorprendida, su pecho se hincha con una respiración nerviosa. El escote es demasiado bajo y me imagino qué habrá echo con ese joven que ha salido corriendo al verme.

-- ¿Quién era ese? --le pregunto sin preámbulos, ¿para qué andarse con rodeos?

-- ¿Quién? -- me responde ella con un intento de fingida inocencia, como de costumbre, pero está demasiado nerviosa para ocultar su culpabilidad.

Yo inclino la cabeza incrédulo.

-- El que ha salido corriendo hace un minuto --le espeto al borde de perder la paciencia.

-- Nadie... No lo sé... un lugareño, me ha preguntado si había trabajo para él --afirma y casi suelto una carcajada, casi.

-- Es lo mejor que se te ha ocurrido, por lo que veo.

Ella niega con la cabeza y da un paso atrás cuando me acerco. Veo que tiene miedo, pero no sé por qué ahora, normalmente me mira desafiante, y pienso que ya la tengo, la he descubierto. Pero no tengo pruebas. Debo planear la forma de desmontarla. Ella me mira boquiabierta y comprendo por qué mi hijo está obsesionado con ella, aunque eso es porque es idiota y no ve más allá de sus narices, porque si viera lo que yo veo, la mandaría junto a su familia al fin del mundo.

Mi vacilación la envalentona y da un paso adelante.

-- Déjeme en paz, no va a conseguir lo que quiere, no podrá evitar que

nos casemos --me espeta con los ojos húmedos. Seguramente ve el precipicio sobre el que se mueve y ahora mismo es como un tigre acorralado, defendiéndose como sea de la derrota.

-- No eres más que una puta que ha engatusado a Thomas, en cuanto se de cuenta no tendré que hacer nada para sacarte de aquí --le digo seguro de mí mismo con una media sonrisa.

Sin previo aviso, sin darme cuenta, sin esperarlo, veo su brazo y su manita sobre mi mandíbula, se supone que me ha dado una bofetada. Pero es tan pequeña, que apenas me roza. No me da tiempo a reaccionar porque se va corriendo, llorando. Esa maldita arpía... sobreactuando, así es como habrá conquistado a Thomas. Niego con la cabeza y me dirijo a los establos. Tengo que ver a Jhon, necesito saber si ya tenemos las pruebas que necesito.

Jhon no ha vuelto, y Stevenson no tiene nada tampoco, pero le doy nuevas órdenes.

-- He visto un hombre merodear cerca de Emily, alrededor de Whiteshore Park.

Stevenson saca del bolsillo de su chaqueta una libreta y un lápiz.

-- ¿Puede darme una descripción?

-- Parecía joven, al menos tardó sólo unos segundos en salir corriendo y desaparecer, por lo que es ágil. Era moreno, pero no vi su cara. No creo si quiera que pudiera reconocerlo si lo volviera a ver.

-- No se preocupe, vigilaré a la señorita Jhonson, siempre vuelven, así que sólo hay que saber dónde esperarlos.

Stevenson me sorprende, pensaba que el más listo era Jhon.

Salgo del despacho de Edgard y me dirijo a uno de mis clubes, necesito beber y despejarme. Decido ir a pie. No suele ser lo más recomendable salir de la city de Londres y adentrarse a pie en los barrios de alrededor, pero mis hombres siempre están cerca cuando me adentro en White Chappel, casi todo

el barrio es mío y al entrar los comerciantes y la mayoría de los que allí viven, me reconocen. Me dirijo al peor club, al que iría alguien desesperado, pero es que es así como me siento. Al entrar a media mañana, se sorprende Jamie, portero del club La sirena. No suelo venir a estas horas, pero Cattie, al otro lado de la barra me sirve un whisky escocés que entra matándolo todo a su paso.

-- ¿Y bien?

-- No preguntes --Niigo con la cabeza.

-- ¿Llamo a Lily?

Intento hacer memoria y recuerdo que Lily es una joven morena y me niigo en rotundo, mi saturación mental de jóvenes morenas que me desquician está al límite. Aunque sólo sea una la que me está volviendo loco con su presencia.

-- Lo que sea menos una morena.

Cattie alza las cejas sorprendida.

-- Vaya, hemos cambiado de preferencias.

-- No te imaginas cuánto --confirmo con un suspiro.

-- Vamos Arthur, cuéntame qué ocurre y te traeré la chica más rubia que hayas visto.

Apoyo mi cabeza sobre una mano mientras con la otra muevo el vaso donde me echa otro whisky.

-- Mi hijo... supongo que te habrás enterado.

-- Pero tendrás alguna idea, siempre tienes algo planeado -- me dice apoyándose sobre la barra para buscar mi mirada baja.

-- Tengo a esos dos de Bow street buscando cualquier cosa en su pasado, creo que su hermano pequeño en realidad es su hijo, ¿quién creería que ese

niño lo ha tenido su madre que debe tener más de cincuenta años? --niego con la cabeza--. Y es posible que tenga un amante, la vi con él ayer.

-- Y ¿a qué esperas?

-- ¿Para echarla junto a toda su familia? Tener alguna prueba --digo riendo, y no sé si el alcohol me ha afectado ya o estoy perdiendo la cabeza--. Es una puta y no tengo forma de probarlo.

-- Puedes pillarla infraganti o comprobarlo por tí mismo --me dice Cattie con una sonrisa a la que le falta alguna muela al fondo.

-- Sigue hablando.

-- Puedes contratar a alguien, hacer que la seduzca, o que la ponga en una situación comprometida delante de Thomas...

-- Eres un verdadero genio --la interrumpo saltando sobre mi taburete para darle un beso en la frente--. Y ahora trae a esa rubia.

Winie es la rubia que me ha traído Cattie, es joven y estoy harto de Victoria, la voy a mandar a la mansión de su difunto marido al norte del país. Además, ya no soporto a las morenas. Pero mientras beso a Winie me doy cuenta de que siguen sin gustarme las rubias. Cierro los ojos y le pido que no se mueva, que lo haré todo yo, sólo quiero desahogarme, pero imagino que es morena, porque en realidad quisiera que fuera así. Acaricio su piel, sus pechos, su cuello, por un momento imagino que es el cuello de esa cazafortunas de Emily, es suave y frágil. Dejo de acariciarlo para besarlo, abro los ojos para ver que no es morena. Y me hundo en ella mientras la vuelvo a besar, y me vuelvo a hundir hasta correrme en su interior.

La estrategia de Emily.

El duque ha "licenciado" a Lady Victoria. Ya sabía yo que provocarlo no era bueno. Y no me licencia a mí porque de momento no puede. Niego con la cabeza sentada a la mesa del desayuno donde ya no está esa mujer. Por lo que me contó mi tía, llevaba un año en Whiteshore Park, y de un día para otro, el duque se ha deshecho de ella. Margheritte se entera de todo en las cocinas, porque las sirvientas son unas verdaderas cotillas. De otra forma no sabría por qué ya no está la amante del duque en la mesa. Milord ha excusado su ausencia con una visita a su familia, lo cual me hace sonreír.

De pronto siento sus ojos sobre mí y me doy cuenta de que estaba sonriendo de verdad. Borro mi rostro alegre y trago el nudo que se me acaba de hacer en la garganta.

Todavía recuerdo la bofetada que le di hace dos días y no sé con qué cara mirarlo. Bajo la cabeza a mi plato y remuevo los huevos escalfados.

En ese mismo instante, para mi alivio Thomas aparece como un vendaval.

-- Disculpad mi tardanza pero he encontrado a Richard esta mañana --dice tirando de él y dándole una palmada en el hombro. Pasara aquí lo que queda hasta que empiece la temporada --nos comunica con una sonrisa. Mi madre me mira boquiabierta y descubro al duque observándonos. Le doy una patada a mi madre por debajo de la mesa.

A saber lo que estará pensando ese hombre al ver la expresión de mi madre. Pongo los ojos en blanco y él frunce el ceño. Yo niego con la cabeza e intento evitar una carcajada.

Los problemas se agolpan sobre mí, pero Richard es el último de ellos. Esta noche habrá un baile y esas dos mujeres que se han propuesto dulcificar al duque se presentan ante mi puerta con un nuevo vestido envuelto cuando vuelvo del desayuno. Yo niego con la cabeza y ellas me sonríen.

-- Nadie se resistirá señorita Jhonson, cuando la vean con este vestido...

-- La última vez nadie se resistió --admito-- pero a reírse de mí --digo abriendo la puerta y haciéndolas pasar. Tras ellas entra también mi madre con el bebé en sus brazos y me lo entrega con cuidado.

Me siento en el borde de la cama sosteniendo al pequeño Ernest mientras ellas abren el vestido.

-- Pruébeselo, es precioso, no le defraudará -- Me incita la señora Blair.

Yo devuelvo a mi hermano a los brazos de mi madre y accedo, es bonito a simple vista. Tal vez no sea tan mala idea.

-- ¿De dónde lo han sacado?

Ambas se miran y sonríen con complicidad. Nada bueno han tramando esas dos.

-- Lo encontramos --se apresura a decir la señora Harris mientras frunzo el ceño.

Mi madre trae a Margheritte y entran con ella las gemelas, que al parecer no tienen nada mejor que hacer esta mañana.

Entre Margheritte y Amelia, la más hábil de las dos hermanas consiguen abrocharme el vestido.

-- No voy a poder respirar... -- me quejo hasta que Anne, la otra gemela, gira el espejo de pie que hay al lado del vestidor y me veo con ese vestido puesto. Me quedo boquiabierta, es un vestido verde con hilo de oro que remata cada borde de la falda en varias capas, sin embargo contrasta con la estrechez de la cintura y el escote ceñido, que me hacen parecer más pequeña de lo que soy y los pechos más grandes de lo que son también. Las mangas dejan mis hombros casi descubiertos, pero no deja de ser uno de los vestidos más elegantes que haya visto, es revelador y a la vez no podría recibir ninguna censura. Marca mis formas más de lo que lo ha hecho ningún vestido que haya llevado.

Miro a una y otra de las viudas, a las gemelas, mi tía y mi madre, hasta el

pequeño Ernest parece tener la misma expresión que el resto y ha dejado de llorar. La señora Harris saca de su bolsito un collar con la cadena de oro y una esmeralda enorme en el centro que me muestra con una sonrisa.

-- Será el complemento perfecto.

-- No sé si debo --lo digo con la boca pequeña, porque deseo ver esa joya puesta sobre mi cuello.

Afortunadamente la señora Harris no me presta atención y gira a mi alrededor para atar el broche en mi nuca. Lo veo en el espejo y se me para el corazón, es una esmeralda en forma de lágrima que queda justo en el inicio de mis pechos, es fino y elegante, pero a la vez provocador, porque centra la atención en ese lugar.

Las gemelas me abrazan y yo me quedo sin palabras.

-- Es precioso --alcanzo a decir en un susurro.

-- Diría que es una talla menos, pero no importa, queda igualmente bien -- aclara la señora Harris--. Y con la esmeralda a juego... es sublime.

De pronto me doy cuenta de que un vestido así no se encuentra en cualquier sitio pero lo que más me preocupa es que ese par haya "encontrado" esta joya que llevo al cuello en algún lugar ajeno.

-- ¿De quién es este collar? --inquiero entrecerrando los ojos observando detenidamente la esmeralda.

-- Es mío, me lo regaló mi Donald cuando nos casamos.

-- Yo me preocuparía más por el vestido --dice riendo la señora Harris, y a continuación salen de mi habitación.

-- Ponte ese vestido --me ordena mi madre antes de salir tras esas dos cargada con mi hermano en brazos.

Margheritte y las gemelas se quedan para ayudarme con el vestido.

-- Nuestro hermano quedará prendado... y papá... él no se opondrá, sólo es cuestión de tiempo --trata de tranquilizarme Amelie.

-- Me temo que vuestro padre ha decidido pensar lo peor sobre mí, y ante eso no puedo hacer nada --digo con resignación mientras Margheritte tira de las cintas en mi espalda para sacar el vestido.

-- Nosotras le convenceremos --asegura Anne.

-- No es tan malo como parece.

-- Sí, es que ha trabajado mucho, y cuando mamá murió, él creo que le gusta estar solo...

-- Y no quiere pasar mucho tiempo con nosotras. Es un poco triste --se queja cabizbaja Amelie.

Les sonrío y las miro con cariño.

-- Venid aquí --les digo mientras Margheritte sale de la habitación, y las abrazo.

-- Tenemos que admitir que desde que estás tú lo vemos más --dice Amelie riéndose. Mientras las abrazo levanto la cabeza y observo al duque al final del pasillo, y se me corta la respiración.

-- ¿Estás bien? --me pregunta Anne.

Yo asiento con la cabeza y les indico la presencia de su padre. Ellas salen a su encuentro y yo corro para cerrar la puerta no antes de ver su mirada que me recorre de arriba abajo con desaprobación.

Me he visto obligada a acudir a Londres antes del mediodía y ya había perdido mucho tiempo encandilada con ese vestido, por lo que he tenido que pedir a Thomas que me acompañe a una tienda para comprar algunos complementos para esta noche. Evidentemente, dado que soy una señorita, se podría decir una dama, ha tenido que acompañarme Margheritte. Ella no sabe

lo que tramo, pero cuando estemos en Londres, a solas, lo entenderá todo, me temo.

Thomas ha ido al White's con Richard, que no dejaba de mirarme en el carruaje, creo que busca la forma de decirme algo, pero no quiero escuchar lo que tiene que decirme, por lo que pienso seguir esquivándolo, al menos hasta después de la boda.

Hemos entrado en una sombrerería y Margheritte me mira con expectación.

-- ¿Me vas a decir qué hacemos aquí?

-- Alguna excusa tenía que dar para venir a Londres.

-- Pero no vamos a comprar nada, no sé lo que tramas, pero habrá que comprar algo para justificarte, y no tenemos dinero.

-- Pues iremos al mercadillo, o diremos que no me ha gustado nada, ya sabes lo que piensan los hombres de las mujeres y nuestros caprichos. Y ahora vámonos, porque si no, me temo que nos vamos a arrepentir.

-- No entiendo nada --dice Margheritte por toda respuesta cuando tiro de su brazo y salimos de la tienda. Hay un hombre fuera, enfrente de nuestra acera, al que ya he visto antes, no olvidaría esa cara y esa corpulencia, parece un gorila con esa expresión y esa prominencia en la frente. No me fío de él, porque al ponernos a caminar lo miro de reojo y veo que nos sigue.

-- ¿Has visto a ese gigante que nos sigue? ¡No mires! --la reprimo tirando de su brazo cuando intenta girar la cabeza.

-- Hagamos como que miramos un escaparate --aconseja Margheritte.

-- De acuerdo --digo parándome a la vez que lo hace ella. El gigante se para en la calle de enfrente y compra un periódico a un niño que va gritando las noticias, lo veo reflejado en el cristal.

-- ¿Qué hacemos? --le pregunto a mi tía poniéndome nerviosa, sólo me faltaba esto, con toda la tensión acumulada que tengo, ya rozo la

desesperación.

-- ¿A dónde vamos? --me pregunta preocupada.

-- Es importante que lleguemos a tiempo, pero más lo es que ese no se entere, apostaría a que lo ha enviado el duque para seguirnos.

-- Eso espero, porque si nos sigue para robarnos, nos mata, porque no tenemos ni una libra --afirma con un suspiro.

De pronto se me ocurre algo, sí tengo una libra, y tendré que gastarla ahora, adiós al sombrero y a la excusa de venir a Londres.

-- Vamos unas calles más adelante.

-- ¿Qué pretendes?

-- Ya lo verás... --digo mientras dejamos rápidamente la city y nos adentramos en la periferia, hacia el East End. Los edificios blancos, con aceras bien pavimentadas, la limpieza impecable de las calles, o el olor, cambian progresivamente, se transforman en edificios de ladrillos rojos, en aceras con baches y en suciedad acumulada en los márgenes de las calles. Hay fachadas que parecen a punto de caer, y lo más importante, hay prostitutas en cada esquina, y en cada portal. Agarro del brazo a mi tía y al doblar una esquina nos pierde de vista nuestro perseguidor durante unos segundos. Segundos que aprovechamos bien. Cuando gira la calle un par de prostitutas lo asaltan y nosotras hemos desaparecido sin que sepa que, aunque hemos perdido el poco dinero que teníamos, ya no nos va a encontrar porque hemos conseguido el tiempo suficiente para escaparnos mientras esas dos lo entretienen.

Nos metemos en un antro de mala muerte donde los pocos clientes que hay a esas horas de la mañana nos miran con sorpresa y no menos interés.

-- ¿Qué hacemos aquí Emily?

No me da tiempo a responderle, porque William, sentado en la barra se da la vuelta en su taburete. Margheritte se queda boquiabierta sin emitir sonido

alguno.

-- ¿Era necesario traerla? --pregunta él.

-- Era necesario --sentencio.

-- Oh... lo olvidaba, ahora eres una dama.

-- En lo que a ti respecta, siempre lo he sido.

Él niega con la cabeza pero desecha su respuesta hiriente y va directo al grano.

-- ¿Has traído lo que te pedí?

-- No, aún, y no sé si entiendes que hasta después de la boda no tendré nada.

-- No habrá boda si no me das el dinero.

-- ¿Qué dinero? --interviene Margheritte.

Me vuelvo hacia ella.

-- Me ha pedido dinero para callar su boca.

-- No puedo creerlo --se encara a William--. Después de lo que has hecho a nuestra familia, tienes la desfachatez de chantajearnos.

No es una pregunta, es una afirmación, y tengo que admitir que estoy tan indignada como ella, pero no puedo permitir que nos arruine todavía más la vida, así que interrumpo ese intercambio de ira y hostilidad.

-- Mañana, tendrás lo que me pediste --consiento al fin.

Cuando bajo la escalera junto a las gemelas y nos anuncian, veo a Thomas abajo, junto al resto de invitados, y a su padre, que me clavan la

mirada, tan parecidos y tan distintos, pienso mientras sonrío.

-- Todo saldrá bien --asegura Amelie.

Yo me limito a asentir con la cabeza.

-- Papá nunca le niega nada a Thomas, tiene debilidad por él, desde que era pequeño. Otra cosa será nuestro matrimonio... --se queja Anne.

-- Sí, aún no hemos comenzado nuestra primera temporada y ya nos ha buscado un marqués y un conde para que no se nos ocurra enamorarnos como ha hecho Thomas.

-- ¿Y estáis conformes con eso? --les pregunto cuando comenzamos a bajar.

-- No somos muy valientes --admite Amelie.

Me quedo parada un momento y dirijo mi vista hacia el duque mientras ellas bajan otro peldaño de la escalera. ¿Es que ese hombre nunca sonrío?

Yo lo hago y él parece ofuscarse todavía más. No sé por qué extraña razón, cuanto más se enfada más ganas de reír me entran. Creo que si lo viera muriendo en una cama no podría parar de reír. A veces pienso una cosa y automáticamente pienso algo relacionado con esa idea o palabra, y es justo lo que me está ocurriendo ahora. He pensado en una cama y recuerdo la otra tarde, cuando lo vi en la biblioteca con aquella mujer. Noto mis mejillas arder y bajo rápidamente para alcanzar a las gemelas.

-- Estáis... --dice Thomas a la vez que se acerca a nosotras-- no tengo palabras... --niega con la cabeza mientras me recorre de arriba abajo. El duque hace lo mismo que su hijo quedándose atrás.

Me sorprende que Thomas, que se las da de poeta no tenga palabras para describir cómo estoy vestida. Le sonrío y le susurro que él está espectacular y que no puedo ser más feliz. Alcanza una copa de champagne y la acepto gustosa bebiendo un trago largo en cuanto la agarro con ambas manos. Thomas les dice un halago a sus hermanas y descubro el peso de la sombra

del duque a mi espalda. Pero cuando me giro ya no está.

He conseguido bailar dos veces seguidas, pero estoy de los nervios. Para empezar, no sé cómo he conseguido meterme en este vestido una segunda vez en un día. He tenido que saltarme la comida para entrar en él y ahora tengo tanta hambre que estoy asaltando a cada sirviente que porta una bandeja. Veo pasar a uno de ellos a mi lado y dejo con decisión mi copa vacía para coger otra de champagne.

Amelia me sonrío apurada, con los ojos muy abiertos mientras bebo de un solo trago todo el contenido de la copa.

-- Vaya... teníais sed... --dice un poco incómoda.

-- Creo que me estoy mareando --le digo sacando mi abanico.

Ella me sostiene del brazo y me conduce hacia el jardín.

-- Tal vez deberíais descansar. Os acompañaré.

-- Son demasiadas emociones --admito, y no sabe cuántas.

-- Sentémonos, yo tampoco quiero estar ahí dentro --sugiere señalando un banco de piedra.

La miro frunciendo el ceño con una pregunta en los ojos.

-- Es ese maldito lord que ha conseguido mi padre para mí... cuanto menos le vea mejor podré dormir esta noche.

-- Vaya, la verdad que no había pensado nunca que fuera tan complicado... --me detengo a pensar para despejar mi mente, en esos momentos espesa por el alcohol-- ¿Habéis hablado con vuestro padre?

-- No creo que sirviera de nada, él no lo entiende. Desde su punto de vista, ser la hija de un duque conlleva demasiadas responsabilidades. Siempre pensé que las hijas de los nobles lo tenían todo, que podría elegir lo que quisiera, tener todo lo que pidiera, pero no es así, al final ser mujer es ser esclava de la voluntad de los hombres.

La miro y necesito algo más de tiempo de lo normal para elaborar mis pensamientos y ponerlos en orden.

-- Supongo que es un punto de vista, pero dentro de nuestras posibilidades, creo que podemos elegir más de lo que creemos. Deberías hablar con tu padre, o con tu hermano, Thomas es muy bueno, seguro que intercede por vosotras y como dijiste... nunca le niega nada.

-- Quisiera vivir en un mundo donde las mujeres no tengan que convencer a uno u otro hombre para no ser vendidas al mejor postor... --se queja con un suspiro sentada a mi lado y mirando a la nada. Le ofrezco mi mano y ella se gira hacia mí y me abraza.

Por poco me quedo dormida en su hombro, pero la voz del duque me despierta.

-- Déjanos solos, Amelie.

Ella duda unos segundos, pero obedece.

-- Es usted más astuta de lo que pensaba, señorita Jhonson, pero no tanto como yo...

-- No sé a qué se refiere --digo levantándome y poniéndome a su altura, aunque eso es difícil, porque debe ser como medio metro más alto que yo. Le veo recorrer mi vestido y su mirada me asusta.

-- ¿Debo añadir el robo a su lista de defectos? --me acusa con una sonrisa que intuyo en la oscuridad.

-- ¿Perdón? --pregunto boquiabierta.

-- Ese vestido no es suyo... --afirma señalándome.

-- ...No... --mi mente está demasiado espesa o simplemente no entiendo nada.

-- Por lo tanto admite que lo ha robado.

-- Yo no he robado nada --digo en un tono de voz más alto de lo normal y dando otro paso atrás.

-- ¿Entonces por qué tiene un vestido de Lady Victoria?

Yo me quedo boquiabierta y sin palabras, esas dos viejas chochas, me han liado. Sólo espero que la esmeralda que llevo al cuello sí sea de la señora Blair. Por inercia mi mano va a la esmeralda, y él desvía la mirada a ese lugar también.

-- Me lo han dado... yo no sabía... --me siento mareada y mi lengua se traba, comienzo a verlo todo negro, pero no, no puedo mostrarme débil ante ese odioso hombre.

Él se acerca más, y yo pierdo la respiración, sus ojos son como los de Thomas, y por un momento me fijo en sus labios, no sé por qué he desviado la mirada ahí.

-- No eres más que una furcia --dice él intentando herirme.

-- No --grito-- déjame en paz-- intento salir corriendo pero él me lo impide agarrándome del brazo y luego de la cintura, me inmoviliza y me estrecha contra la pared con su cuerpo y con sus manos en mis muñecas. Se queda en silencio, todo queda en silencio y sólo puedo oír los fuertes latidos de mi corazón. Me mira fijamente y luego mira mis labios. No debí haber bebido tanto, pienso de repente. ¡Cómo odio a ese hombre!

-- Te lo preguntaré directamente, porque sé que eres inteligente.

-- ¿Además de una furcia? --le digo con rabia.

-- Además... ¿Qué hacías en White Chappel esta mañana?

-- No hacía nada, nos hemos perdido --digo sin apenas aliento.

-- Podrás engañar a Thomas, pero no a mí, ya te lo he dicho, sólo es cuestión de tiempo, pero descubriré tu juego sucio antes o después --me amenaza y aprieta mis muñecas un poco más. Yo gimo por el dolor, el abatimiento y la fatiga de un día de locos, unas semanas de locos.

Él se acerca a mí y roza mis labios, que traicioneros se dejan acariciar mientras mis ojos se quedan fijos en los suyos, mis ojos se quedan hipnotizados por esos dos océanos azules. Tan hermosos como los de Thomas, pero más sagaces, más atractivos, algo que no entiendo, porque son iguales. Sus labios se abren y siento su lengua sobre la fina piel de los míos. Y siento cómo se introduce en mi boca y cómo mi cuerpo responde. No puedo contenerme. El deseo me invade y maldigo en silencio el alcohol. Suelta mis muñecas y me abrazo a él sin la voluntad de hacerlo, acaricio su nuca mientras él me acaricia a su vez la cintura y la aprieta. Gimo de nuevo en su boca y el gruñe, lo que me provoca una oleada de placer y respondo con más entusiasmo acariciando su lengua con la mía. No sé qué me está ocurriendo, sigo con los ojos clavados en los de él y siento sus manos recorrer mi cuerpo a través del vestido. Oímos unas voces cerca, creo que son las gemelas. Nos separamos con dificultad y respiramos abatidos mientras seguimos mirándonos. Comienzo a entrar en razón, a darme cuenta de lo que acaba de ocurrir y recapacito. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿En qué momento se me ha ido la cabeza?

Él no dice nada, y yo no consigo elaborar un pensamiento coherente, sólo mi mano es capaz de llegar hasta mis labios, como si me encontrara en un sueño y quisiera comprobar si me ha besado realmente, si sus labios han tocado los míos. Y es así, porque lo siento al presionarlos con mis dedos. Las gemelas se acercan y él finge que no ha pasado nada, yo hago lo mismo y no sé de dónde saco las fuerzas para sonreír. ¿Mi estrategia? Ahora mismo sólo pienso en sobrevivir y seguir adelante, a pesar de nuestra pobreza, del chantaje de mi hermano, del duque y de Richard. ¡Ah!, y del vestido verde de Lady Victoria Bellham.

La nueva estrategia del duque.

No aguanto más a Victoria, no sé por qué, tal vez es porque ahora prefiero a las rubias. Tal vez me he cansado de su forma de ser, tan altiva. Nunca me paré a pensarlo, pero ahora me doy cuenta de que es bastante molesta. Nunca llegué a considerar que Victoria tuviera tantos defectos, o que ser altiva fuera algo que pudiera molestarme. Es clasista, pero yo también lo soy, sin embargo ahora, cada vez que la veo despellejar a alguien que considera inferior me da náuseas. Sólo es vizcondesa, tal vez crea que ya es duquesa sólo porque se acuesta conmigo. Le advertí que no volvería a casarme, pero al parecer no lo recuerda. En cualquier caso no quiero verla más.

-- ¿Es por esa estúpida? -- me recrimina. Yo la miro y no entiendo a qué se refiere. Habla de otra mujer, pero ella no conoce las prostitutas con las que he estado últimamente, no sé de quién me habla. De todas formas nunca le ha importado.

-- No entiendo de qué estás hablando -- me mueve la curiosidad, por eso le he seguido el juego.

-- Me he dado cuenta de cómo la miras. No es sólo que quieras vigilarla, la sigues a cada minuto porque te gusta hacerlo, te gusta vigilar cada paso que da. Es una obsesión.

Intuyo por donde va, pero no acepto en absoluto que quiera desmontar mi mente y analizarme.

-- Si sigues insinuando cosas que no son, no volverás a pisar esta casa... -- medito sobre lo que acabo de decir y añado:-- ni ninguna casa decente en Londres --sentencio, y ella sabe que es verdad porque a pesar de su evidente enfado me sonrío.

-- Querido --dice con un tono de voz empalagoso acercándose a mí--, esperaré a que te calmes y a que se te pase esa... ese... capricho, y entonces discutiremos sobre cuánto me has echado de menos --termina la frase con un beso mientras me mantengo firme.

Ella se desabrocha las mangas a cada lado que apenas cubren la mitad de sus hombros y de los costados de su cintura y el vestido cae a sus pies rápidamente, quedando enrollado alrededor de sus piernas y ella completamente desnuda. Alzo las cejas y me quedo petrificado, ¿qué extraño mecanismo o costura lleva esa prenda para desnudar a una mujer tan rápidamente?

Estamos en la habitación de invitados de un buen amigo mío, nadie nos va a molestar, tal vez podría ceder a su seducción. La miro y pienso, ¿por qué no?

Me acerco y alargo la mano para despeinarla y acariciar sus cabellos negros, ella se deja acariciar como una gatita.

-- Esto no cambiará nada --le aseguro.

Ella asiente y comienza a desabrochar mis pantalones, se arrodilla y empieza a darme pequeños besos alrededor de mi miembro que está ya a punto de explotar. No sé lo que aguantaré en pie. Suspiro y veo a un lado, en el suelo, ese vestido verde.

Vamos en el carruaje de vuelta y Victoria me mira pero no dice nada, el camino de vuelta se hace eterno, y bajo mis ojos a su vestido. Es muy revelador, pero lo que más me gusta es cómo cae al suelo con tal facilidad. No me había fijado, pero parece un vestido completamente normal, sus típicos cierres a la espalda... No lo habría imaginado jamás.

-- Lo hice confeccionar especialmente para ti.

-- Quítatelo --digo con la voz ronca por el deseo. Ella obedece y en cuestión de segundos está completamente desnuda, sentada frente a mí.

-- Ven --le ordeno.

Sube a horcajadas y comienza a besarme y a moverse sobre mi pantalón. Y de nuevo la penetro y a pesar de haberlo hecho hace apenas unos minutos, no puedo aguantar mucho más.

-- El vestido se queda en Whiteshore --digo antes de correrme.

-- Recuérdame cada vez que lo veas --dice con un beso en mi cuello mientras sigo observándolo.

Cuando llega el desayuno, Victoria ya no está y eso me satisface. Lo que no me hace tanta gracia es que siga estando a la mesa la señorita Emily Jhonson. Después aparece mi hijo, que entra con su amigo Richard, y me dan ganas de suspirar y terminar mi desayuno lo antes posible. Las gemelas se quedan mirando a Richard embelesadas y me fijo en que la madre de Emily también reacciona ante ese joven pedante. Los jóvenes de hoy en día creen saberlo todo, y ese Richard Harbour no es para menos. Por suerte mi hijo no es tan estúpido y se puede razonar en cierto modo con él. Observo a cada uno de los presentes y me fijo en cómo se intercambian una mirada llena de significado, Richard y Emily. Dos y dos son cuatro, y Richard y Emily han compartido algo. Sé que es una fulana y es posible que se haya acostado con él, y por la reacción de su madre, hay gato encerrado. La muy descarada me mira y parece estar a punto de reírse en mi propia mesa. ¡Cómo odio a esa niña!

Necesito ir al club, no puedo soportar esta casa. Estoy en Londres y busco un poco de paz en White's, pero cuando estoy fumando y leyendo un periódico tranquilamente, aparece Thomas acompañado de su amigo. Tras los saludos de rigor me excuso para marcharme.

-- Papá, no sé si llegaremos a tiempo para comer, Emily está comprando y no sé cuánto tardará, ya sabes cómo son las mujeres.

Cuando estoy ya a punto de cruzar el umbral de la sala para largarme de allí, me paralizó.

-- ¿La has dejado sola? ¿Dónde? --digo dándome la vuelta.

-- No está sola, está con su dama de compañía. No le pasará nada.

-- ¿Dónde?

-- En la sombrerería que hay enfrente del Drury Lane.

Apenas acaba la frase y ya me he ido. Tengo que comprobar qué hace en Londres, porque dudo que tenga dinero ni para comprar un sombrero. La he visto repetir sus vestidos demasiadas veces. Sí, tiene buenos vestidos de fiesta, pero debió adquirirlos cuando aún tenían dinero.

Monto en un carruaje de alquiler para no llamar la atención con el mío, el escudo del Ducado en las puertas no me permitiría la discreción que necesito. Dios y la casualidad han querido que la encuentre frente a la sombrerería, ya sabía yo que no iba a comprar nada, se dirige junto a esa foca de dama de compañía hacia el este. Llegamos a White Chappel y veo a Stevenson que se ha quedado atrás, y a esas dos arpías salir corriendo. Aviso al cochero de que no las pierda. Al menos encuentro a alguien eficiente, porque llegamos hasta el lugar donde se han metido, el pub de un irlandés borracho, con unos clientes más borrachos aún que él. No sé qué están haciendo ahí, pero lo voy a descubrir en breve.

Todo lo que ocurre en White Chappel llega a mis oídos. Tengo gente informándome continuamente de lo que ocurre. William, el hermano de Emily, que pensaban todos, estaba en Francia, ha vuelto. Y chantajea a Emily. Pero por qué no lo sé. Algo tiene que ocultar, ¿Ernest es su hijo? Seguramente. ¿La chantajea por eso? ¿Qué sabe él? Stevenson se ocupará de él en cuanto lo encuentre. El muy cabrón es tan listo como su hermana y se nos ha escapado entre los dedos. Pero en cuanto salga de su escondite en el East End, lo encontraré.

Estoy con mi hijo Thomas, tan ajeno a todo que hasta siento ternura cuando lo veo junto a mí en la sala de baile de Whiteshore. Pero luego me avisa de que bajan la escalera las gemelas y su prometida y recapacito. Ya no siento ternura, ahora siento algo distinto. Entiendo por qué la ha elegido, a sus ojos ingenuos, esa mujer es una tentación. Por una vez me ha

sorprendido, me quedo mirándola fijamente cuando me doy cuenta del vestido que lleva. ¿Cómo es posible? No puede saber lo que ese vestido es para mí. No lo entiendo. ¿Acaso esa bruja lee los pensamientos? ¿Y cómo ha podido entrar en mi habitación? ¿Cómo ha conseguido ese vestido?

Ella va y viene con ese vestido verde contoneando sus caderas y su pequeño cuerpo, y no sé si se da cuenta de lo que provoca. Le sienta mejor que a Victoria, sus curvas son más pronunciadas, sus caderas, sus pechos. Necesito salir de allí por lo que voy a la biblioteca para estar solo unos minutos y aclarar mis ideas. Abro una botella de jerez y bebo directamente de ella. No entiendo qué ocurre o cómo ha conseguido ese vestido.

Había pensado un plan para descubrirla, aquello que dijo Cattie me gustó, y a la vez no. En la oscuridad de la biblioteca me acerco con la botella hasta la ventana y observo a algunas parejas que furtivamente se escapan de la fiesta y de las reglas sociales para ir al jardín. Y veo a Amelie con esa arpía. No sé qué pensar, ¿qué pretende hablando con mi hija? No puedo permitir que esa degenerada hable a solas con ella. A saber las ideas que le está metiendo en su cabeza de adolescente. Abro la puerta de la biblioteca que da al jardín, necesito separar a esas dos.

Nos quedamos a solas, y ella me mira dando un paso atrás, ha bebido, lo noto. Y me pregunto, ¿tal vez podría ser yo el que descubra la fulana que tiene dentro? Cattie dijo que usara a alguien para descubrirla, alguien que la sedujera. Pero sería más rápido descubrirla yo mismo, ahora. Acabar con todo esto en este instante. La idea me atrae como la luz a una polilla. Le he preguntado qué hacía en White Chappel esta mañana y no quiere decírmelo, es sólo cuestión de tiempo, le he contestado. El tiempo que tarde en encontrar a su hermano. O el que tarde en acorralarla tal como lo hago. Sería tan fácil quitarle ese vestido, no puedo dejar de mirarlo, y a ella. La agarro de las muñecas y la aprieto contra la pared. Sería tan fácil acabar con ella ahora, y con este problema, quebrar su cuello, su piel blanca y suave, me gustaría hacerlo, tocar ese cuello frágil y comprobar si es tan suave como parece. Sería tan fácil descubrirla. Podría meter mi mano bajo su falda y averiguar que no es más casta que las prostitutas de La sirena. Ese pensamiento permanece en mi mente cuando ella mira mis labios y se muerde los suyos involuntariamente, los humedece. No puedo más. Siento su respiración

acelerada y acerco mis labios a los suyos mientras no dejo de mirarla a los ojos, y ella a mí. Noto su controversia. Su cuerpo y sus labios reaccionan a los míos, su lengua envuelve la mía, pero sus ojos muestran rencor, odio y a la vez sorpresa. Se me olvida por un segundo mi propósito, quiero meter mi mano bajo su vestido, ese es el objetivo. Quiero ver lo furcia que es. Me tranquilizo y pienso que casi la tengo, porque una virgen no basaría así. Casi la tengo. Casi la he descubierto. La oigo y la siento gemir en mi boca y no puedo pensar en otra cosa que en la facilidad para quitarle ese vestido verde. Mis manos van hacia el objetivo y gruño en su boca. Acaricio sus muslos metiendo mi mano entre ellos cuando le subo la falda lo suficiente para hacerlo, noto su estremecimiento y la suavidad de su fina piel. Sus piernas tiemblan y con sus manos rodea mi cuello y atrapa mi pelo con sus dedos, olvido todo y vuelvo a gruñir ante sus gemidos continuos que volverían loco a cualquiera. Sus labios son tan suaves y húmedos. Su pequeña lengua se une a la mía acariciándome, hacía tiempo que no besaba así. Me sigue besando y quiero atraparla con mi cuerpo. Sus ojos oscurecidos ahora por el deseo me miran entornados cuando me aparto un segundo para contemplarla y la oigo quejarse o ha sido mi imaginación, pero entonces vuelvo a atrapar su cabeza para hundir mi lengua en su boca. Vuelvo a colocar una mano en su cintura y luego bajo la mano por encima de su falda. Pero justo en ese instante oigo unas voces, y me separo de ella sin pensarlo. Estoy duro como una piedra, y esa maldita bruja... Si llega a enterarse Thomas, pienso de repente, me odiaría por el resto de su vida. Aunque justificara que no es más que una furcia... sé que no me lo perdonaría. Sé que ambos callaremos lo que ha ocurrido aquí, a ninguno le conviene decirlo.

La veo tocarse los labios, como si despertara de un sueño. Y al verla hacerlo, quiero volver a besarla, quiero ser yo el que toque con los dedos esos labios. Me dirige una mirada llena de deseo y de confusión y yo respiro hondo para calmarme mientras paso la mano por mi pelo intentando peinarme, ya que con sus manitas me ha revuelto todo. Ella reacciona ante mi gesto y se alisa despacio la falda con las palmas, colocando su vestido lo mejor que puede. Finjo una sonrisa al darme la vuelta y ver a mis gemelas. Y a Richard tras ellas.

Los días posteriores a esa maldita noche son angustiosos. Me he

despertado las últimas dos noches y no he podido dormir. Vago por la casa en la oscuridad porque por el día no quiero cruzarme con esa mujer. Temo que al verla no pueda controlarme. No puedo dejar de pensar en que debería terminar lo que empecé y descubrir sus secretos. Por qué la chantajea su hermano. Esta mañana he vuelto a Londres, igual que lo hice ayer. Pero no he conseguido lo que quería. Ese maldito es escurridizo. Tengo a doce hombres buscándolo específicamente y a otros tantos alerta en los clubes que tengo repartidos por la ciudad. Ese hombre ha desaparecido, es como si se hubiera evaporado. Acabar con todo esto, con el compromiso de Thomas, me está resultando más difícil de lo que pensé en un primer momento. He pasado por La sirena y he tenido que desfogarme con un par de prostitutas, morenas. Ahora, más calmado, puedo volver a enfrentarme con esa bruja. Porque cuando la veo al final del pasillo que da a su habitación me acerco rápidamente y la increpo. Ella se sobresalta, me mira por primera vez desde hace dos días y noto cómo le tiemblan los labios. Intenta decir algo, pero luego calla y me responde con silencio y recomponiendo su expresión. Levanta la barbilla y me encara.

-- ¿Dónde está ese vestido que robásteis?

-- Yo no he robado nada --me espeta con indignación.

-- ¿Y bien?

Ella parece dudar, pero luego me sonrío y yo noto que se me seca la garganta. Finjo que no me afecta. Se acerca a mí y por mucho que me cueste, permanezco erguido frente a su pequeña estatura, con la mirada de odio que suelo tener para ella.

-- Está en mi habitación... ¿quiere ir a por él? --pregunta con un tono de voz seductor--. Milord --pronuncia la última palabra despectivamente.

-- Lo quiero en la mía antes de esta noche --acabo con su juego y me giro para escapar de sus ojos negros--. Enviaré a una doncella a por él --digo mientras camino en dirección contraria, hacia las escaleras.

La nueva estrategia de Emily.

Llevo maldiciendo a esas dos ancianas toda la noche. No he pegado ojo. No dejo de pensar en él, y no es mi prometido precisamente. ¡Es su padre! Mi mayor enemigo, la fuente de todos mis problemas, bueno, no de todos, pero sí de una buena parte de ellos. Y maldito champagne. ¿En qué momento se me ha ido tanto la cabeza? Y lo peor de todo es que si ahora viniera a mi habitación, no sé si sería capaz de resistirme. Lo peor de todo es que me gustaría ir a la suya. Y que cuando me case con Thomas, Dios mío, seremos familia... Y le deseo, no me voy a engañar a mí misma. Besar a Thomas es agradable, besar a su padre ha sido indescriptible. ¿Cómo un beso puede dejarme en este estado? Recuerdo una y otra vez lo que ha ocurrido entre nosotros, sus grandes manos, por todo mi cuerpo; sus labios acariciando los míos, su lengua experta... Y me pregunto, si es capaz de hacerme sentir así sólo con un beso, qué otras cosas podría hacer. Y mientras pienso todo eso me doy cuenta de que por un momento de excitación podría estropearlo todo, mi familia está en la miseria, encima ahora somos uno más gracias a mi hermano pequeño. No puedo estropear más las cosas. No debe saber nadie lo que ha pasado, debo callar, sé que él también lo hará, Thomas no se lo perdonaría.

Al día siguiente, con unas ojeras que me llegan al suelo, bajo a desayunar. El duque no está, y no pregunto por él, ni quiero saberlo, sólo me alegro de que no esté aquí. Desde la sala donde se sirve el desayuno veo pasar a esas dos viudas que me han metido en un embrollo y las intercepto saliendo disimuladamente al pasillo.

-- Oh querida --dice una.

-- Anoche fue todo un éxito, ¿verdad? --dice la otra mientras las miro boquiabierta.

-- Brillaba como una princesa --afirma la señora Blair.

-- Ese vestido --digo con afonía, tengo la garganta seca.

-- Oh, el vestido puede quedárselo --dice la señora Harris con una risilla.

-- Era de Lady Victoria Bellham --afirmo en voz baja.

-- Lo ha dicho, era, ahora no es de nadie --confirma la señora Blair con ojos chispeantes.

-- Pero fue una noche tan especial...

-- No fue especial, fue desastrosa --admito apesadumbrada-- ¿Cómo conseguísteis el vestido?

Se miran la una a la otra y tiran de mi brazo a la vez hasta llegar a la habitación de la señora Harris. Cuando cierro la puerta se vuelven a reír.

-- Mi dama de compañía --explica la señora Harris-- es amiga de la doncella que se encarga de limpiar la habitación del duque... Y encontró el vestido en su armario, él le pidió que lo lavara y lo llevara de vuelta... la chica es la esposa del cochero y digamos que... sabemos que le gusta ese vestido. Aunque no lo crea, señorita Jhonson, por la noche se oye todo... Aunque sea en un carruaje... Y el que lo oiga sea el cochero.

Ante mi estupor, habla la señora Blair.

-- Pensamos que si tanto le gustaba ese vestido... la persona que lo llevara puesto también le... caería en gracia.

-- No lo puedo creer --digo sin pensarlo--, la noche que he pasado... --callo al darme cuenta de que he hablado de más, algo que debo evitar con esas dos.

-- ¿Qué ocurrió? --preguntan al unísono.

-- Nada... bueno, el duque me acusó de ladrona, me preguntó de dónde lo había sacado. Y no supe qué responder. ¿Cómo iba a saberlo? --les espeto.

-- ¿Cómo íbamos a saberlo nosotras? --se queja una.

-- Sí, pensamos que sería una... bonita sorpresa --lamenta la otra.

Las miro y me tengo que morder la lengua, sorpresa fue, desde luego,

para mí, sus labios y sus manos. Y su cuerpo aprisionándome contra la pared.

-- Si podemos compensarla de alguna forma...

Suspiro y me cruzo de brazos. Tengo que ir al encuentro de mi hermano esta tarde y esas dos podrían servirme de tapadera. No nos veremos en White Chappel, sino en una nueva pastelería en una zona más tranquila de la ciudad. Corría demasiado riesgo allí y yo también.

-- Acompañenme esta tarde al Osbourne's Cake.

Ellas asienten complacidas por la perspectiva y me sonríen.

Mi hermano no aparece y llevamos aquí dos horas, y con los nervios no puedo dejar de comer pastelitos de nata. Es muy raro que no lo haya visto, y estoy mirando todo el rato a los clientes para ver si se me ha pasado su presencia, pero no, no está aquí. Todo esto me está sobrepasando. Cuando he visto a Thomas, sólo podía ver al duque en él, sus mismos ojos. Sus mismos labios. Va a ser muy extraño estar casada con él... cuando nos acostemos juntos, me pregunto si pensaré en él, sus ojos llenos de fuerza, sus manos agarrándome de esa forma, luego acariciándome tan suavemente, esos contrastes entre el odio y el deseo que veía en su mirada me volvían loca. Qué extraño fue.

-- Parece que se está sofocando, señorita Jhonson --me dice la señora Harris cuando comienzo a abanicarme intensamente.

-- Esos corsés que llevan las jovencitas son los causantes de tantos desmayos --dice la señora Blair.

Yo me limito a asentir mientras ellas siguen comiendo pastelitos.

-- Señora Harris, me pregunto cómo era su segundo marido...

-- ¿Mi segundo marido?

-- Sí, dijo usted que se parecía mucho a Lord Bradbury.

-- Oh... --dirige una mirada significativa a la señora Blair-- pues depende del día, pero le puedo asegurar que nunca me aburría con él --acaba entre risas.

-- Comprendo.

-- Era temperamental, pero lo tenía comiendo de mi mano, una pena que muriera tan joven --se acerca a mí y señala a la calle-- le atropelló un carruaje, que forma más tonta de morir.

-- Desde luego --digo sin pensarlo demasiado.

-- Y sí, se parecía mucho a Lord Bradbury, porque era también orgulloso, ese tipo de hombres, ya sabe --yo niego con la cabeza, sólo porque quisiera saber más sobre él y me gusta oír cosas sobre su carácter--. Mujer, esos hombres tan temperamentales, valía la pena provocarlo... que potencia --acaba riéndose--. Pero era muy bueno, me trataba como a una reina.

-- Estaba muy enamorado.

-- Oh sí, era muy pasional pero también era cariñoso, y se desvivía por tenerme contenta.

Mientras sigue contándome anécdotas sobre su difunto marido suspiro sin darme cuenta, me gustaría tener algo así, pero tendré que conformarme con Thomas. Era la mejor opción que alguien como yo pudiera encontrar, pero ahora una parte de mí, una egoísta y estúpida, preferiría no casarse con Thomas y disfrutar en los brazos de ese hombre. Preferiría no tener que soportar a Thomas, es tan... insulso. En mi ensoñación, recuerdo de repente cuando lo ví en la biblioteca haciéndole el amor a aquella mujer. Tal vez era Lady Victoria, o tal vez otra de las invitadas alojadas en Whiteshore Park. De pronto me indigno conmigo misma por sentir algo parecido a la rabia por pensar en él con otra mujer. Siento deseo al recordarlo y rabia a la vez. Soy idiota del todo, me digo a mí misma.

-- Creo que he comido demasiado --dice la señora Blair.

-- Me habían recomendado este sitio, y tengo que admitir que está todo

buenísimo... Querida, a nuestra edad, este es uno de los pocos placeres que podemos permitirnos --asegura la señora Harris antes de dar un bocado a otro pastelito.

Asiento y hago lo mismo saboreándolo lentamente. Me parece que mi hermano no va a venir, a saber dónde está. Sólo pienso que con un poco de suerte, se haya ido huyendo a Francia de nuevo.

Al día siguiente me despierto un poco mejor, por lo que decido dar un paseo a caballo por la propiedad. He dormido algo más, ya que uno de mis problemas parece haberse evaporado, mi hermano William. Y aunque Lord Arthur Bradbury ocupa todos mis pensamientos, me ha dejado dormir durante unas horas, tal vez estaba demasiado cansada como para que su recuerdo me molestara incluso esta noche. Por suerte no lo veo desde entonces, y eso me alivia en cierto modo.

Mientras paseo a caballo veo a Richard a lo lejos y decido esconderme hasta que se vaya. Veo a mi madre salir de la casa y les veo hablar, lleva a mi hermano Ernest en brazos. No sé qué dicen ni veo sus expresiones, y la curiosidad me mata. ¿Estará amenazando a mi madre? No puede ser. Pero no quiero intervenir, ni quiero que me vea. Es uno de los problemas a los que no me apetece enfrentarme.

Más tarde hablaré con mi madre, pero ahora sólo quiero encerrarme en mi habitación y descansar, por si acaso Richard me asalta como ha hecho con ella. Cuando voy por el pasillo y ya casi estoy en mi habitación me asalta él, el duque, el padre de mi prometido y la fuente de todos mis quebraderos de cabeza. Lo veo y me sobresalto, y por un momento miro sus labios y sólo pienso en besarlos, no entiendo por qué. Mi cuerpo reacciona, y tiemblo, pero me recompongo y sólo pienso en que no se haya percatado de mi confusión. Quiero centrarme sólo en los problemas que me causa ese hombre, y no en otras cosas que únicamente me ponen más nerviosa y me alejan de mi objetivo.

Me pregunta por el vestido y aunque le desafío a que lo coja él de mi habitación, en realidad es lo que desearía, es lo que he deseado desde que me

besó, que entre en mi habitación, pero jamás lo admitiré, y menos ante un hombre tan odioso. Cuando se despide rápidamente diciendo que enviará a una doncella por el vestido sé que está huyendo y eso me satisface. Al fin algo de satisfacción después de dos días de dormir mal y no dejar de pensar, de dolor de cabeza y de confusión y sobre todo de autoflagelación por mi estupidez al haberme dejado llevar por mis instintos más bajos. No entiendo cómo reaccioné así.

Cuando llego al fin a mi habitación, y creo poder relajarme, entra mi madre con mi hermano en brazos. Con ella quería hablar, pero ahora no tengo ganas de nada. Observo por la ventana al duque montando un caballo negro completamente, musculoso, que él domina con las bridas e imagino sus muslos duros sobre él, luego yo sobre él. Decido apartar la vista del exterior y cojo a mi hermano en brazos. Me sonrío y le doy un beso en la frente.

-- ¿Qué te ha dicho Richard? --pregunto directamente.

Mi madre se sienta en el pequeño sillón que hay junto a la chimenea y suspira con resignación.

-- No está enfadado, tal vez deberías hablar con él.

-- No podemos cambiar lo que está hecho.

-- Me ha dicho que quiere proponerle algo para arreglarlo.

-- ¿Quiere pagarnos? --pregunto incrédula.

-- No creo que sea eso, si no me lo habría dicho a mí.

-- Es posible --digo volviendo la mirada a la ventana. Sea lo que sea lo que quiere proponer Richard, tengo curiosidad por saber qué es. Tal vez podría hablar con él... o tal vez no--. ¿Pero si me amenaza?

-- No le he visto con esa intención, parecía bastante abatido.

Tendría que pensarlo, no quiero hacer frente a más problemas, aunque la curiosidad me corre por dentro.

Cuando aparece una doncella en la puerta de mi habitación diciéndome que la ha enviado el duque para que le entregue un vestido, la tentación de provocarlo es más fuerte que mi voluntad por hacer las cosas bien. Hago esperar a la jovencita, que no tendrá más de unos quince años y mira al suelo sonrojada. Me pregunto qué habrá pensado cuando el duque la ha enviado a mi puerta para pedirme un vestido. Muevo la cabeza negando y desecho esos pensamientos. Me dirijo al armario, lo abro y calculo mis posibilidades.

-- ¿Qué hora es? --le pregunto sin moverme del armario.

-- Hace rato han dado las cinco, mylady.

Yo sonrío y asomo la cabeza desde el armario.

-- No soy lady --aún, pienso sonriendo.

-- Discúlpeme señorita Jhonson.

No le contesto, mi mente está ocupada pensando en mi proxima jugada. Son las cinco, tengo tiempo suficiente para darle largas al duque y acudir al teatro a tiempo.

-- ¿Cómo se llama? --le pregunto a esa joven que se ruboriza por todo.

-- Jane, señorita.

-- Muy bien, Jane, dígame al duque, que en una hora lo tendré listo.

-- ¿Una hora? --me mira con preocupación.

-- Una hora --afirmo con una sonrisa intentando tranquilizarla--, y si no le parece bien, que venga él mismo a por el vestido y me lo quite.

Ella se queda muda, petrificada, y decido rectificar.

-- Dígame que en una hora lo tendrá, olvide lo último que he dicho --consiento, ya que el duque es capaz de asesinar al mensajero, o la mensajera en este caso.

Mi tía aparece a la vez que Jane se va no muy convencida de lo que ha pasado y lo que tiene que decirle al duque. ¿Mi estrategia? Sigo sin tener ninguna estrategia, pero la tentación de provocarle me domina, sobre todo después de la reacción que ha tenido antes, cuando le he dicho que si quería el vestido, entrara en mi habitación. Ese momento en el que se ha asustado, me ha dado mayor satisfacción que cualquier cosa en las últimas semanas de angustia.

La calle está llena de gente, los carruajes no caben y no avanzamos. Estoy nerviosa. Miro por la ventanilla y resoplo viendo la lentitud de algunas señoras para bajar con sus amplias faldas y alcanzar la entrada del teatro. Drury Lane está a rebosar, no cabe un alma más, ni en la calle, ni en la entrada. Cuando al fin llegamos, mi tía y mis padres se quedan sentados observando el bullicio y yo el carruaje que tenemos detrás, donde viajan Thomas, su padre y las gemelas. Thomas sale del carruaje antes de que se pare totalmente y viene a la puerta del nuestro para darme la mano y ayudarme a bajar. Yo le sonrío, no se puede negar que es un caballero. Le tiendo mi mano enguantada que sobresale de la capa e intento sortear el estiércol de los caballos sin dejar de sonreír. No quiero que se manchen los zapatos o el vestido. De ambos carruajes salen los demás.

La cara del duque cuando me quito la capa y se la doy a Margheritte, no tiene desperdicio. Mientras me la quitaba, mis ojos estaban puestos en él, y le sonreía mientras lo hacía; y sabiendo que nadie me veía, porque estaban ocupados con su propia ropa, le he mirado de otra forma, y he lamido mis labios y me he mordido suavemente mientras dejaba caer sobre mis antebrazos la tela, mostrándome seductora en el movimiento, como he visto hacer a las putas de White Chappel. Pronto he recuperado la compostura, antes de que alguien se diera cuenta, aunque la mirada atónita de mi tía cuando le doy la capa, me hace pensar que ella sí ha visto el intercambio de miradas y gestos. Me agarra del brazo y me conduce hacia el palco por una de las entradas laterales, seguidos más tarde por el resto.

-- ¿Qué estás haciendo? --me recrimina, en un tono bajo, pero contundente.

-- Nada, sólo es una tontería --digo quitándole importancia con un gesto de la mano.

-- No juegues con el duque, lo que nos faltaba con la que nos está cayendo.

-- No juego con él.

-- He visto lo que he visto --dice negando con la cabeza.

No digo nada más cuando entramos en el palco y nos sentamos, pero no puedo evitar echar una mirada atrás para ver al duque sombrío y un poco enrojecido. Después veo a Richard en uno de los otros palcos y me doy cuenta de que no voy a poder salir del nuestro en toda la noche sin correr el riesgo de toparme con él y tener que enfrentarle.

El vestido del duque.

He tenido que enviar a mi ayuda de cámara a buscar ese vestido verde y no ha venido todavía. Antes he enviado a la primera sirvienta que he visto cuando he terminado de leer el correo, y al ver que no volvía he tenido que enviar a George. Miro a través de la ventana y compruebo la hora en mi reloj de bolsillo. No puedo esperar más por ese vestido, cumpla o no con su entrega tengo que salir o llegaremos todos tarde y seremos el foco de atención del resto de los asistentes. Me acerco a la puerta y observo a George con un paquete en la mano. Lo miro alzando una ceja y luego a la sirvienta que está detrás y apenas asoma la cabeza desde su espalda.

-- Señor, acaba de entregárselo la señorita Jhonson.

-- Déjelo en la cama, no tengo tiempo para estas cosas.

Oigo un ligero suspiro cuando bajo el primer escalón y me doy la vuelta. La joven sirvienta mira al suelo cuando me dirijo a ella.

-- ¿Por qué ha tardado tanto?

-- Yo... la señorita, me dijo que volviera más tarde.

La observo mirando al suelo y sus mejillas coloradas me dicen que hay algo más. Le pido a George que nos deje solos, quiero saber qué oculta esa niña.

-- ¿Y bien?

-- ¿Milord?

-- ¿Por qué ha tardado tanto?

-- La señorita... cuando llegué, me hizo esperar en la puerta y me dijo que... que tardaría una hora y que si... si usted quería el vestido fuera a por él... --la veo sonrojarse y pienso que su cara puede llegar a estallar--, y se lo quitara.

No quiero hacer sufrir más a esa jovencita.

-- Has hecho bien en contármelo.

Me voy ofuscado, pero al menos el vestido está en mi poder de nuevo. Miro al exterior cuando subo al carruaje y veo a Emily sonriente dándole un beso a su hermano pequeño, o tal vez su propio hijo, ¿quién sabe? No soporto verla sonriendo de esa manera. Y mientras lo pienso, me vienen a la cabeza sus labios y el tacto de su lengua en la mía. Maldita bruja. La deseo a pesar de todo. Si esa sirvienta me hubiera dicho lo que le dijo Emily antes de darme el vestido, seguramente habría montado en cólera y se lo habría quitado yo mismo, aunque lo llevara puesto, de hecho me hubiera encantado hacerlo pienso todavía bastante enfadado.

Mientras vamos camino a Londres oigo a mi hijo decir estupideces y decido mirar hacia la ventanilla y no hacerle caso. Las gemelas comparten cotilleos con él y apenas presto atención a sus conversaciones hasta que llegamos a la capital. Cuando baja del carruaje y veo su postración simbólica ante esa bruja, me dan ganas de vomitar. Es idiota... por una mujer...

No le quito el ojo de encima. Hoy concretamente está preciosa, realmente entiendo que mi hijo se muestre tan solícito con ella. Decido calmarme y disfrutar lo que pueda de la obra. Sin embargo, poco me dura la tranquilidad, porque cuando todos nos despojamos de nuestros abrigos y capas en el vestíbulo, veo a Emily sonreírme y se me corta la respiración. Es sensual y es tan femenina. No puedo dejar de mirarla y ella a mí. La veo desanudarse la capa del cuello y pienso en mi habitación, y en ella allí, quitándose la capa de la misma forma, desnuda bajo ésta, mirándome igual y con esa sonrisa seductora en los labios. Se me seca la garganta cuando desliza la capa con un movimiento que hace que se le muevan ligeramente los pechos y descubro que lleva el vestido que, se supone, estaba en mi poder. Mi rostro debe ser digno de ver cuando para más asombro comienza a lamerse los labios al dejar caer su capa. Si estuviéramos a solas... Ella pronto recompone su sonrisa angelical cuando cree que alguien puede verla.

Si estuviéramos a solas, descubriría lo puta que es. Tengo que encontrar a su hermano, sé que está en White Chappel, pero no hay forma de localizarlo, maldita sea. Con su provocación no puedo concentrarme en la obra. Es una suerte que ya haya visto el estreno de esta obra, porque si alguien me preguntara hoy, no sabría decir lo que he visto. Sólo veo a Emily, que con su

pequeña estatura, está sentada delante, y lo único que hago es pensar en lo que le haría ahora mismo. No sé si la estrangularía o le haría otras cosas, como comprobar de una vez por todas si es tan pura como afirma o es una ramera como sé que es. Oigo aplausos y la gente habla más alto de lo normal, supongo que ha terminado la primera parte y podemos salir de allí. Todos se van menos Emily y su dama de compañía. Me acerco a esa mujer obesa y llamativa y le digo que nos deje solos. Parece entender que no admito réplica porque obedece sin rechistar, aunque no sin antes dedicarle una mirada de disculpa a la joven.

-- ¿Qué pretende? --le pregunto sentándome a su lado, a su derecha, en la zona que queda a oscuras y que está protegida de la vista del resto del público por la cortina. Suelto la cinta que la ata y quedamos ocultos de los demás. Ella se sobresalta y me mira asustada cuando la agarro del brazo para atraerla a mí.

-- Me hace daño --se queja intentando soltarse, pero no la dejo ir. La cojo de la cintura y la siento sobre mis piernas.

-- ¿Por qué no me ha devuelto el vestido? ¿Qué pretendía con este juegucito?

-- No lo sé --me responde intentando levantarse.

-- Sí lo sabe, y me lo va a decir si no quiere tener más problemas --sentencio apretando más la mano sobre su brazo. Ella me encara y está tan cerca, podría besarla en cualquier momento.

-- Sólo quería molestarlo, ¿de acuerdo? --dice soltándose definitivamente, pero no se levanta de mi regazo, se queda allí mirándome la boca. No sé qué pretende, pero me va a volver loco.

Acaricio su hombro y desvío la mirada a su piel desnuda, acerco los dedos hacia uno de los cierres del vestido y lo abro, uno de esos cierres tan especiales que tiene ese vestido verde y que hace que desnude a una mujer con dos movimientos. Cae uno de los lados del vestido y observo el corsé y los pechos que contiene. Ella me mira con asombro. Entiendo que no sabía que se podía quitar tan fácilmente ese vestido. Estiro su espalda con mis

manos, tan pequeña entre ellas, y consigo que el pecho que queda al descubierto bajo el corsé, salga de su prisión de tela y me detengo a mirarlo. Es generoso y su dulce pezón rosado se endurece mientras lo observo. No puedo soportarlo más y agacho la cabeza sobre él y lo acaricio con la punta de la lengua. Ella gime y su sonido me vuelve loco. Vuelvo a hacerlo y vuelve a gemir. Levanto la cabeza y lo acaricio con el dedo gordo con la mano que tengo libre mientras con la otra la sujeto, e inclino la cabeza hacia sus labios carnosos y húmedos para meter mi lengua en su boca. Ella vuelve a gemir y se inclina hacia mi mano y mueve su cuerpo sobre el mío volviéndome loco con el roce de sus nalgas. Meto la mano bajo la falda e intento llegar hasta su sexo, si tan sólo pudiera llegar a comprobar que no es virgen... cuando mi mano llega haciéndose camino entre los pliegues de ropa ella emite un sonido gutural que me enciende como una cerilla. Está húmeda, eso no se puede fingir, pienso por un momento. Me vuelve loco y quiero poseerla a pesar de todo. No es lugar para descubrir que no es virgen, tengo que hacerlo de otro modo, pienso en un momento de racionalidad. Despego, muy a mi pesar, los labios de los de ella.

-- No --dice en un susurro agarrándose a mi cuello y atrayéndome de nuevo a sus labios. Enredo mi lengua con la suya y luego la acaricio con mis labios hasta la punta, y me separo definitivamente de esa boca de perdición.

La miro mientras le vuelvo a colocar la ropa en su sitio. Ella me mira en silencio mientras hago todo eso, con los labios enrojecidos por mis besos. Respira con dificultad y entonces sus manos van al cierre que he abierto en su costado para comprobar qué mecanismo hay bajo lo que parecen adornos de hilo de oro.

-- Hablaremos en otro momento.

-- ¿Cuándo? --dice en un susurro con los ojos entornados mirando mi cuello y con los dedos todavía enredados entre mi pelo.

Yo me vuelvo de nuevo hacia ella al oírla en ese tono implorante. Si pudiera me la llevaría ahora mismo a mi habitación para terminar lo que hemos empezado. No podría hacerlo sin montar un escándalo. Sobre todo cuando comienza a entrar el público de nuevo para el segundo acto. No le respondo porque su dama de compañía primero, y el resto después, regresan

al palco. Disimuladamente me excuso con las gemelas y salgo de allí, no puedo quedarme, necesito desahogarme fuera. Me marchó decidido a La sirena. Estoy caliente y duro como una piedra. Emily, esa pequeña bruja me está volviendo loco. Me digo a mí mismo que sólo es una mezcla de excitación y de necesidad por descubrir que no es virgen, que todo tiene una explicación lógica y coherente. Y con esos pensamientos llego a mi club.

Hay una chica nueva, muy parecida a Emily, y no dudo en escogerla, Cattie sabe qué hay en mi cabeza. Cuando entro en la habitación con ella me parece demasiado joven para este lugar. La veo temblar y me desmotiva. Pienso en la respuesta apasionada de Emily, recuerdo su deseo, recuerdo el momento en que he metido mi mano bajo su falda y he notado cómo estaba húmeda por mis besos y mis caricias. La joven que tengo delante, está prácticamente temblando. Y por muy parecida que sea a Emily, no me incita en absoluto a hacer nada.

-- ¿Cuántos años tienes?

-- Dieciseis años, señor --contesta mirando al suelo--. ¿Me quito la ropa ya? --dice tímidamente y yo niego con la cabeza.

-- Todavía no.

Me acuesto en la cama y la miro desde allí.

-- ¿Por qué estás aquí? --me sorprende preguntándole y ella me mira confundida--. Quiero decir, ¿por qué has acabado aquí, en este antro? Siéntate.

Ella me obedece y primero se sienta en la única silla, a un lado algo alejado de la cama, luego me mira incómoda. Hago un gesto con la mano para que se anime a hablar. Cuando empieza, coloco las manos bajo mi cabeza.

-- Necesito trabajar --comienza a decir entrelazado los dedos sobre sus rodillas--. La señora Winter me ha dado esta oportunidad, y desde luego... es mucho mejor de la que ha tenido mi madre estando en la calle.

Cattie debe haber pensado que se parece a mi descripción de Emily, pero aunque las dos son pequeñas y morenas, Emily es más voluptuosa y enérgica. Y eso me vuelve a llevar a hace una hora, en el teatro, cuando tenía entre mis labios su rosado pezón duro y en mis oídos sus gemidos y su respiración entrecortada.

-- Comprendo, así que llevas poco en el negocio.

Ella asiente con la cabeza.

-- Eres demasiado joven --digo haciendo una mueca de disgusto.

-- Lo siento --se disculpa ella.

-- No sientas nada, Cattie te encontrará a alguien adecuado --digo levantándome.

Ella me retiene colocando su mano en la manga de mi camisa.

-- Por favor --dice en un susurro. Yo me giro y ella queda desnuda ante mí quitándose los tirantes de su fino camisón.

No me apetece demasiado follarme a esta chiquilla. Dudo y le acaricio el mentón, suave como la seda. Tan blanca y con su cabello suelto tan negro, se parece a Emily bajo la tenue luz de la vela. Pero no es lo que quiero ahora, la quiero a ella. Sin embargo, esa joven se acerca demasiado y presiona su cuerpo contra el mío agarrando la mano que tengo en su barbilla y llevándola a un seno. Acaricio el pezón y éste se endurece, y muy a mi pesar me recuerda a Emily. Cierro los ojos y tomé sus labios abiertos con los míos saboreándolos. Ella emite un gemido y poco después estoy sobre su cuerpo en la cama. Todavía estoy duro por mi encuentro con Emily, todavía puedo sentir su sabor en mi boca, y con esos pensamientos la embisto. Ella grita de dolor y abre los ojos que parecen salirse de sus órbitas. Me quedo quieto dentro de ella y la miro con confusión.

-- ¿Eres virgen? --pregunto asombrado.

Ella asiente con la cabeza mientras mantiene los ojos apretados

intentando soportar el dolor. No me esperaba esto, desde luego, y pienso que si lo hubiera sabido no me habría quedado con ella. Me muevo para salir de su cuerpo pero me retiene con sus piernas, entrelazándolas a mi espalda.

-- No se vaya -- Me suplica con lágrimas en los ojos. Yo le acaricio una mejilla y no me muevo. Nunca he estado con una virgen y no pienso volver a estarlo. Continúo despacio notando que ella se relaja. La beso para tranquilizarla, un beso dulce y caliente, saboreando su lengua como lo haría con Emily si estuviera bajo mi cuerpo.

Sigo moviéndome despacio en su interior. Siento su calor y su humedad alrededor de mi pene. Cada vez que cierro los ojos veo a Emily y la odio por ello. Y la deseo. Cuando pienso que es ella me corro en su interior entre espasmos y un gruñido que se me escapa de la garganta.

-- Tendrías que haberme dicho que eras virgen --le reprocho cuando me aparto de su lado.

-- ¿Se habría quedado conmigo?

Observo su pequeña estatura en la cama y unas manchas de sangre en la sábana y niego.

-- No.

Cuando regreso a Whiteshore todo está oscuro salvo el vestíbulo, donde me espera George todavía en pie. Le doy la chaqueta y me dirijo a mi estudio. Debe ser más de medianoche pero, cuando estoy a punto de alcanzar el umbral de la puerta, oigo los sonidos de una conversación. Me acerco al salón, intentando no hacer ruido, hacia donde proceden las voces y permanezco en la oscuridad. La voz masculina de Richard es la que reconozco primero. La voz femenina no la oigo ahora.

-- No tengo más que decir. Está en tu mano hacer lo correcto.

-- No es que no quiera casarme contigo, es que sería un escándalo --dice ella.

-- Piénsalo, a Thomas no le importaría tanto como crees --le asegura-- ya sabes lo voluble que es. Pero él jamás romperá el compromiso, porque ha dado su palabra.

-- Aunque todos penséis lo contrario, Thomas me gusta...

No consigo oír el resto y no dicen nada más durante unos segundos y puedo imaginar lo que están haciendo, era la voz de Emily.

-- Piénsalo --vuelve a decir él.

Soportar esta escena en silencio me está matando. Y aún así no tengo pruebas para acusarla, para demostrar que es una fulana. Veo salir a Richard desde mi posición tras la puerta y espero a que Emily salga. Mientras estoy allí no oigo ningún movimiento e intento analizar la conversación. Richard le ha pedido matrimonio. Y un hombre con título propio y todavía joven para tener la necesidad de un heredero, no se casaría si no fuera porque ha comprometido a la dama en cuestión. Está claro que esos dos han tenido sus momentos y él siente la obligación de casarse, tal vez para no dejar en ridículo a Thomas, que al fin y al cabo es su amigo. Emily debió pensar que así le atraparía, y luego apareció Thomas con un título a heredar mucho más importante y con una fortuna también mayor, y la muy puta no se lo pensó dos veces. Si mi hijo supiera... la dejaría en este mismo instante. Si yo pudiera demostrarlo...

Tras lo que me parece una eternidad, que no deben ser más de diez minutos, me desespero, no la oigo, y pienso que tal vez haya salido por otra puerta. Entro en el saloncito y la veo de espaldas. Se gira y me mira con ojos llenos de lágrimas. Por un motivo que no puedo explicar, tal vez por mi condición de padre, por inercia, la abrazo. Ella gimotea en mi hombro. Quiero postrarla sobre la mesa central y comprobar lo que supongo que ha hecho ya, pero no hago nada de lo que se me pasa por la cabeza. Sólo la abrazo y la consuelo con caricias casi fraternales, es tan pequeña en comparación con mi estatura. Levanta la cabeza y me mira confusa, me mira los labios y alarga una mano para acariciarlos.

-- ¿Vas a dejar a Thomas para casarte con Richard? Tal vez sea la mejor

opción, si lo piensas con calma.

Ella frunce el ceño y me da un empujón para apartarse de mis brazos. Debo haber dado en el clavo. Debe ser lo que está pensando.

-- No sabes cuánto te odio --me dice y yo levanto una ceja mirándola con escepticismo.

La proposición de Richard.

Nunca he estado tan confusa, mientras vuelvo a casa después de asistir al teatro, mi cabeza no deja de decirme que soy estúpida, porque he vuelto a caer en las garras de ese odioso duque. No acierto a comprender qué me ocurre cuando me besa, es como si toda mi inteligencia y mi razonamiento desaparecieran y me redujera a una estúpida autómatas sin cerebro. La primera vez que me besó fue algo que no esperaba y tenía esa excusa ante mí misma, pero lo que acaba de pasar en ese palco ha ido demasiado lejos, y me sonrojo al pensar que le he preguntado cuándo volvería a suceder. ¿En qué estaba pensando? O mejor dicho ¿con qué parte de mi anatomía pensaba para decirle algo así? Incluso cuando ha decidido apartarse, le he agarrado la cabeza para atraerlo de nuevo a mí. Sólo tengo una calificación para mi comportamiento, soy estúpida. No puedo volver a caer rendida a sus brazos, sobre todo con él que sólo busca la forma de eliminarme de su camino, estoy segura de que si pudiera me aplastaría como a un mosquito. Mi tía Margheritte me mira de vez en cuando con cara de desaprobación. Me pregunto si habrá visto algo o sólo intuye lo que puede haber pasado entre nosotros. A veces no sé si tiene alguna capacidad paranormal para leerme la mente o es que el color de mis mejillas es demasiado intenso y delata mis pensamientos. La sola idea de volver a estar en presencia de ese hombre horrible y maravilloso a la vez me aterra. No sé de lo que puedo ser capaz de hacer si me provoca y me toca como lo ha hecho hace una hora. Y cada vez que veo a Thomas me parece más insoportable la idea de casarme con él. Lo dicho, soy una estúpida encaprichada, y lo peor de todo, de un enemigo que podría acabar con las esperanzas de toda mi familia, factibles esperanzas por salir de la ruina económica y social en la que nos sumergió mi hermano mayor.

Cuando al fin llegamos a casa, soporto como puedo en mi habitación la reprimenda de mi tía.

-- ¿Qué ha pasado cuando me he ido del palco? --pregunta con los brazos en jarra y la cara rechoncha arrugada. Yo levanto los ojos y los pongo en blanco.

-- Nada, sólo sus típicas amenazas.

-- A mí no me engañas, lo has provocado en el vestíbulo. Parecías una de

esas fulanas que vimos en White Chappel. ¿Qué estás tramando?

-- Nada, es él el que se provoca a sí mismo. Me dijo que le devolviera este vestido y le dije que si lo quería lo podría recuperar él mismo --digo ante la cara de asombro de mi tía--... de mi habitación... Envió a una doncella a por él y no pude contener la tentación de engañarle y volver a ponérmelo.

-- ¿Esas dos viejas te dieron un vestido del duque? Y lo que no comprendo, ¿por qué ese hombre tiene un vestido?

-- Será un capricho, y sí, esas dos me la jugaron bien.

No me atrevo a decirle lo que ha ocurrido entre ese hombre y yo, me avergüenzo de lo que ha ocurrido. Aunque sé que ella me aconsejaría lo mejor, seguramente me diría algo que a mí se me escapa en estos momentos de confusión, no puedo contarle nada por ahora.

Mi tía decide aceptar que no va a sonsacarme más información y con un bostezo se marcha. Creo estar sola y me acerco al espejo que hay al lado del armario. Me detengo frente a él y admiro el marco de madera elaborada y pintada en oro. Luego me fijo en su interior, que refleja mi vestido y pienso que quiero quedarme con él. Seguramente debería habérselo devuelto ya, pero además de provocarlo, nunca había tenido algo así y me da pena separarme de él. Además cuando lo llevo es como si fuera él quien me tocara, en cada parte de mi cuerpo en contacto con la tela. Me echo las manos a la cintura y bostezo. Oigo un ruido tras el biombo y me sobresalto. Me giro rápidamente y emito un gritito al ver la figura de un hombre. Es Richard.

--¿Qué haces aquí?

-- No es lo que piensas -- se justifica--. No temas, es que necesitaba hablar contigo y es como si huyeras de mí porque parece que nunca encuentro el momento --no digo nada, simplemente permanezco de pie a la espera de saber lo que tenga que decirme--. Bien --dice tomando aire como para ordenar sus ideas--. Ya sabes lo que sentía Meg por Thomas, eras su amiga, su paño de lágrimas.

Yo intento defenderme y agregar algo pero él hace un gesto con la mano.

-- Por favor, deja que acabe, no estoy aquí para juzgarte, ni a Thomas tampoco, él te eligió a ti. Pero Meg cree, y yo también sinceramente, que si no hubieras estado estas navidades, él se habría prometido a ella.

-- Bueno... eso es mucho especular...

-- Siempre fueron buenos amigos, todos pensábamos que acabarían juntos, pero al verte allí eso cambió, y él también... pero Meg no, ella no es capaz de aguantar la próxima temporada, va a quedarse en el campo, aislada para no ser el centro de las habladurías de todos esos hipócritas. ¿Qué posibilidades tendrá de casarse cuando un duque ha preferido a una... -- se detiene para rectificar-- a alguien sin dote y sin título.

-- Pero ella sí tiene todo eso de lo que yo carezco, es la hija de un marqués, lo injusto es haber nacido sin todo eso.

-- Comprendo --dice calmado. Algo que me enfurece un poco, pero intento volver a relajarme tal como lo hace él--. Como he dicho, no estoy aquí para juzgarte.

-- Y ¿para qué has venido? ¿Vas a intentar convencerme de que no me case con Thomas?

-- Más o menos, te propongo que seas mi esposa.

-- ¿Tu esposa? --repito incrédula.

-- Sí, puedo ofrecerte un título y lo mismo que Thomas podría darte.

-- Lo harías por tu hermana... Para que pueda casarse ella con Thomas... Pero ¿y si igualmente no quiere casarse con ella?

-- Al menos tendrá la esperanza. Ella le acompañaría cuando le dejaras. Sería su apoyo y seguramente eso les uniría.

-- Lo tienes todo calculado --digo sin salir de mi asombro--. Creo que necesito una copa.

Él asiente con la cabeza y se dirige a la puerta.

Cuando llegamos al saloncito voy directamente a la licorera y me sirvo un generoso trago de Whisky. Bebo un poco Y empiezo a toser. No estoy acostumbrada a este tipo de bebidas. Sólo pensé que me ayudaría a digerir todo mejor.

-- No tengo más que decir. Está en tu mano hacer lo correcto.

-- No es que no quiera casarme contigo, es que sería un escándalo --digo claramente.

-- Piénsalo, a Thomas no le importaría tanto como crees --me asegura-- ya sabes lo voluble que es. Pero él jamás romperá el compromiso, porque ha dado su palabra. Como ya he dicho puedo ofrecerte lo mismo que él.

Lo sé, sé que Thomas es caprichoso, y que es probable que una parte de él quiere esto sólo por fastidiar a su padre. Aunque él mismo no se da cuenta. Pero yo no le he obligado a pedirme en matrimonio. No sé por qué todos piensan que todo está en mi mano.

-- ¿Ofrecerme lo mismo?... Aunque todos penséis lo contrario, Thomas me gusta... me gustan sus labios, sus besos, sus ojos, voy a estar muy feliz viéndolo cada día --digo pensando en realidad en su padre.

Richard, moreno como yo y con los ojos verdes ahora entornados levanta una mano y la pasa por su pelo como si de esa forma se infundiera valor. Después se acerca y me besa. Yo dejo que lo haga porque pienso que si me gusta podré dejar de pensar en el duque. Acerca sus labios y abro la boca cuando siento su lengua en mi piel. Me acaricia y es correcto al hacerlo, no hace nada mal, su lengua se mueve junto a la mía y es suave y cálido, pero no siento nada, absolutamente nada.

-- Piénsalo --me dice separándose y dejándome sola en el pequeño salón.

Ya ni siquiera me apetece estar con Thomas, si no es porque se parece a su padre e imagino que le beso a él, y sólo porque sus labios son iguales. Es de locos. Siento que el whisky que todavía tengo en la mano se va a caer y decido beberlo de otro trago. De pronto me siento mareada y decido dejarme caer en el sillón que tengo más cerca.

Cuando no puedo más y me dejo llevar como una tonta por las inútiles lágrimas aparece ese odioso hombre. Me abraza y siento su olor, y me relajo. Me pregunto qué habrá oído o tal vez no haya oído nada. Me abraza y me acaricia y pienso que podría estar así toda la vida, entre sus fuertes brazos y envuelta en su aroma. El whisky me debe haber subido a la cabeza, porque cuando le miro y veo sus labios y los toco pienso que quiero todo de él, quiero hacerlo todo con él y dejarme llevar por sus besos otra vez.

-- ¿Vas a dejar a Thomas para casarte con Richard? Tal vez sea la mejor opción, si lo piensas con calma --me pregunta y entiendo que ha oído todo y que le odio. Y no sé cómo lo he olvidado.

-- No sabes cuánto te odio --le digo antes de empujarlo con todas mis fuerzas para que deje de abrazarme ya que me hace entender que sólo quiere que me aparte de su hijo.

Él me sigue y me atrapa antes de llegar a la puerta. Me inmoviliza contra la pared y me besa con una fuerza que me derrite. Pero no quiero dejarme llevar, no puedo. Intento que me suelte forcejeando con él, que me atrapa de nuevo y me lleva así hasta la chaise longue. Intento gritar pero él me tapa la boca con la mano. Lo miro horrorizada mientras acerca su rostro a mi cuello y comienza a besarme mientras me sigue sujetando con sus manos y su cuerpo. No puedo quitarle de encima, es mucho más grande que yo.

-- ¿Te has follado a Richard también? --me pregunta con una mirada encendida en llamas.

-- No --digo, pero no me deja hablar, sus labios me atrapan y pierdo la fuerza. Él aprovecha para meter sus manos bajo la falda del vestido y lo levanta haciendo que quede arrugada alrededor de mis muslos. No me doy cuenta de lo que hace hasta que observo atónita cómo se desabrocha los botones de su pantalón con una mano. ¿En serio está ocurriendo esto? ¿Va a hacerlo? Veo su miembro grande y duro ante mí y alargo una mano hasta él. Parece sorprendido por un segundo y mete su mano por debajo del montón de tela en el que se ha convertido mi falda. Toca mi sexo húmedo y gimo mientras acaricio el suyo. Él hace un gesto contraído y me mira de una forma que no había visto nunca en él. Su mano se mueve entre mis pliegues y no puedo respirar, siento que me voy, me acaricia con el pulgar en la zona más

sensible, como hizo levemente hace unas horas en el teatro. Respiro profundamente mientras siento su enorme miembro en mi mano endurecerse y moverse. Cierro los ojos cuando gruñe y vuelvo a abrirlos para verle observándome, primero mis ojos y luego mi sexo. Involuntariamente mis caderas se mueven contra sus dedos y siento que no puedo más, siento que mi cuerpo es algo ajeno a mi voluntad y no puedo controlarlo. Mi mente ha quedado en un segundo plano y sólo deseo entregarme a él. Empiezo a moverme más rápido y él también en mi mano. El placer se concentra de una forma increíble entre mis piernas y noto los espasmos de mi sexo contra su mano mientras cierro los ojos para saborear ese placer al máximo. Él gime también y deja que mi mano se llene del fluido de su miembro. Al contrario de lo que debería pasar, éste no deja de estar tan duro en mi mano y se abre paso ante mi debilidad para colocarse entre mis piernas. Lo acerca hasta allí y lo restriega por mis pliegues haciéndome vibrar de anticipación. Lo deseo tanto. Pero un atisbo de racionalidad se asoma por mi cabeza diciéndome que voy a hacer una locura.

-- No --digo con todas mis fuerzas apartándolo, horrorizada por mi comportamiento y por lo que me ha costado apartarle. Sólo quería que lo hiciera, quería que continuara, pero en qué estaba pensando, me pregunto.

-- Te follas a todos, ¿y ahora no quieres?

La rabia que siento hacia él en estos momentos me lleva a sacar más fuerza de la que tengo y a apartarle definitivamente de encima. No le doy tiempo a que me convenza para que me quede y salgo corriendo como si hubiera visto, o mejor dicho, hubiera estado, con el mismísimo diablo.

Tras una noche inquieta en la que no he podido dormir decido no acudir al paseo a caballo que han planeado las gemelas y me quedo en mi habitación excusándome con un horrible dolor de cabeza. No me atrevo a salir y mirar a la cara a ese maldito duque. Una doncella llama a mi puerta y la hago pasar. Me entrega una nota sobre una bandejita de plata. Reconozco la letra de mi hermano y espero a que salga con una sonrisa antes de abrir el sobre.

Muy a mi disgusto estoy en Londres con unas ojeras que me llegan al cuello. Me ha citado en una taberna a las afueras, y he tenido que salir sin poder avisar a nadie. Y ahora que estoy en este lugar sola me doy cuenta de que he cometido un error gravísimo. Pero tengo miedo de lo que pueda hacer mi hermano si no me presento.

Voy ataviada con una capa que he cogido a una de las sirvientas, lo último que quiero es llamar la atención, necesito pasar desapercibida por mi propia seguridad. Estoy sentada ya media hora en una de las mesas pegajosas del local y mi hermano se hace de rogar. Hacía tanto tiempo que no comía en un lugar así, afortunadamente no hay apenas clientes, porque si tuviera que lidiar con algún pesado, no sé cómo me libraría de él, aunque voy armada, por supuesto. Miro hacia un lado y otro de vez en cuando, a cada momento con más insistencia.

Un niño se acerca a mí y yo le miro de reojo al principio y luego con interés, porque me llama por mi nombre.

-- ¿Es usted Emily? --me pregunta con una vocecita muy fina.

-- Sí --contesto frunciendo el ceño.

El niño, que tendrá seis o siete años se sienta a mi lado y coloca su mano entre los dos, abriéndola y dejando ver un papel arrugado que estira con la otra mano. Yo lo quiero coger pero él dice que no con la cabeza, y lo leo estrechando los ojos, porque a esa distancia no consigo ver bien lo que pone. Es la letra de mi hermano, y dice que siga al niño al lugar que me lleva.

Es todo muy raro, no entiendo tanto misterio, pero me levanto y sigo a ese pequeño.

-- ¿Dónde vamos? --le pregunto, pero él no me contesta. Me lleva a la parte de arriba de la taberna, donde hay habitaciones que se alquilan por días o incluso por horas. Yo miro a mi alrededor y no veo a nadie fijándose en nosotros, aunque sólo hay tres clientes.

Cuando llego a la habitación en la que se detiene el niño llamando seis veces seguidas pienso que todo esto es una estupidez y que mi hermano se ha

vuelto loco. Y más me lo parece cuando abre la puerta y lo veo despeinado y más delgado que la última vez.

-- Hueles mal --le digo llevándome la mano a la nariz.

-- Agradéceselo a tu suegro.

Yo alzo las cejas a modo de pregunta.

-- No he podido quedarme en White Chappel, tiene unos matones que me han estado buscando durante días. Y a ti también te están siguiendo, es probable que te hayan seguido hasta aquí.

-- Entonces te has expuesto a que te encuentre... --y a que descubra la verdad, pienso aterrorizada por un momento.

-- Sí, y lo único que quiero es irme de esta maldita ciudad, pero no tengo dinero, ¿has traído algo?

-- No, no dijiste nada. Ya pensaba que te habrías ido.

-- No pienso irme sin mi dinero.

-- ¿Qué dinero, el que nos hiciste perder? No puedo comprender cómo has llegado a esto.

-- ¿Cuándo podrás dármelo?

-- No lo sé, no sé siquiera cómo conseguirlo.

Mi hermano está desesperado, y sé que puede cometer alguna locura y echar al traste todo.

-- Dame ese anillo, debe valer más de lo que puedas conseguir con tus dotes de puta con tu novio.

Yo lo miro boquiabierto por un momento.

-- Eres despreciable --afirmo sin dudas, pero le doy el anillo de prometida

que me regaló Thomas--. Pertenece a su familia... no sé qué voy a decir.

-- A mí me da igual lo que digas, hazte una réplica --dice él como si fuera tan fácil.

-- No quiero volver a verte --digo acabando la conversación y dándome la vuelta para que no vuelva a amenazarme con hablar si no le doy más dinero.

Vuelvo a colocar la capucha sobre mi cabeza y desaparezco de allí montando el caballo con el que he venido. Al menos él ya no será un problema más de los que tengo. Porque en realidad ahora mi principal problema soy yo misma y mi comportamiento con Lord Arthur Bradbury. Me dirijo a una tienda cercana a nuestra antigua casa en Londres, donde mis padres vendieron todas las joyas de la familia para pagar las deudas de mi hermano. Necesito una réplica del anillo que le acabo de dar a William.

Miro a mi espalda y veo un carruaje, no es el único, es el camino real y la gente va y viene de Londres, por lo que no sé si realmente me sigue o simplemente mi hermano me ha asustado con esas manías persecutorias y ya veo cosas donde no las hay. Pero cada vez que me giro veo el mismo carruaje. Decido detenerme en la primera posada que encuentro y observo que el carruaje se detiene en el camino, aunque nadie sale de él y no entra en la posada. No puede ser casualidad. No desmonto y sigo despacio, pero cuando estoy de nuevo en el camino pongo al caballo al galope espoleándole, y voy tan rápido como soy capaz de controlar a ese animal. El carruaje se queda atrás y respiro aliviada.

Los secretos de Emily.

Me despierto tarde, cosa que no he hecho desde que era un niño y no tenía preocupaciones, o al menos no sabía que las debía tener, dado el estado de la economía familiar. Afortunadamente todo eso pasó y ahora me levanto a medio día, no porque no tenga preocupaciones, sino porque tengo una sola, con nombre de mujer. Estuve tan cerca de descubrir que Emily no es virgen. Tengo tantas pruebas, si consiguiera localizar a su hermano, que estoy seguro de que la chantajea. Sobre todo después de la nota que ha recibido esta mañana. Si no me hubiera quedado dormido habría llegado a tiempo para descubrirla. Afortunadamente todos los sirvientes me informan de sus movimientos, y los hombres que tengo apostados alrededor de la casa para nuestra protección también tienen orden de seguirla y vigilarla en todo momento.

Me agarro la cabeza con ambas manos y me miro en el espejo cuando me echo el agua de la jofaina en la cara. Me digo estúpido en voz alta. Tuve la oportunidad de penetrarla y me dejé llevar por ella cuando me puso la mano encima, tocando mi miembro con sus pequeños dedos. Fue algo que no esperaba y lo hizo tan suavemente que me provocó hasta el infinito. Sus dedos curiosos y su mirada recorriéndolo me dejaron a su merced.

La veo llegar a caballo al galope gracias a que mi habitación tiene las mejores vistas y puedo observar casi todo el camino hasta la vía principal. Necesito saber qué ha ocurrido. Necesito saber más, pero de ella no voy a sacar ninguna información, por lo que me decido ir a Londres a hacer averiguaciones.

En los establos me cruzo con ella, que se queda clavada en el suelo cuando me ve. Hay un mozo de cuadras, pero él no nos presta atención y de todas formas soy yo el que paga su sueldo, por lo que no se sorprende demasiado, o por lo menos disimula su asombro cuando me acerco a ella y le meto la lengua hasta la garganta acercándola a mí cuando la agarro de la nuca. Ella no opone ninguna resistencia. Jadea en mi boca pero no dice ni una sola palabra, ni yo tengo ganas de hablar. Sin embargo, de repente oigo el sonido de los cascos de caballos. Recuerdo que las gemelas me dijeron que saldrían todos a cabalgar y decido dejar que Emily regrese rápidamente a su habitación antes de que lleguen. La observo sonrojada cuando se da la vuelta

para mirarme una última vez, nerviosa y torpe cuando camina rápida por encima de la paja que hay esparcida por el suelo mientras respira con dificultad.

Estoy en la oficina del club para caballeros más importante de la ciudad, The black horse, cerca de Kingcross. Allí puedo moverme con mayor libertad y he citado a los hombres que tengo apostados por White Chappel buscando a William Jhonson y a los administradores de mis casas de juego.

Hay doce hombres y la única referencia que me han podido dar es la dirección de una posada a las afueras de Londres, donde se alojó durante la última semana, pero al parecer, después de reunirse esta misma mañana con Emily, se ha evaporado.

-- Es posible que quiera abandonar Londres --especula Hamilton, el administrador de uno de los prostíbulos del puerto.

-- O que lo haya hecho ya --dice Stevenson.

-- Emily no le habrá podido dar lo suficiente para poder volver a Francia. Ese tipo de hombres no abandonan tan fácilmente, esperará a que esté casada para pedirle más dinero --digo perdiendo la paciencia.

-- Si quiere salir de Londres me enteraré --asegura Hamilton.

-- No puede desaparecer de esta manera --grito dando un golpe en la mesa y levantándome.

-- Ha ido John a hacer preguntas a la posada. Seguro que encuentra algo Milord, está tarde tendremos más información --afirma Stevenson y yo me giro hacia él y asiento con la cabeza.

Decido esperar hasta que llegue la información, si regreso a Whiteshore tardaré más en saber algo sobre William. Tampoco tengo ganas de ver a esa bruja, porque cada vez que la veo quiero acabar con ella, pero nunca lo consigo. Y la frustración me va a matar.

Paso dos horas solo, en mi oficina. Después de las seis comienzo a oír el ruido de la gente que empieza a llegar, clientes que hacen sus apuestas, algunos habrán bebido demasiado y hablan más alto de lo normal. Una mezcla de nobles, burgueses y tipos con suerte que se divierten entre las mesas de juego y las putas que les animan a seguir jugando y apostando. No ha llegado todavía nadie a darme una explicación de por qué maldita razón no han encontrado a un solo hombre, el hermano de Emily. Y cuando pienso en ella otra vez, decido beber un trago de whisky mientras fumo para templar mis nervios cuando desesperado comienzo a caminar por la oscura habitación.

Al fin oigo llamar a la puerta y me siento aliviado.

-- Adelante.

Aparecen Stevenson y John ante mí y su sonrisa me confirma que o bien han dado con él o simplemente tienen algo para encontrarle.

-- Milord, estamos muy cerca. Le seguimos la pista hasta el puerto. Un hombre de su descripción ha comprado un billete para Francia, saldrá mañana por la mañana.

-- ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? --pregunto, porque necesito saber el proceso, necesito saber los detalles para entender si puede ser verdad y alegrarme o hay algún fallo en su deliberación.

Me explican una historia sobre un niño que sabía dónde se alojaba y que acompañó a Emily hasta él, sobre putas que han estado con William y la poca información que le ha proporcionado el posadero. Parece correcto. Lo que más me ha llamado la atención es que ese joven de cabello largo y piel morena haya sido tan estúpido de contarle a una de las putas su intención de abandonar Londres siendo rico.

-- ¿De dónde habrá sacado el dinero? --les pregunto y ambos se miran.

-- Ese niño condujo a Emily a su habitación y no entró, no sabemos si ella le entregó dinero. Sólo que a mediodía compró el billete. Sabe que le buscamos, desde luego es escurridizo.

-- Hay una cosa más, Milord --dice Stevenson sacando unos papeles de su maletín.

Alzo una ceja y él me los entrega. Mientras los examino, Stevenson permanece en silencio.

Hace dos días que envié a Stevenson a Nothumberland y no he recibido noticias todavía. Sé que Emily guarda secretos, el chantaje de su hermano, al que no hemos encontrado aún o su relación con Richard. Pero hay algo más y quiero saberlo todo de ella.

Durante estos dos días no he dejado de observarla desde lejos. No soy capaz de estar a solas con ella y no quiero que Thomas sospeche lo que ya ha ocurrido entre nosotros. La observo desde la ventana de mi habitación jugando con su hermano pequeño y las gemelas. La observo cuando en el jardín Thomas lee poemas para ella. También en la cena, a la que no puedo evitar asistir. La miro cuando habla con esas dos viejas, que fueron las que le dieron ese maldito vestido verde... que, por cierto no he recuperado aún. La he observado también salir corriendo o esconderse cuando ve a Richard. Entonces recuerdo la conversación que tuvieron y me corroe por dentro. Esa maldita bruja ha jugado con Richard y con Thomas. ¿Es que acaso sólo yo me doy cuenta de cómo es?

Lo único que deseo desde que la conozco es que esa familia de burgueses venidos a menos se vaya por donde ha venido. Son todos unos inútiles. Cada vez que veo a la madre me entran ganas de vomitar. ¿Acaso esa gente no sabe comportarse con un mínimo de modales? Parecen animales, no saben ni siquiera hablar con educación en público. Mi hijo me hace pasar por esta vergüenza por capricho, sólo para importunarme. No soporto tener que presentarlos ante mis conocidos, ante la sociedad. Un duque emparentado con esos energúmenos. La sociedad entendería que fuera incluso mi amante, pero parte de la familia... Mi amante, pienso mientras la veo sonreír a las dos viejas que me la han jugado. Esas dos cotillas meten el hocico en todo. Y ahora me miran y sonríen con complicidad. No quiero siquiera saber de lo que hablan. Sin embargo, cuando veo a Emily sonrojarse siento una imperiosa curiosidad por saberlo. He pasado los últimos dos días intentando

descubrir en qué secretos se envuelve esa pequeña mujer. Y parece que cuando estamos cerca de descubrir algo, la pista se desvanece, nuestro objetivo se vuelve más lejano. Me pregunto si descubriré a tiempo lo que necesito para echarla de mi vida, y de la de Thomas, o cuando lo consiga será demasiado tarde.

La miro directamente como suelo hacer, con los ojos llenos de rabia, y ella suspira, no la oigo pero la siento. Y sí la oigo, pero en mi mente, en mi cabeza oigo sus gemidos, su respiración entrecortada cuando se corre contra mi mano. Y la oigo en mis recuerdos, suspirar con deseo cuando mira mi miembro endurecido ante ella, y cuando lo toca y sus ojos se agrandan al sentirlo. Y se me seca la garganta al recordar, y sé que ella también lo recuerda, porque también alza su copa sin apartar la mirada de mí. Es una mujer hermosa y sus ojos, ahora oscurecidos por el deseo, no me dejan indiferente. Si pudiera llegar a demostrar a Thomas que no es quien él cree. Que sólo es una furcia que pretende conseguir un título y su dinero... bueno, mi dinero.

Thomas le sonrío, pero sigue su mirada hasta mí y yo la desvío. No es momento ni lugar para que interprete lo que ocurre. Ni quisiera que jamás lo supiera. Sólo deseo que descubra cómo es y la deje ir con el resto de su familia de incivilizados neandertales.

Cuando termina la cena, todos los invitados se marchan hacia el salón, las mujeres se acomodan en sillas y sillones alrededor de mesitas distribuidas por toda la estancia, mientras que los hombres se dirigen hacia un apartado del salón, donde unas cortinas oscuras separan esa zona donde se sirve tabaco y alcohol. Las sillas alrededor de mesas con cartas se van llenando también y los caballeros comienzan a beber, reír y divagar sobre política, mujeres y estupideces. Thomas y sus amigos, junto a Richard, creen saber más de política, de mujeres y de estupideces que el resto de caballeros, que les doblan la edad. Y yo miro al techo con la sensación de no soportar ese lugar. Todo me parece más estúpido a cada momento. Salgo de allí después de excusarme con cada caballero que me detiene para entablar conversación, todos creen que hablar con un duque les dará un impulso en la escala social, y yo ya estoy algo cansado de todas las ceremonias que me rodean. Miro a través de la ventana a Emily en el jardín, junto a las dos viejas que se ha

buscado de amigas. ¿Es que esa mujer no tiene amigas de su edad? ¿Es que la conversación picante de dos viudas casadas varias veces es más interesante para sus experimentados oídos? Y ahí encuentro la clave de todo. Ella no es como las otras jóvenes. Ella es como esas dos viudas.

Todos los intentos que hemos hecho para descubrir sus secretos han sido fallidos. Aún queda alguna esperanza, Stevenson está en ello. Pero su hermano ha vuelto a evaporarse, no salió del puerto, hemos estado buscándolo durante estos dos días y no ha dado señales de vida. No entiendo qué capacidad tienen para ocultarse y evadirse de mí. Al menos a Emily la tengo cerca, y tengo que reconocer, que es un desafío, aunque quiero tenerla lejos, ese es el objetivo, el hecho de tenerla cerca me ayuda a ese objetivo. Sé que es absurdo y contradictorio, pero no puedo evitar querer verla y saber dónde está en todo momento.

Richard se desmarca del grupo de jóvenes y viene a mi encuentro cuando estoy asomado observando a Emily. Miro a Richard por encima del hombro acercándose. Es alto, pero yo más, por lo que bajo la vista hacia él.

-- ¿Me permite?

Mantengo el silencio unos segundos pero dejo que hable finalmente.

-- Por supuesto.

-- Todos saben que no quiere que se case con Thomas --admite siguiendo la dirección de mi mirada--, y creo tener una solución.

-- ¿En serio? --pregunto con media sonrisa.

-- Sé que le parecerá extraño, pero le he pedido matrimonio.

-- ¿Está enamorado, Harbour?

Él sonrío y niega con la cabeza.

-- No, pero a veces un hombre tiene que hacer simplemente lo que tiene que hacer.

Entonces la rabia me consume, sé que lo hace porque ha estado con ella, se la ha follado y su confirmación no es un consuelo para mí. Le dejo con la palabra en la boca y me marchó de allí enfurecido.

Me despierto con resaca, debí beber demasiado. Tengo todas las pruebas y sin embargo no puedo acusarla directamente. Tengo que volver a Londres y averiguar qué pasa con el hermano. Pero cuando me incorporo de la cama siento ganas de vomitar. Cuando aparece mi ayuda de cámara apenas se puede apreciar su sorpresa ante mi estado, sólo tose ligeramente.

-- Milord...

-- Traiga un reconstituyente, tengo que ir a Londres de inmediato.

Tras una ligera reverencia sale y siento cierto alivio al volver a estar solo. Cierro los ojos y veo a Emily, a la que he visto en mis sueños, sobre mí, en esta misma cama. Y también junto a Richard, ese maldito imberbe.

Cuando salgo a caballo hacía Londres me arrepiento enseguida, porque a mitad de camino comienza a llover copiosamente y me calo hasta los huesos. Maldigo este día y llego a mi casa de Mayfair en un estado deplorable y febril. El mayordomo me recibe en ese estado y no consigo siquiera reunirme con los hombres que buscan a William, ni con Stevenson. No soy capaz de moverme y maldigo de nuevo este día cuando llego a la cama, porque tardaré en recuperarme y Emily tendrá vía libre para hacer y deshacer lo que quiera, no podré estar ahí para verlo, o mejor dicho, para verla.

El pasado de Emily.

Consigo despistar al hombre que ya conozco como si fuera de mi propia familia y observo que desde hace rato no me sigue. Necesito reunirme con el hombre que sigue a mi hermano. Necesito saber que William se ha ido definitivamente. Conocí a McLeod cuando todavía vivíamos en Londres y reclamaba dinero a mi hermano. Se presentó en nuestra casa ya hipotecada y mi padre tuvo que pagarle con lo último que nos quedaba. William, previamente intentó pagarle con mi cuerpo, el muy asqueroso. Pero afortunadamente el señor McLeod es un profesional, que cumple el trabajo que le encargan. Y cuando me llevó engañada a su casa, le dio un puñetazo y le rompió la nariz, diciéndole que lo próximo en romperse serían sus piernas.

-- No ha salido de Inglaterra --me dice escuetamente.

-- No puede ser, me aseguró que quería irse, el duque está siguiéndole.

-- Lo sé, me he topado con sus matones, pero no lo han encontrado.

Por sus palabras entiendo que él sí.

-- ¿Dónde está?

-- En la casa de una puta, le paga con el dinero que le diste.

-- Maldito sea --digo enfurecida levantándome de la silla en el salón de su casa.

-- Siento que sea tu hermano, pero es un imbécil.

-- Si alguien se enterara de lo que ocurrió... --me lamento sentándome de nuevo.

-- Sólo lo sabemos nosotros. Él no hablará aunque nos amenace con hacerlo.

-- Cuando alguien no tiene nada que perder... Y si él cae nosotros también.

-- Y al contrario --me dice colocando su mano sobre la mía.

-- Si se hubiera quedado en París...

-- Un hombre como él siempre dará problemas. Aunque se fuera mañana, volvería a darlos en el futuro.

-- No entiendo cómo no lo ha encontrado el duque.

-- Sus hombres son demasiado violentos, Kitty es muy discreta para arriesgarse a decir nada. Y cualquiera que supiera algo no hablaría por el riesgo a que le torturen o le maten por obtener más información.

-- ¿Tan peligroso es?

-- Me temo que sí, uno no se hace rico siendo un santo.

-- Comprendo.

-- Sé que es tu hermano, pero si lo encuentra el duque, estamos perdidos, cantaré como una soprano, eso te lo puedo asegurar. Sus métodos son demasiado persuasivos.

-- ¿Qué estás proponiéndome Robert?

-- Ya lo sabes.

-- Es mi hermano --digo con un suspiro--. No puedo aceptarlo.

-- Yo sí --asegura con la mirada fría--. Y si no lo he hecho antes es por el respeto que te tengo, pero no me gustan los cabos sueltos. Mientras estaba en Francia no me preocupaba demasiado, pero ahora... No he llegado hasta aquí para acabar en la torre de Londres.

Asiento con la cabeza y le miro con un ruego en mis ojos. Él me besa la mano y la acaricia sin levantarse, sin moverse de mi lado.

-- Podría haber una alternativa --digo pensando rápidamente en alguna solución distinta a que él mate a mi propio hermano.

-- No lo creo, si no quiere irse por su propia voluntad...

-- Pero podríamos, no sé, drogarle y meterle en un barco rumbo a no sé... ¿la India? No podría volver... --intento convencerle-- ¿Australia?

Él enarca las cejas y niega con la cabeza.

-- Por favor --suplico tendiendo mi mano que él acaricia.

-- Lo pensaré, pero no tenemos mucho tiempo, al final darán con alguien que sepa algo y le harán hablar. Y entonces estaremos perdidos.

-- No podré volver en unos días, hoy he podido hacerlo porque el duque está enfermo desde hace una semana y no está encima de mí, pero es posible que mañana regrese.

Antes de salir le abrazo como si él fuera mi verdadero hermano, desde luego se ha portado mucho mejor que él.

Camino en la oscuridad con un arma en la mano y subo al carruaje que he alquilado para llegar hasta allí. Espero que nadie se haya dado cuenta de mi ausencia. He dejado la puerta trasera de servicio abierta para poder volver a mi habitación sin que nadie se entere, pero no estoy segura de que algún sirviente la haya cerrado si se ha dado cuenta.

Cuando llego, afortunadamente sigue abierta la puerta. No quiero que nadie me vea, estoy en la cocina y tengo hambre, por lo que me acerco a la alacena. Una mano en mi hombro me sobresalta y me giro bruscamente para ver unos ojos azules que hacía una semana que no veía y que deseo como no he deseado nada en mi vida. Se me escapa un suspiro y observo detenidamente sus labios, recorro su forma y él me mira también en silencio. Le veo un poco más delgado o tal vez es sólo la oscuridad. No dejo que él me bese, lo hago yo. Levanto los talones y le acaricio el cuello mientras lo atraigo hacia mí. Le deseo, no lo puedo negar. Y sé que no debería, es mi mayor enemigo, pero esta semana sin él no he podido apenas comer o dormir. Le he echado tanto de menos a pesar de que su presencia también es un incordio para mí. He deseado en la noche tantas veces sus labios. Y ahora presiono los míos contra los de él y cuando abro la boca lo devoro con ansia,

enlazo mi lengua con la suya y recorro cada parte de su interior con un hambre voraz, como si estuviera al borde de la inanición. Nunca he sentido esta necesidad por alguien, por alguien por quien jamás debería sentirla, pero aún así, no puedo evitarlo. Y le beso durante demasiado tiempo, tanto como para comenzar a sentir sus manos por todo mi cuerpo. Empiezo a gemir y él también, y oírle me vuelve loca. Me levanta con sus grandes manos por la cintura y me lleva hasta la mesa central de la cocina. Me abre las piernas y se coloca entre ellas. Siento su miembro entre ellas a través de la ropa y me muevo contra él mientras me sigue besando. Siento sus manos en mis rodillas y me acaricia mientras las sube por mis muslos. También siento mis palpitaciones aceleradas y su respiración ahora sobre mi cuello. Me besa y me acaricia con la lengua sobre el pulso de mi yugular. Se me eriza la piel y un escalofrío me recorre desde la nuca hasta los dedos de los pies. Mi cuerpo se mueve fuera del control de mi voluntad y me acerco todavía más a él con mi sexo presionando el suyo. Mi mano derecha suelta su cuello y se coloca entre los dos para acariciar su sexo por encima de la tela. Está tan duro y lo deseo tanto. Él emite un sonido ronco proveniente del fondo de su garganta cuando lo acaricio. Y vuelve a besarme cuando abro sus pantalones y saco su miembro. Él aparta mi ropa interior y mete su mano entre mis muslos. Yo dudo sobre lo que está ocurriendo y él me convence rápidamente:

-- Tengo que verte --me dice con un suspiro. Rasga el escote de mi vestido y acaricia mis pechos bajando la cabeza para lamerlos.

-- ¿Por qué has tardado tanto en curarte? --digo sin pensar, al sentir su lengua en mis pechos, y él levanta la cabeza y me mira con una sonrisa ladina.

-- Me has echado de menos --no es una pregunta, pero yo igualmente le contesto.

-- No, en absoluto, te odio, preferiría no tener que verte más... --él, sin dejar de mirarme y de sonreír me acaricia los pechos--, tal vez sólo a tus manos --le confieso cuando introduce una de ellas entre mis piernas y me acaricia con los dedos las zonas más sensibles para luego dejar de hacerlo justo en el momento en que me abandono a él y empiezo a gemir; y le digo suplicante--: Tócame.

Él se aparta ligeramente de mí y veo de nuevo su sonrisa en la oscuridad.

Odio que sonría, a veces quisiera hacerle daño, golpearle, y aún así quiero seguir besándole y quiero que me toque.

-- ¿Así? --me pregunta acariciándome con sus dedos entre mis piernas e introduciéndolos después en mi interior.

Yo me contraigo y le aparto con un empujón. Él no dice nada pero frunce el ceño, y yo me siento avergonzada no sé muy bien por qué.

-- ¿Qué ocurre?

-- No me toques más.

Me levanto con rapidez de la mesa y salgo corriendo, y no dejo de hacerlo hasta llegar a mi habitación.

No sé por qué he actuado así, me he asustado tal vez, no esperaba que hiciera eso, sólo quería que me acariciara como lo hizo en el teatro. Pero sentir sus dedos dentro de mí era algo mucho más íntimo. No sé por qué soy tan idiota y he actuado así. No debería haber dejado que me besara, no debería ceder tan fácilmente ante sus caricias. Tengo que recordar que es mi enemigo. Pero mi cuerpo a veces, simplemente no me hace caso.

Hoy las gemelas han decidido asistir a uno de los eventos más importantes de la temporada, y les he pedido a la señora Blair y la señora Harris que me acompañen, pienso que si ellas están cerca me controlaré más ante el duque. No puede volver a ocurrir algo como lo que pasó anoche. O lo que ocurrió en el teatro... u otras veces en las que me ha besado y a su vez yo he querido que lo hiciera. Si Thomas nos viera o se enterara, mi reputación se habría acabado para siempre. El duque tal vez sufriría el rechazo de su propio hijo, pero la sociedad lo perdonaría por ser duque. Sin embargo yo caería en el ostracismo social de la peor manera.

Thomas me mira y me trata de forma extraña esta noche, y me pregunto si sospecha algo. Yo estoy intentando disimular todo el tiempo, pero me

invaden las ganas de preguntarle qué sabe, algo que evidentemente no puedo hacer. Me pide mi libreta de baile; aunque estemos prometidos no es correcto que todos los bailes sean con Thomas, por lo que está medio vacía, salvo los dos bailes que tengo apuntados con Thomas y los que tengo con algunos de sus amigos y conocidos de mi familia. Y porque no puedo evitarlo, ya que daría que hablar, un baile con el padre de mi prometido.

Revisa la libreta serio y coge mi lápiz para tachar un nombre. Yo me quedo en silencio pensando que se trata de Lord Arthur, el duque, su padre, y mis manos empiezan a sudar y temblar e intento controlarme juntándolas y sintiendo el temblor a través de los guantes. Cuando me la devuelve veo que ha tachado a Richard. Y no es algo que suponga un problema para mí. No quiero darle una respuesta todavía a su propuesta.

-- ¿Qué te ha dicho Richard? --me pregunta cuando estamos a solas, en voz baja.

-- ¿Y a ti? --le pregunto más segura de mí misma al descubrir que no es por su padre el enfado.

-- Sé que te ha propuesto matrimonio.

Yo coloco mi mano en la manga de su chaqueta y le sonrío.

-- También sabes que no he aceptado --digo transmitiendo toda mi calma.

-- Richard era mi amigo...

-- Lo sé --digo apartándole del bullicio del salón para llevarle a un lugar más discreto.

-- No puedo imaginarte con otro, y menos con él.

Lo abrazo y suspiro de alivio. Sus ojos me recuerdan al duque, y sus labios. Es una locura, no lo quiero pensar, porque no logro comprender cómo deseo tanto al duque siendo un hombre tan horrible, tan clasista como para no aceptar que su hijo se case con alguien sin título.

Thomas me besa y yo sólo puedo pensar en su padre, y gimo al recordar

sus manos sobre mi cuerpo, y Thomas se separa de mí y me observa como no lo ha hecho antes. Sus ojos tienen un fuego distinto, algo que me recuerda al duque.

-- Besas de una forma distinta... --dice Thomas.

-- ¿Acaso crees...? --digo aparentemente ofendida.

Thomas niega con la cabeza y se pasa una mano por el pelo, como si quisiera poner en orden sus pensamientos y dejar sus celos a un lado. Intentando discernir lo cierto de lo infundado.

-- Discúlpame, mi querida Emily. Será mejor que volvamos con el resto -- y me tiende el brazo para que me agarre a él y entremos de nuevo al salón como una pareja.

El duque me asalta y se deshace de Thomas diciéndole que traiga unas copas de champagne para los tres. Yo miro en dirección a las viudas que deberían estar ayudándome, pero ellas están ocupadas saludando y hablando a sus conocidos.

-- El siguiente baile es nuestro. Yo asiento con la cabeza y él me acaricia la mano cuando se la doy para acompañarle a la zona de baile.

-- No puede volver a ocurrir --le advierto claramente, sin andarme por rodeos.

-- Creo que lo deseas más que yo... --dice el muy idiota girándome entre sus manos para colocarme ante él. Me sujeta de la cintura y baja la vista para clavar sus ojos en mí. Yo humedezco mis labios ante su mirada que me quita la respiración.

-- No deseo nada de usted, Milord.

Él me aprieta por la cintura y sonrío para acercarse después y susurrarme algo.

-- Sólo mi dinero entonces...

Le miro desafiante y respondo:

-- Sólo su hijo.

-- Jamás permitiré que te cases con él. Eso no ocurrirá.

-- Pero con Richard tampoco.

-- Tampoco.

-- Debería meterme a monja entonces... --contesto con una sonrisa falsa.

-- O a puta --me responde hiriente con otra sonrisa. La gente debe pensar que estamos hablando de cualquier banalidad sobre la temporada. En ese momento intento soltarme y abandonarlo en medio del baile, él no me lo permite porque aprieta mi mano con fuerza para que no lo haga.

-- Te odio --le aseguro.

-- Quiero el vestido verde que robaste.

-- No lo robé, fueron esas dos viudas, pero no te preocupes, esta misma noche lo tendrás.

Cuanto más le odio más le deseo, no tiene explicación, pero es algo contra lo que no puedo apenas luchar. Mis ojos caen sobre sus labios y muerdo los míos sin darme cuenta, él sin embargo sí se percata de mis pensamientos y sonrío. Cómo le odio. Vuelvo a sus ojos y me pierdo en ellos a pesar de lo idiota que es. No decimos nada, sólo nos miramos mientras la música nos envuelve.

Cuando acaba la música y tengo que separarme de él lo hago a regañadientes, pero me obligo a no mostrar lo que siento. Me obligo a mostrar indiferencia.

Cuando vuelvo con las señoras Harris y Blair estoy intentando mostrarme calmada y guardar mi turbación.

-- Hemos apostado sobre su futuro marido, señorita Jhonson.

Sigo observando al duque, y cuando lo hago los demás sentidos se ralentizan, por lo que la voz de la señora Harris me llega al cerebro un poco más tarde de lo que sería normal. Cuando lo hace, frunzo el ceño y las miro.

-- ¿Cómo?

-- Yo creo que al final se casará con Lord Arthur.

-- Y yo, con Thomas.

-- ¿Y han llegado a esa conclusión por...?

-- Conozco bien a los hombres --dice la señora Blair-- y veo cómo le mira el duque, estoy segura de que no la mira como debería mirar a la prometida de su hijo, más bien la mira como si se la quisiera comer --acaba con una risilla y yo me pongo colorada.

-- Ese hombre me tiene declarada la guerra, lo último que quiere es que me case con su hijo y por supuesto con él mismo todavía menos.

-- Puede engañarlos a todos, incluso a sí mismo, pero le aseguro señorita Jhonson, que los hombres son como niños y cuando quieren un juguete que no pueden tener lo miran como la mira a usted.

-- Estoy de acuerdo, pero no sólo cuentan los deseos del duque --confirma la señora Harris.

-- Pero un duque siempre consigue lo que quiere --dice la señora Blair.

-- No siempre, querida.

-- No siempre, pero la señorita Jhonson quiere.

-- Un momento --las interrumpo--, estoy aquí por si no se han dado cuenta. Y les puedo asegurar que él jamás pensaría en mí en esos términos y mucho menos yo los aceptaría.

Ambas se echan a reír y se miran para después colocarse cada una a mi lado.

-- Tiene mucho que aprender. Para un hombre como él... como lo diría, me temo que usted no va a tener elección.

A lo lejos, al otro lado del gran salón veo una cara familiar. Un hombre disfrazado de sirviente me hace señas. Reconozco quién es y calculo las opciones para salir disimuladamente de allí y seguirle.

-- Ya que se dedican a apostar sobre mí, les voy a pedir un favor. Acompañenme hasta el pasillo.

Ambas se miran y sonríen.

-- Sólo a cambio de información, por supuesto.

-- Por supuesto.

-- ¿Acaso una cita secreta con el duque?

-- Es posible... --digo sonriendo.

Una vez en el pasillo veo una puerta entreabierta y les guiño un ojo.

-- Sólo será un momento.

Cuando entro cierro la puerta y Robert me espera fumando en la oscuridad. Nunca le he visto fumar.

-- William ha desaparecido.

-- ¿Cómo que ha desaparecido?

-- Nadie sabe nada de él. O ha vuelto a Francia, cosa que dudo porque nadie le ha visto salir o ha ocurrido algo peor.

-- ¿Quieres decir que lo hayan atrapado?

Asiente con la cabeza mientras se apoya en la pared fumando.

-- Te he visto con el duque.

Lo dice en un tono extraño.

-- ¿Y?

-- Estás jugando con fuego.

-- ¿Qué quieres decir?

-- Lo sabes bien... Te ha costado llegar hasta aquí después de todo lo que hemos pasado. Ocultarlo todo y seguir adelante no ha sido fácil, y tú ahora lo quieres echar todo por la borda por un capricho que no se permitiría ni una dama. Porque bien sabes que no es que te juegues tu reputación como el resto de debutantes, nos jugamos la cárcel.

-- Cállate --grito en un susurro. No quiero oír lo que acaba de decir.

-- No puedo callarme cuando también mi futuro está en peligro.

Se acerca a mí apagando antes el cigarro en una mesa. Yo no retrocedo.

-- Olvídate del duque y deja de tontear con él o nos llevarás a la ruina. Si lo que quieres es un amante cualquier otro puede cumplir esa función sin que juegues con fuego --me dice acariciando con el índice el contorno de mi rostro. No esperaba algo así y me quedo paralizada unos segundos.

Luego niego con la cabeza.

-- No busco ningún amante, ni quiero a ese hombre, yo le odio.

Sus dedos no se despegan de mi cara y acaricia mis labios entreabiertos. Cierro los ojos y sólo veo al duque. Maldito sea por aparecer en mi cabeza cada dos minutos.

-- He visto cómo lo miras, no puedes negarlo. Me lo debes, me debes todo lo que tienes.

-- Está bien, no lo haré, no lo negaré, pero no volverá a ocurrir nada entre nosotros.

-- ¿Quieres decir que ya ha pasado algo?

Que todos sepan leer en mi expresión lo que siento por él me desespera.
¿Tan evidente es?

-- ¡No! No es lo que piensas, además no tengo que darte explicaciones de lo que hago.

-- Sí tienes que hacerlo cuando afecta a mi futuro.

-- No lo hará --digo bajando la cabeza.

-- ¿Tanto le deseas?

No puedo hablar, no puedo responder a eso, porque sí le deseo.

-- ¿Tanto como para olvidar el pasado? ¿Qué ha ocurrido entre vosotros?

-- Nada --niego con la cabeza--, ¡déjame!

Me aparto de él y me sujeta de la muñeca para que no me vaya. Nunca se comportó así y me asusta y me enfurece a la vez.

-- Te gustaría que te follara, lo he visto antes en tus ojos mientras bailabas con él.

McLeod me suelta y da un paso atrás.

-- Vuelve, cuando tenga noticias de William te avisaré.

Ha sido todo muy extraño, no esperaba algo así por su parte.

Cuando me reencuentro con las viudas me preguntan inevitablemente.

-- Mañana les contaré --les aseguro cuando un grupo de invitados se cruzan con nosotras.

Ellas aceptan a regañadientes y volvemos a la fiesta.

-- Nos lo ha prometido --dice la señora Blair.

Envuelvo el vestido verde, cuando Margheritte sale de mi habitación, y lo dejo encima de la cama. Me da pena devolverlo, pero en cierto modo si lo devuelvo, es como si me deshiciera de lo que siento también por el duque.

Resignada me dirijo con él hacia la puerta y me asusto cuando ésta se abre de golpe. El duque está furioso y no entiendo por qué. Cierra la puerta de golpe y retrocedo.

-- Te iba a devolver el vestido --digo a modo de defensa cogiéndolo de encima de la cama y ofreciéndoselo.

Él lo mira y lo coge para tirarlo al suelo. Cuando giro la cabeza para verlo asombrada él se acerca sin que me de apenas cuenta de sus movimientos rápidos. Cuando vuelvo la cabeza, sus manos están en mi vestido y él arranca la tela del escote y la rasga hasta el ombligo. Sólo queda la camisa interior.

-- ¿Qué haces? --pregunto sorprendida agarrando sus manos.

-- Eres una puta.

Siempre con lo mismo.

-- Hueles a whisky. Y no, no soy ni una puta ni tu puta.

Él parece fuera de sí y a pesar de mis palabras continúa. Me dobla en tamaño y con su fuerza y su altura me coge en brazos y me lleva a la cama. Yo lo miro atónita.

-- Richard me ha dicho que quiere casarse contigo, como si fuera un deber. Y sólo hay una razón para que un hombre de honor se case por deber con una mujer. Y ese McLeod, ¿también te lo follas?

-- No es lo que piensas.

-- Pienso que te ha follado como a una puta.

-- ¿Qué...

No me deja acabar porque comienza a desnudarme rápidamente. Apenas logro respirar. A pesar de todo, de sus formas y violencia en sus ojos, ver su tenacidad, su fuerza, verlo enfadado, está afectando a mis sentidos. Trago saliva cuando me ha desnudado por completo y se detiene unos segundos a mirarme antes de desnudarse él ante mí. Se me para el corazón cuando se tumba sobre mi cuerpo y siento en cada centímetro de piel la suya. Suave y caliente sobre mí. Suspiro y él me besa en el cuello, luego en la boca y a la vez abre mis piernas que yo dejo a su merced. Se coloca entre ellas y gimo de placer al sentirle y al sentir su mano dentro de mí. Y me abre con los dedos y luego siento su miembro duro que me recorre lentamente por entre mis pliegues. Gimo de placer y con la suavidad de su miembro me vuelvo loca. Quiero resistirme, pero no puedo. Es demasiado para mí, y me dejo llevar finalmente por sus besos, sus caricias, su miembro que me da un placer infinito. Abro los ojos y veo los de él consumidos por el deseo, pero fríos también, y hermosos; y me dejo ir ante tanto placer con espasmos por todo mi cuerpo. Tomo aire y él, sin darme tiempo a pensar, me penetra con fuerza. Grito en su boca y a continuación él me mira atónito y se mueve más lentamente hasta correrse dentro de mí. Sus movimientos otra vez fuertes me hacen clavarle las uñas en la espalda. Él entonces me mira boquiabierto y yo aprovecho para girarme y separarme de él. Me quedo hecha un ovillo dándole la espalda y él permanece en silencio durante un momento que se me hace eterno. No es que me duela físicamente, es que soy tan idiota de haber cedido ante él y haber acabado con el futuro de todos. Pero le deseaba tanto, nunca había sentido tanto placer, simplemente no me puedo resistir a él.

-- No puedes ser virgen --dice en un susurro moviendo las sábanas--. Yo sólo... yo...

Él se queda en silencio unos minutos. No soy capaz de girarme para verle.

-- Estaba convencido... --niega con la cabeza--, quería comprobar... --dice más para sí mismo.

No puedo hablar, siento ganas de llorar, sólo lo ha hecho para demostrar que tenía razón y para quitarme del camino de su hijo, y he sido tan tonta de dejar que lo hiciera. Mis esperanzas de una vida mejor se acaban de esfumar.

-- Creía... Yo creía... Sólo quería confirmar que...

-- Vete, por favor --digo con un hilo de voz.

Él no dice nada más y me obedece.

Investigando a William.

Richard quiere casarse con Emily, y sólo hay un motivo para que un hombre con título se case con una mujer como ella, haberla deshonrado. No puedo creer que todo sea tan evidente y no sea capaz de descubrirla. Jhon aparece en mi despacho y me entrega el informe de los hombres que están buscando a William. Hay un hombre, un conocido de los bajos fondos del East End que ha trabajado alguna vez para nosotros. Parece ser que está haciendo preguntas sobre William.

-- ¿Qué sabemos de ese McLeod?

-- Es un asesino a sueldo. Nunca han podido cogerlo, pero tampoco interesa a las autoridades, porque a veces colabora con el gobierno. No es el típico matón de los bajos fondos, borracho y siempre con alguna puta. Es un hombre serio. Nunca falla cuando se le encarga un trabajo.

-- Así que es un asesino que colabora con la policía... --digo absurdamente negando con la cabeza.

-- Y hay algo más. Anoche la señorita Jhonson fue a su casa.

-- ¿Emily? --pregunto abriendo los ojos en exceso.

Asiente con la cabeza. Por eso la encontré en la cocina. La muy bruja... Sabía que algo se traía entre manos, nada bueno estaba haciendo a esas horas, pero al verla no pude evitar besarla y olvidé todo lo demás.

-- ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Qué más tienes?

-- Stevenson ha enviado un mensaje desde Northumberland. Volverá en dos días, dice que ha conseguido lo que buscaba.

-- Ya era hora. Esto está tardando más de lo que debería. La última estúpida con la que quería casarse Thomas no llegó a pisar mi casa.

Jhon desvía la mirada y entiendo que nos ha visto juntos alguna vez cuando seguía a Emily.

-- He seguido hoy a McLeod, Milord. Esta mañana ha ido a la casa de una puta del puerto, no ha hecho nada más. ¿Quiere que lo cojamos? Seguro que sabe algo.

-- Lo que no entiendo es por qué no le habéis sacado ya la información.

-- Quería ver sus movimientos y si nos llevaba a William.

A veces Jhon me sorprende por lo inteligente que puede llegar a ser, otras por lo estúpido.

-- Ve a por él y que hable de una vez.

Me dirijo a White's para descansar de tanta incompetencia y beber whisky antes de la fiesta de esta noche. Cómo odio la temporada y esos malditos bailes de debutantes a los que me veo obligado a asistir. En el club veo a Richard y me parece tan idiota como siempre, y lo oigo discutir con Thomas. Menos mal que el club está prácticamente vacío, porque el escándalo que están armando... Me levanto del sillón orejero y dejo el periódico en la mesita.

-- ¿Qué ocurre aquí?

Richard me saluda con la cabeza y se marcha pidiendo disculpas.

Thomas se acaba de enterar de que Richard le ha propuesto matrimonio a Emily.

-- ¿Y eso es un drama?

-- Papá, es mi prometida, y mi mejor amigo.

-- Tal vez esos dos ya tenían algo cuando la conociste, y subrayo, fue en su casa.

Thomas me dirige una mirada de odio y se marcha enfurecido.

Yo niego con la cabeza. Es demasiado enamoradizo. Ya se le pasará, pienso cuando veo a un conocido y me invita a unirme a una partida de

cartas.

Después de bailar con Emily me retiro a un rincón para observarla. Otra vez habla con esas viejas y las veo escabullirse juntas. Siento la necesidad de saber qué dicen y las sigo de lejos. Emily se mete en una habitación y las dos mujeres me saludan con la cabeza y desaparecen.

-- Excelencia --me dice una de ellas con una sonrisa.

Yo me meto en la habitación contigua, abro la puerta que las comunica y permanezco en silencio escuchando su conversación.

Emily oculta tantas cosas que no sé cómo ha llegado tan lejos. Ese hombre la amenaza, a medida que oigo lo que dicen entiendo que han estado juntos. Habla de la cárcel y de lo que ha hecho por ella. Ese hombre no iría nunca a la cárcel, si el gobierno quisiera deshacerse de él no utilizaría ese método. Mi instinto me dice que está jugando con ella. Luego le prohíbe que se acerque a mí, hay demasiada intimidación entre ellos y eso me saca de quicio. No puedo soportar más que todos hayan estado con ella y quiero descubrirla de una vez.

Cuando logro recomponerme y salir al salón, Emily ya no está y decido regresar también a Whiteshore.

La copa de whisky que he tomado en la licorera de la biblioteca no ha calmado mi rabia. Richard, ese tal McLeod. Cuánto más tiene que ocultar, me pregunto. Y el estúpido de Thomas enamorado como un idiota. Quiero saber ya. No puedo esperar a que encuentren a su hermano. No puedo esperar más. Me dirijo a su habitación lleno de rabia. Juega con todos, esa maldita arpía.

Me entrega el vestido y lo tiro, no me interesa ya en absoluto.

-- Richard me ha dicho que quiere casarse contigo, como si fuera un deber. Y sólo hay una razón para que un hombre de honor se case por deber con una mujer --aseguro acercándome a ella tanto como para que su cuerpo quede atrapado entre la pared y mi cuerpo, tan cerca y a la vez sin tocarla.

Sólo mi respiración la toca, pero ella me toca a mí con la mirada, recorriendo los ángulos de mi rostro hasta fijar sus ojos en mis labios. Su respiración se hace más enérgica y sus pechos se levantan en cada inspiración.

-- No es lo que piensas.

-- Pienso que te ha follado como a una puta --le digo agarrándola de la cintura con toda la fuerza y la rabia que tengo. Ella se paraliza y aprovecho su indecisión para besarla de nuevo. Hace dos días que no la toco y lo hago ahora sabiendo que ha estado con ese niño de Richard y con McLeod. La empujo hacia la cama de su habitación y le levanto su falda. No tendré otra oportunidad como ésta. Ella me mira confusa mientras la desnudo poco a poco, desatando su ropa mientras la beso en cada parte de piel desnuda que encuentro. Noto su respiración entrecortada y niega con la cabeza.

-- ¿Qué... --intenta que pare, pero no le hago caso, sino que cuando la tengo en ropa interior, rasgo la tela con todas mis fuerzas y la dejo expuesta a mi merced. Me detengo unos segundos a contemplarla mientras estoy encima todavía vestido. Observo lentamente su cuerpo desnudo. Estaba tan empeñado en desnudarla que apenas la había visto. Sus pechos generosos, sus pezones duros como pequeñas piedras, su sexo, que abro con mis dedos, sonrosado y húmedo. La miro a los ojos y veo el deseo en ellos, pero vuelve a negar. Toco con mis dedos la zona más sensible de su cuerpo y la veo echar la cabeza hacia atrás. No puedo dejar que se me escape de nuevo la oportunidad. Debo hacerlo cuanto antes. Me desvisto lo más rápido que puedo y me tiendo sobre su cuerpo sintiéndola suave y caliente. Le abro las piernas con ambas manos bajo sus rodillas y me sitúo entre ellas acariciándole su sexo con el mío. Ella se deshace en gemidos y se corre rápidamente. Entonces la embisto a la vez que la beso, ante sus ojos entornados y asustados a la vez, noto su humedad cuando me abro camino en su interior lentamente, saboreo el momento, su calor alrededor de mi miembro. El tacto de su piel interior suave como la seda alrededor de mi sensible piel. Mi boca atrapa su grito de dolor y mis ojos se abren incrédulos. No puede ser virgen, los recuerdos de aquella puta que se parecía a Emily me asaltan; la misma reacción de dolor, pero no, me niego a aceptar que sea virgen. Sigo moviéndome más despacio, sintiendo lo apretada que está y sigo sin poder creer que sea virgen. Cuando vuelvo a moverme en su interior ella

aprieta sus manos en mi espalda, y cuando me corro en su interior siento sus uñas clavadas con fuerza. Me aparto de ella rápidamente y veo unas gotas de sangre en las sábanas. No puede ser, me repito una y otra vez, incluso creo que ha traspasado mis pensamientos y lo he dicho en voz alta. No puede ser. Mi frente se arruga en su centro y niego mientras repito que no puede ser.

-- No puedes ser virgen --digo absurdamente--. Yo sólo... yo... Estaba convencido... --niego con la cabeza--, quería comprobar que no lo eras --digo con resignación.

No puedo articular palabra, estaba tan seguro. ¿Entonces qué motivo tiene Richard para casarse con ella? No entiendo nada. Tenía todos los detalles, todas las pruebas. Pero me doy cuenta de que sólo eran indicios.

No lo entiendo. ¿Por qué la chantajea su hermano? ¿Por qué accede a pagarle? ¿Por qué Richard le ha pedido matrimonio? La conversación con McLeod. Su hermano pequeño es realmente su hermano y no su hijo como yo creía.

Abro la boca para decir algo, pero no soy capaz de emitir ningún sonido. Ahora entiendo por qué hace unos días me dijo que no la tocara, realmente era virgen y estaba asustada.

Ella me pide que me vaya y lo hago. No consigo razonar con coherencia. Necesito... necesito ordenar en mi cabeza todo lo que ha ocurrido y todo lo que sé.

La semana siguiente se convierte en un revuelo de situaciones incómodas y de cambios. Efectivamente Emily ha dejado a Thomas y ha aceptado la propuesta de Richard. Thomas parece estar en una melancolía perpetua y no lo veo desde hace días. Pienso que ya se le pasará, que sólo era un capricho. Al fin todo vuelve a ser como debe ser. Emily y su estafalaria familia ya no están. Ya no puedo observarla a través de la ventana de mi habitación. Ya no puedo besarla cuando la encuentro por algún pasillo...

Quiero verla de nuevo, por eso voy a la cena que celebran los marqueses

de Stanford. Sé que ella estará allí. Necesito verla. Y cuando aparece bajando la escalera con ese vestido verde se me para el corazón.

-- ¿Por qué tiene mi vestido? --me pregunta una voz a mi espalda.

Cuando me giro veo a Victoria, ha vuelto para recoger los despojos.

-- Te la has follado al fin --dice ante mi silencio.

Sí, lo he hecho, y no logro quitarme de la cabeza lo que ocurrió.

De hecho no puedo quitarme a Emily de la cabeza y sigo investigando su pasado y su presente. Jhon no ha logrado atrapar al escurridizo McLeod. Pero Stevenson tiene información importante, aunque ha tenido que retrasar su regreso por culpa del mal tiempo en el norte.

-- Y le has pagado con mi vestido... --deduce ella.

-- ¿Qué quieres?

-- A ti, por supuesto.

-- ¿A mí?

-- Me gustaría ser duquesa.

-- Sigue soñando --le recomiendo con una sonrisa.

-- No creo que a Thomas le guste saber lo que has hecho.

Mi sonrisa desaparece y le agarro de la muñeca tan fuerte que ella hace una mueca de dolor.

-- Me conoces... No hagas eso; no me gustaría tener que hacerte daño.

Ella me mira aterrorizada y cambia de táctica.

-- Nunca podrás estar con ella sin hacer daño a Thomas.

Eso está por ver. La suelto y me aparto de ella.

Emily intenta escabullirse cuando estoy demasiado cerca de ella, pero nuestros ojos se cruzan unos segundos antes de que aparte la mirada. No puedo dejar de verla. Me he obsesionado hasta tal punto que ni siquiera puedo concentrarme en el trabajo y sólo me intereso por la información que recibo de los hombres que la siguen. Cuando la veo sola unos segundos me muevo rápido hacia ella.

-- Señorita Jhonson.

Ella se da la vuelta y noto su sorpresa en los ojos.

-- Excelencia... si me disculpa...

-- No --digo con un ruego en los ojos.

-- No me haga más daño, déjeme ir --dice bajando el tono de voz.

-- No quiero hacerte daño. Quiero verte de nuevo.

-- Ya me ha visto, y ya consiguió lo que quería, que desapareciera. Y también comprobó lo que tanto deseaba saber. Le repito, déjeme ir.

-- No puedes casarte con Richard.

-- Primero no me dejaba casarme con su hijo, ahora con Richard. ¿Con quién debería hacerlo? ¿Podría pasarme una lista de pretendientes adecuada?

-- Richard es un idiota, como mi hijo, sólo son dos niños, necesitas un hombre --no soy capaz de decirle que no puedo verla con otro hombre.

Ella me mira como lo ha hecho otras veces, los ojos y luego los labios, y por un momento parece dudar, pero finalmente se gira y me deja solo.

Stevenson me entrega una carpeta llena de papeles.

-- No ha sido fácil.

Entre los documentos que reviso rápidamente encuentro una partida de nacimiento y los recibos bancarios del difunto marqués de Gloucester.

-- No hay duda --dice Stevenson--. Es la hija bastarda del padre de Richard. El marqués dispuso una cantidad de dinero para ella. Son hermanos.

Me dirijo a la casa que Richard posee en Londres, donde se alojan ahora los Jhonson.

Cuando apenas me acerco a caballo a la casa, la veo subir a un carruaje y no logro alcanzarla hasta que se adentra en la city. Pero continúa y sigue hasta el East End. La sigo a distancia y cuando se detiene su carruaje, la alcanzo.

Se gira y veo la sorpresa en sus ojos.

-- ¿Acosándome, su excelencia? --me pregunta hiriente.

-- Emily, tengo que hablar contigo.

Ella se da la vuelta y se dirige hacia la entrada de un edificio de cuatro plantas. La sigo y la detengo en el interior del portal.

-- No quiero saber nada más de ti --me dice con una tristeza en los ojos que me duele como no me dolería si me golpeara.

-- No puedes casarte con Richard.

-- ¿Por qué? Haré lo que me plazca.

La sujeto y quiero besarla pero una voz masculina nos interrumpe.

-- ¿Te está molestando?

Ella asiente con la cabeza y ese hombre que le prohibió estar conmigo, McLeod, baja los escalones lentamente. Yo no me muevo de su lado. Pero ella aprovecha la irrupción del escocés para salir corriendo escaleras arriba.

No puedo hablar con ella con ese hombre a su lado. Necesito encontrarla en otro momento, a solas. McLeod la sigue y me enfurezco al no poder llevarla conmigo. No entiendo qué diablos tiene que hacer en la casa de ese hombre. No soy capaz de marcharme y me quedo esperándola fuera, pero al poco tiempo la rabia y los celos me superan, y estar allí pensando en ella con ese hombre me lleva al delirio. Decido entonces marcharme.

Dos días después me dirijo al club La sirena, y Cattie me recibe con una sonrisa. Al verme me dice que la siga hasta su habitación. Es un lugar demasiado rosa para mi gusto, las sábanas, las paredes de florecitas rosas, o las cortinas estampadas, siempre me han parecido como las habitaciones de mis hijas, demasiado empalagosas. Pero nunca me he sentido incómodo aquí. Cattie ha acabado siendo una amiga. Diría que siento más afecto y confianza que con cualquier otro hombre que considere como amigo. Porque en realidad todos los que se acercan a un duque lo hacen con algún tipo de interés y eso es algo que no soporto, aunque lo disimulo como puedo.

-- Vaya cara llevas ¿Has bebido ya o te sirvo algo?

-- Sírveme algo --asiento con la cabeza. Y ella se acerca a un mueble de madera pintado en color crema donde guarda algunas botellas, y sobre el que se disponen en una bandejita unos vasos y una licorera.

-- ¿Y bien? ¿Por qué esa cara de perro rabioso?

-- Primero el whisky.

Ella sonrío y lo sirve para los dos.

-- He visto en los periódicos la noticia.

-- Supongo que no se habla de otra cosa --asiento con la cabeza mientras me siento en el chaise longue de su habitación, junto a la chimenea.

-- De eso y de otras cosas --dice sonriendo y colocándose la bata rosada para poder sentarse en el borde de la cama--. No me has preguntado por ninguna de las chicas.

-- ¿Crees que tengo ganas con todo lo que está pasando en mi casa?

Ella levanta una ceja y me mira incrédula.

-- ¿Qué pasó realmente? No me creo que Emily haya dejado a un futuro duque porque estaba enamorada de ese marqués.

Me dejo caer en el chaise longue después de dejar el vaso vacío de whisky en el suelo. Necesito estar tumbado para aclarar mis ideas.

-- Claro que no está enamorada de Richard. Ni de Thomas.

-- Entonces descubriste que no es virgen y ¿la amenazaste con decírselo a Thomas?

Asiento con la cabeza y cierro los ojos.

-- No es virgen, pero lo era antes de comprobarlo... estaba tan convencido de que había sido la amante de Richard.

-- ¿Te la follaste para comprobarlo por ti mismo? --me pregunta con una carcajada.

-- Sí... -- digo apesadumbrado.

-- Si no te conociera diría que te has enamorado de esa mujer.

Giro la cabeza y la miro entornando los ojos.

-- No es eso, es sólo que estaba tan convencido... Ya sabes que me gustan las morenas. Es justo como me gustan, en otro tiempo me habría casado con ella, incluso creo que me habría visto obligado. Pero desde que Anne murió no tenía previsto algo así.

No me gusta confesar todo esto, pero necesito aclarar mi mente. Sí, cuando era más joven y acababa de heredar el Ducado, la idea del honor de mi apellido pesaba demasiado sobre mí. Me casé con Anne por algo parecido.

-- Me casé con Anne por mucho menos de lo que he hecho con Emily.

-- El escándalo pasó rápido. Siempre aparece otro mejor del que hablar, y ocurriría lo mismo ahora.

-- No me importa demasiado lo que opine la sociedad. Pero sí me importa Thomas.

-- A Thomas se le pasará, en realidad sólo quería llamar tu atención eligiendo a esa chica.

-- Lo sé...

-- ¿Has hablado con ella? ¿Le has dicho lo que sientes o te has limitado a follártela y olvidarte?

-- ¿Qué le iba a decir?

-- Es joven, y aunque ahora no tengan dinero, han vivido como nobles hasta hace un año. ¿Has pensado que su educación es la de una dama? Se presentó en sociedad e incluso tuvo un debut bastante productivo. Si no hubiera sido por su hermano, estaría casada ya con algún conde o un barón. Además tiene sólo dos años más que tus hijas.

La mención de ese hecho me hunde todavía más y paso la mano por mi pelo para despejarme.

-- Es una cazafortunas...

-- ¿Quién no lo es?

-- Una dama...

-- Cada temporada un ejército de debutantes que se hacen llamar damas van en busca de un marido, cuanto más rico y mayor título posean mejor...

-- No podría soportarlo. No puedo ni imaginar que se case con otro...

-- Algo tendrás planeado para solucionarlo.

-- Algo --respondo cerrando los ojos unos segundos.

Oigo a Cattie servir más whisky.

-- Hay algo más. Emily es la hija bastarda del difunto marqués de Gloucester.

Cattie deja el vaso encima de su mesita.

-- Cuantas sorpresas.

-- No puedo permitir que se case con Richard, su propio hermano.

-- Claro.

-- Pero no quiere escucharme. Y ese escocés parece su sombra. Lo veo por todas partes.

-- ¿Un escocés?

-- McLeod.

-- ¿Es alto, corpulento, pelirrojo, ojos verdes, barba larga?

-- Ese mismo.

-- Es atractivo, pero no me gusta. Es de esa clase de hombres de los que desconfío. No sé, es raro.

-- Dame detalles.

Ella bebe otro trago y duda mirando hacia la chimenea.

-- Pues supongo que un hombre sin vicios me hace desconfiar. Cuando viene nunca pide a ninguna de mis chicas. Cuando trata con sus clientes nunca bebe lo suficiente como para emborracharse. Siempre mantiene el control. Es un hombre que me inquieta. De hecho, ahora que lo pienso, nunca lo he visto borracho.

-- Comprendo.

-- Hay algo más... No pide a ninguna de ellas. Pero hace un tiempo, una chica que trabajaba para el club del puerto, apareció muerta, violada. Y Jenny la vio con él esa noche cuando volvía del club, en un callejón.

-- No dijo nada...

-- ¿Quién va a creer a una puta, y quién va a querer investigar algo así? Además ese hombre está protegido por alguien bastante importante... No sé quién, pero a veces pasan cosas en el East End y nadie se preocupa.

-- Lo se --admito cerrando los ojos un momento. El alcohol comienza a afectarme.

-- ¿Estas seguro de que no quieres que te envíe a Lily?

-- Ahora mismo no estoy seguro de nada --digo con un bostezo.

-- Entonces te la voy a traer.

Con una sonrisa me guiña un ojo y desaparece. Tras unos minutos abro los ojos y veo la figura de una mujer a mi lado. Es Emily, que se acerca lentamente mientras se desviste. No puede ser. Intento incorporarme, pero estoy muy cansado. Ella niega con la cabeza y se acerca para colocar su dedo índice en mis labios. Luego se desnuda y se tumba junto a mi.

Cuando me despierto creo que ha sido un sueño, pero una joven está a mi lado, aunque no es Emily. Necesito verla y decirle que Richard es su hermanastro. No puede casarse con él. Antes lo haré yo, pienso desesperado por tenerla sólo para mí, a pesar de las consecuencias que me traería con Thomas. La deseo, me doy cuenta ahora, cuando la joven que tengo al lado comienza a moverse y apenas recuerdo lo que hicimos, y sólo recuerdo excitarme porque pensaba que me follaba a Emily cuando cerraba los ojos.

Odiando a Arthur.

No he tenido un día de descanso desde que Lord Arthur Bradbury, duque de Hampshire, me hizo el amor por primera vez en mi vida. Recuerdo a cada minuto todo lo que pasó como si lo viviera en el momento en que lo hago. Sus manos grandes y suaves por todo mi cuerpo, sus ojos ardiendo mientras me contemplaba desnuda bajo él. Su miembro entre mis piernas. Suave y duro como una roca. No puedo olvidar sus labios en los míos, su lengua que me abrasa por cada lugar de mi boca y de mi piel expuesta a su voluntad.

Ha pasado un mes, se supone que debería haber olvidado ya todo eso, pero él se empeña en aparecer en cada evento social al que acudo. Intenta acorralarme, hablarme. Y yo sólo deseo no estar a solas con él, porque no soy capaz de controlarme a su lado. Y no puedo volver a estropearlo todo. Mi futuro y el de mi familia. Sólo me queda esta oportunidad para que salgamos todos de la pobreza, sólo me queda Richard.

El reloj marca las once y Richard a mi lado suspira impaciente. Un abogado nos recibe puntual. Entramos mis padres, Richard y yo al despacho de ese hombre bajito, calvo y con anteojos tan gordos que su mirada se vuelve pequeña a través de ellos. Nos sonríe y se dirige hacia mí.

-- Encantado de conocerla, señorita... ejem... Jhonson.

Yo lo miro enarcando una ceja. Me pregunto qué tiene que ver todo esto conmigo y por qué nos ha citado a todos.

-- Buenos días --se dirige ahora al conjunto--. Me llamo Gregory Henderson, Henderson & Clark se ha encargado de administrar los bienes del Marquesado de Gloucester desde hace dos generaciones...

-- Eso ya lo sé, pero por qué nos ha citado --le interrumpe Richard.

-- A eso quiero llegar... -- el pequeño hombre se ajusta los anteojos y coge unos papeles de encima de su mesa--. Aunque oficialmente hemos administrado nosotros todos sus bienes, o eso pensábamos, había algunos asuntos que el anterior marqués decidió poner en manos de un abogado ajeno a nosotros. Y del que hemos tenido conocimiento esta misma semana.

-- ¿Qué quiere decir con todo esto? ¿Hay más propiedades de las que conocemos? --pregunta Richard, interrumpiéndole de nuevo.

-- De hecho sí, y algunas cosas más, por así decirlo... El abogado del que les hablo, el señor Bramson padre, murió el año pasado, su hijo desconocía la envergadura de todos esos asuntos, hasta que gracias a la intervención de un tercero se ha descubierto la verdad. El difunto marqués tuvo dos hijos fuera del matrimonio.

-- Eso no es verdad --vuelve a interrumpirlo Richard--. Mi padre jamás tuvo más hijos aparte de Meg y yo.

-- Discúlpeme, milord, las pruebas son irrefutables. Tenemos los certificados de nacimiento, los recibos de su manutención y otros documentos que acreditan lo que estoy afirmando, de otro modo no les habría convocado hoy.

-- Entonces quiénes son y por qué tendría que interesarme conocer su existencia.

-- Me temo que sí debe conocerlos, ya que uno de ellos es su prometida, me temo... --dice en el mismo tono serio con el que explicaba lo anterior, como si hablara del tiempo.

-- ¿Cómo dice? --esta vez le interrumpo yo.

-- Usted y el señor William son hijos ilegítimos del difunto marqués, y les corresponde una parte del patrimonio, ya que en su herencia así está estipulado. Ese patrimonio consta en los documentos del abogado Bramson.

Yo me vuelvo hacia mis padres inmediatamente interrogándoles con la mirada.

-- No lo sabíamos, dijo que érais hijos del vizconde de Burrell. Debes creernos --se defiende mi madre ante mi mirada incrédula--. Si hubiéramos sabido que érais hermanos no habríamos permitido que os prometiérais... Nosotros trabajábamos para el marqués en la finca donde hemos vivido durante el último año. Creíamos que no podíamos tener hijos, tuve tantos

abortos que cuando os trajo fue una bendición y él dijo que el vizconde no quería que se supiera de vuestra existencia... y ahora, cuando tuvimos a Ernest no podíamos creerlo --mi madre rompe a llorar y mi padre la abraza también con lágrimas en los ojos. Yo no soy capaz de decir nada, pero cuando me giro hacia Richard siento un escalofrío al pensar que le he besado. Claro que nunca me gustó, menos mal, pienso aliviada. Pero mis ojos lo miran con aprensión ahora. Si lo hubiéramos sabido... Él me mira también en silencio con una expresión que sería cómica en otro momento; ahora no.

-- Aquí tienen los documentos de los bienes que les corresponden. Figuraban a nombre del vizconde, y pasan a ustedes como únicos herederos.

Yo los examino detenidamente y de pronto me pregunto algo que hasta ahora no había pensado.

-- ¿Quién es mi verdadera madre?

-- La esposa viuda del vicario. Murió en el parto y no pudo casarse con ella. Lo dice en esta carta que debió entregarles el señor Bramson tras la muerte del marqués, pero que por su también lamentable pérdida no pudo cumplirse.

Ese abogado serio y eficiente localiza la mencionada carta de entre los documentos y me la entrega.

La leo lentamente. No conocí apenas a mi verdadero padre y en esa carta se disculpa por no haber podido cumplir como tal, se culpabiliza de no haberse casado cuando se enteró de que estaba embarazada. Se arrepentía de haber dudado tanto.

Richard me mira suplicante y luego a la carta. Yo le pido permiso al abogado y el asiente.

-- Hay dos cartas iguales, la otra es para el señor William, al que no he podido localizar, me temo.

Supongo que no le hace falta esconderse más tal y como van las cosas, pero debe estar asustado y no sabe que todos nuestros problemas se han

acabado.

-- Ha dicho al principio que gracias a la intervención de un tercero se había descubierto la verdad. ¿De quién estamos hablando?

-- Esa persona prefiere permanecer en el anonimato.

-- Usted es mi abogado... --exige Richard.

-- En este asunto esa información es irrelevante y dado el estatus del caballero, la confidencialidad es imprescindible.

Richard y yo nos miramos de nuevo sin decir nada. Me vuelven a dar náuseas al pensar que le he besado.

Un mes después William sigue sin aparecer y nos hemos instalado en una de las propiedades que nos dejó nuestro verdadero padre, una casita de dos plantas en Mayfair. En total tenemos varias propiedades y yo una dote de veinte mil libras, además de una renta anual de cinco mil. Ahora no tengo ninguna necesidad de casarme. Y después de lo que ocurrió con el duque... tal vez sea mejor así, no sé si nuestra familia puede soportar más escándalos, sólo me falta que se anule un futuro matrimonio cuando en la noche de bodas descubriera mi marido que no es el primero...

Richard y Meg han resultado ser mejores hermanos que William, intentan dar su apoyo con su título para que el escándalo sea el menor posible a pesar de todo, y nos llevan a cada evento social al que asisten ellos.

Hace justo todo este tiempo que no veo a Arthur, y creo que es mejor. Poco a poco voy olvidándole, aunque eso sólo ocurre durante el día, ya que por la noche su recuerdo vuelve a mí.

Hemos asistido a uno de los bailes a los que nos permiten la entrada, ya que después del escándalo algunos lugares están vetados aunque el título de marqués pese bastante en la aristocracia. Sin embargo sólo las familias más progresistas obvian todo lo que ha ocurrido.

Las señoras Blair y Harris nunca faltan a cualquier evento al que asistimos y siguen apostando sobre una futura boda con el duque, algo que siempre niego.

-- Emily --dice una voz a mi espalda.

Me doy la vuelta y veo la carita angelical de Anne.

-- ¡Qué sorpresa! --digo estúpidamente.

Ella me sonrío y coge mi mano enguantada.

-- Me gustaría hablar con usted --me pide y yo la acompaño sin saber si hago bien. Tras romper el compromiso con Thomas me siento bastante incómoda con cualquier miembro de su familia.

-- Vayamos al jardín --ruega ante mi clara indecisión mientras miro los ojos de todos clavados en nosotras.

Cuando salimos por las puertas de cristal que dan al exterior me conduce alrededor de la fuente central dando un paseo lento para que las miradas queden atrás y no nos sigan con curiosidad.

-- Sé... creo que sé todo lo que ha ocurrido.

Yo la miro frunciendo el ceño y sigo callada.

-- Me temo que soy muy curiosa...

-- ¿En serio?

-- Sí, siempre me fijo en todo, no es que lo haga aposta... digamos que no puedo evitar darme cuenta de todo lo que ocurre a mi alrededor. También tengo buena memoria y cualquier detalle se queda grabado en mi cabeza. Creo que eso lo he heredado de mi padre.

-- ¿A dónde quieres llegar? --le pregunto directamente, dejando las formas a un lado.

Ella se detiene tras nuestro breve paseo y se sienta en un banco de piedra entre los laberintos del jardín.

-- Si entro en una habitación y hay algo distinto a como estaba anteriormente, no puedo evitar darme cuenta. Puede ser una figura que simplemente se haya colocado unos centímetros más hacia un lado, o esté girada tal vez. También si veo un peinado un poco diferente, como cuando volvimos al segundo acto en el teatro Drury Lane...

Yo me quedo boquiabierta incapaz de nuevo de hablar.

-- Vi a mi padre entrar en el palco y cuando entramos los demás no sólo el peinado era distinto. Había muchas cosas distintas en vosotros, a pesar de la escasa luz era bastante evidente para mí. Pero otras cosas también me han llamado la atención, por ejemplo cómo os mirabais o cómo te perseguía siempre. Donde fueras tú iba él. Entendí entonces que os habíais enamorado.

-- Bueno... tanto como enamorarnos... --la interrumpo. Y ella me interrumpe a mí.

-- Por eso rompiste el compromiso con mi hermano.

Me quedo sin habla unos segundos.

-- ...tal vez... --admito entrecerrando los ojos. No me gusta oír todo esto.

-- Creo que mi padre te necesita, está insoportable y muy raro. No sabemos qué hace durante todo el día, apenas le vemos desde que te fuiste. Incluso Thomas se ha recuperado gracias a la presencia de Meg... --calla de repente, como si pensara que ese hecho pudiera molestarme.

-- No te preocupes Anne, era algo que todos sabíamos que ocurriría.

Ella asiente con la cabeza y sonrío compasiva.

-- Sólo tú puedes ayudar a mi padre.

-- No puedo ayudarle, él me odia en realidad. Todo lo que hizo... -- me detengo para elegir las palabras--, si él intentó... digamos que si intentó, tal

vez... ¿seducirme? fue para echarme de su casa y de vuestras vidas.

-- Puede que fuera así al principio, o tal vez ni siquiera sabía lo que hacía, pero lo último que siento por ti es odio --asegura creyendo totalmente en sus palabras.

-- No tengo previsto casarme, y mi reputación está bastante deteriorada después de todo lo que ha ocurrido, pero si se supiera lo que hizo conmigo te aseguro que se acabaría por completo mi vida en sociedad. No se si comprendes la gravedad de lo ocurrido.

Anne se lleva una mano a la boca y me mira incrédula.

-- Oh Dios mío... pero... pero eso significa. Él debe casarse contigo inmediatamente. No puede comportarse de esa forma.

-- No me casaría con tu padre aunque fuera el último hombre sobre la tierra --afirmo enérgica--. Él sabía muy bien lo que hacía... y yo fue tan estúpida de caer en sus brazos. Además, aunque mi hermano William sea un idiota, lleva un mes desaparecido y sé de buena tinta que es por su culpa.

-- ¿Tu hermano?

-- Lo ha perseguido sin descanso desde que me prometí con Thomas. Y por poco lo matan.

-- No puedo creer que mi padre... Él jamás haría algo así --niega con la cabeza.

-- Siento ser yo la que te haga ver cómo es. Por su culpa no puedo casarme, aunque ya no lo necesite, ni tampoco sé si mi hermano está vivo o muerto, aunque sea el peor de los hermanos. Tu padre no tiene respeto por nada.

-- No es como dices, él tendrá sus defectos pero no haría algo así.

Me alejo de ella dejándola sola con la nueva información que le he dado. No debí hablar de más, pero ya no podía soportar más tener todo esto dentro. Cuando me dirijo hacia la señora Blair mi rostro refleja mi azoramiento.

-- Acaba de llegar el duque de Hampshire --me dice con una sonrisa sin quitarme ojo de encima.

Lo veo a lo lejos acompañado de Lady Victoria y la rabia me consume. Está tan guapo como siempre, creí que no me afectaría tanto verle de nuevo. Pero lo peor de todo es verle con esa mujer de nuevo.

Ella le coge el brazo como una garrapata, me repugnan, y a la vez me cuesta dejar de mirarlos. Los imagino en la cama sabiendo lo que él haría. Puedo verlos con nitidez en mi mente y debo haberme puesto roja porque la señora Harris se acerca y me ofrece su abanico.

-- Me temo que ninguna de las dos ganará la apuesta. No pienso casarme jamás --les digo fuera de mí.

-- Querida, me temo que son celos lo que siente, y no vale la pena --me aconseja la señora Blair.

-- No podría estar celosa de lo que nunca me ha pertenecido --aseguro rechazando su abanico.

Decido marcharme lo antes posible, no deseo volver a ver a ese horrible hombre. Busco con la mirada a mi tía Margheritte y la localizo junto a Richard. A pocos metros de distancia. Pero también compruebo que Arthur y Victoria se dirigen hacia Richard. Lo último que quiero es encontrarme frente a frente con ellos.

-- Díganle a mi tía que he tenido que irme, le enviaré el carruaje en cuanto llegue.

Me dirijo hacia el vestíbulo por un pasillo alternativo, daré un rodeo pero no quiero ver a nadie más en este momento. Creo que voy a empezar a llorar en cualquier momento. ¿Por qué me ha afectado tanto verlos juntos? En este momento sólo quisiera desaparecer, o que desaparecieran esos dos.

Estoy a punto de alcanzar el vestíbulo cuando alguien se para en la salida del pasillo y veo la silueta recortada contra la luz de las velas frente a la

oscuridad, de donde provengo yo. Lo reconozco y me quedo sin palabras unos segundos.

-- Su excelencia... --digo estúpidamente.

Él no dice nada, sólo se acerca y yo retrocedo un paso. No sé si seré capaz de resistirme demasiado a él. Creía que ya no sentía lo que siento, al menos durante el día, pero ahora que lo pienso, no es de día. Cuando lo recuerdo mis piernas tiemblan y me concentro en sus manos, que levanta para tocarme.

-- Mírame --me ruega.

Yo lo hago y veo sus ojos azules tan hermosos como recuerdo. Eleva la mano derecha y me acaricia la mejilla, y luego el cuello con el pulgar. Cierro los ojos por un momento y me dejo llevar unos segundos de debilidad.

-- Ven --ruega con esos ojos un poco más tristes de lo que recordaba. Yo dejo que me lleve de la mano corriendo como si fuéramos dos chiquillos, hasta llegar a una habitación a través de una de las puertas que daban al pasillo.

Es una sala de estar sin ninguna luz, salvo la que entra por la ventana gracias a la luna llena. Me muerdo los labios sin darme cuenta y él aprovecha mi indecisión para besarme. No sabía hasta qué punto necesitaba sus besos hasta ahora, que siento sus labios acariciando los míos, tan sensibles en este momento, dándome pequeños besos, pequeñas caricias en las zonas más sensibles. Creo que sabe muy bien lo que hace, cómo tentarme. No sé por qué lo hace, debería estar enfadada por volverme loca, y lo estoy, recuerdo hace unos segundos cuando lo he visto con Lady Victoria y me enfurezco todavía más. Siento su suave lengua acariciar la mía de una forma tan suave, tan delicado. Me oigo a mí misma jadear y quiero morirme aquí mismo por ser tan idiota y tan débil, precisamente esto es lo que quería evitar y por eso siempre que lo veía me iba.

-- ¿Qué quieres de mí? --le pregunto entre jadeos.

Él desliza su mano por mi cintura y luego la acerca a mi sexo y me agarra

por encima de la falda. Gimo y él me contesta.

-- Quiero esto.

Estoy enfadada y su gesto sólo ha hecho que lo desee más, aunque debería estar incluso más enfadada. No soy capaz de resistirme. Él me agarra de la espalda y con los dientes me baja el amplio escote para besar mis pechos. Primero acerca su labio inferior y roza apenas con él la punta de mi pezón. Luego con la punta de la lengua acaricia la sensible piel y me dejo llevar por la locura.

-- Hazlo, hazlo ahora --le exijo sabiendo que más tarde no aceptaré nada de él. Que sólo en este momento, porque cuando analice lo que ha ocurrido esta noche, seguramente no querré verlo más.

Él me extiende sobre la alfombra que hay frente a la chimenea ahora apagada y se acuesta sobre mí, me levanta rápidamente la falda y se apremia por apartar también su ropa. Le siento dentro en segundos y levanto las piernas para rodearle. No sabía que le necesitara tanto. Me besa mientras se mueve y me lleva de nuevo a una locura que mueve mi cuerpo más allá de mi control o mi voluntad. Muevo mis caderas contra él, al ritmo de mi necesidad, cada vez más rápida. Jadeo a cada momento con más intensidad y él me agarra de las caderas levantándose para contemplarme y embistiéndome a la vez. Yo lo sujeto del cuello alargando mis brazos y lo atraigo de nuevo hacia mí. Me pregunto cómo he podido estar un mes sin verle. Y sé en el momento en que mi cuerpo convulsiona, que voy a necesitar su presencia más veces en el futuro. Él se corre en mi interior después de hacerlo yo y se deja caer. No podemos movernos. Mi respiración es como la que tendría después de haber corrido durante una hora y la suya más o menos igual. Nos miramos y levanto una mano para acariciar su rostro. Tengo la vista nublada por el deseo pero veo sus ojos azules en la oscuridad, sus hermosos ojos azules. Él permanece en mi interior y saboreo el momento, no quisiera que esto terminara nunca.

Siento la necesidad de decirle algo, pero me callo, no quiero hacer el ridículo, ni expresar cuánto necesito sus besos y su cuerpo.

-- Quiero verte mañana --dice él interrumpiendo mis pensamientos.

-- ¿Voy a ser la que sustituya a Lady Victoria? --no sé por qué he dicho eso. Tal vez no quiera acabar con Lady Victoria, tal vez quiere estar con ambas. La idea me repugna y grito de rabia.

Me separo de él y me alejo lo más rápido que puedo. Ese maldito imbécil sólo quiere que sea la nueva Lady Victoria o peor incluso, quiere estar con las dos. No quiero oír su respuesta. No podría soportarlo.

Cuando subo al carruaje hay alguien dentro y justo en el momento en el que voy a gritar veo la cara de mi hermano William.

-- Te has estado divirtiendo, por lo que veo.

-- ¿Qué haces aquí? ¿Y dónde te habías metido?

-- Tu duque me pisa los talones, creí que cuando dejaste a su hijo se olvidaría de mí, pero no ha sido así. Además casi me matan. He tenido que esconderme todo este tiempo.

-- No es mi duque, ¿de veras ha intentado matarte? He intentado localizarte, McLeod te ha estado buscando.

-- McLeod no es como piensas. Él es quien ha intentado matarme.

-- ¿Matarte? --pregunto sorprendida-- No puedo creerlo.

-- No te acerques a él. Quiero contarte algo --dice dando dos golpes al techo para que el cochero se ponga en marcha.

-- Las noticias vuelan y me he enterado por los periódicos de nuestra suerte. Ahora resulta que somos hijos de un marqués. Toda la vida pensando que nuestro padre era vizconde...

-- ¿Lo sabías? --inquiero boquiabierta.

-- Lo he sabido siempre. Conocí al vizconde cuando decidió pagar mis estudios en Eton. Venía a verme cada navidad.

-- Pero no era nuestro padre.

-- ¿Entonces por qué venía a verme? ¿Para informar al marqués? Y respecto a McLeod... No es trigo limpio. Si quieres un consejo, aléjate de él.

--¿Qué quieres decir? Tal vez debería alejarme de ti, dados tus antecedentes...

-- Sé que no debí chantajearte. Además no tienes nada que ocultar. Sólo aproveché que McLeod te había llenado la cabeza de mentiras para conseguir dinero.

-- ¿Qué mentiras? --pregunto sorprendida.

-- Aquel hombre que te atacó, no está muerto, no lo matamos, ¿comprendes? Me enteré hace poco de esto. He estado siguiéndole. He descubierto que trabaja para él, los he visto juntos, Emily. Por eso quiere matarme, no sé qué extraño juego se trae contigo, pero ya es hora de que lo sepas.

Mi cara es un poema ahora mismo. No puedo creer que hayamos vivido en la angustia tanto tiempo.

-- Él te hizo creer que fue así.

-- Pero no entiendo por qué lo hizo, todo este tiempo...

-- No lo sé. Yo también creí que lo habíamos matado. Los golpes que le dimos... Pero todo estaba preparado, tal vez no contaba con que te defenderías o que yo estaría contigo aquel día. Tal vez hizo que te siguiera para ser él quien te rescatara.

-- Pero no tiene sentido, tú... tú me ofreciste para pagar tu deuda y él no aceptó. ¿Para qué montar todo eso? ¿Si podía haberme tenido anteriormente?

-- No --dice más alto de lo normal--. Él me dijo que si te llevaba, sólo si venías conmigo me daría más tiempo, no dijo que fuera a hacerte nada, dijo que sería para fiarse, llevando a alguien de mi familia. Pero luego cuando te vio y dijo todo aquello delante de ti... Cuando quise hablar me rompió la

nariz. Y tú ya le habías creído, nada de lo que te dije después te convenció de lo contrario.

Todo parece tener sentido, pero me siento tan confundida. Y a la vez aliviada, porque todo lo que creía que podría salpicarme se ha desvanecido.

-- ¿Qué vas a hacer ahora? --le pregunto todavía confundida.

-- Recoger mi parte y volver a irme. No soporto Londres, y sé que aquí volveré a apostármelo todo. Lo mejor será que me marche... ¿Y tú, qué vas a hacer? Te he visto con ese hombre, con el duque. No sé qué te habrá dicho para que dejaras a su hijo, pero si te ha amenazado... --dice negando con la cabeza--, tal vez sería mejor que también dejaras esta maldita ciudad.

-- No me ha amenazado --me apresuro a decir, no sé muy bien por qué, ya que lo último que quiero es defenderlo.

-- Sea como sea, tal vez no soy la persona que esperas te de el mejor consejo, pero si aceptas uno de mí, aléjate de McLeod. Y ese duque... --coge mi mano, sentándose junto a mí y parece dudar unos segundos--. Tengo una casa cerca de París, si alguna vez me necesitas, pienso estar lo que me queda de vida en ese lugar. Cuando volví a Londres dejé allí a mi mujer... embarazada --yo lo miro ahora con los ojos abiertos de par en par--. Nos quedamos sin dinero y por eso vine, al enterarme de que te habías prometido con el hijo de un duque. Sé que he sido muy egoísta y un estúpido. Sólo lo vi tan fácil... igual que cuando apostaba...

No sé por qué razón me conmueven sus palabras hasta el punto de que mis ojos se humedecen.

-- No sé qué decir William.

-- No digas nada -- me abraza y me besa en la mejilla--. Mañana regresaré, ya he comprado el billete. Me gustaría que conocieras a mi mujer, y a mi hijo. Podemos ir juntos, y más adelante, cuando me atreva a pedir perdón a nuestro padre... Me gustaría que ellos también vinieran alguna vez.

No sé si llevada por la ira que he sentido al ver a Arthur y Victoria juntos,

acepto acompañarle. Tal vez necesite eso, cambiar de aires, aunque todo sea demasiado precipitado. Él asiente y no dice nada más, es posible que sepa algo sobre el duque y yo, pero no lo ha mencionado. Y se lo agradezco.

Cuando todo sale mal.

Maldigo a Victoria por aparecer en el momento menos oportuno. Lo tenía todo planeado, y al verla en el baile se agarró a mí, y por un segundo pensé que intentar poner celosa a Emily sería una buena idea. Maldigo también esa decisión estúpida. Tal vez estaba movido por la rabia al verla con McLeod, y porque en cada intento por acercarme a ella ha huído de mí y no me da la oportunidad de hablar. Pero justo cuando todo estaba yendo tal cual lo había planeado hace meses, ahora me veo de nuevo buscando a alguien que sabe muy bien desaparecer, igual que su hermano.

Decido ir yo mismo a hacer una visita al despacho de Henderson & Clark. Podría haber enviado a Edgard, pero no quiero esperar, y de paso mi presencia agilizará las cosas.

-- Bienvenido, excelencia --me saluda el pequeño hombrecillo por encima de sus anteojos al verme entrar.

Yo hago un gesto afirmativo con la cabeza y me siento. Él hace lo mismo y saca una carpeta de uno de los cajones que hay bajo su mesa.

-- No haría esto si no fuera usted el que me lo pide. Aunque básicamente, la señorita Jhonson no me ha pedido expresamente que guarde esta información. Por lo que no estaría incumpliendo mis obligaciones con la cliente... --dice intentando justificarse mientras tiende la carpeta hacia mí.

Yo asiento con la cabeza y alargo la mano para coger la carpeta. Leo los documentos que hay en su interior y sonrío. Después de desaparecer, Emily ha enviado la dirección donde, según comunica al abogado, desea recibir su asignación y las rentas de las propiedades que le dejó el vizconde. Sí, tengo que admitir que aunque el vizconde de Burrell es el verdadero padre de los hermanos Jhonson, decidí añadir una nueva información... tal vez falsifiqué algún documento, pero no podía permitir que Emily se casara con Richard, ¿no creen?

Cuando mis hombres descubrieron que el vizconde les había dejado su herencia, Edgard hizo lo que tenía que hacer para que la recibieran pero a través del marqués. Fue rápido y fácil, y Emily quedaba libre de ese

matrimonio estúpido con Richard. No puedo permitir que esté con otro hombre. La sola idea me hace rabiar, simplemente no puedo soportarlo. Y ahora la echo de menos. La necesito y ha desaparecido. Había esperado un mes entero para comprobar qué haría Emily ahora que tenía su herencia, si se buscaría a otro, si realmente tendría algo con McLeod. La he tenido vigilada todo este tiempo para nada.

El abogado me mira entrecerrando los ojos, como si quisiera leer mis pensamientos.

-- ¿Los Jhonson saben donde están?

-- La señorita me ha comunicado que les entregue su dirección además de unas cartas y las rentas de algunas propiedades.

-- Quiero ver esas cartas.

-- Pero señor... eso sería... --él parece dudar.

-- Se las entregaré personalmente a sus destinatarios.

Él me mira y luego al cajón bajo su mesa.

-- No me responsabilizo de lo que ocurra, se las entrego confiando en que su excelencia las entregue... --dice levantándose para entregarme las cartas y desaparecer del despacho. No quiere ver cómo las abro. Es demasiado para él, y sonrío cuando cierra la puerta tras de mí.

A mis padres.

Os escribiré cada mes hasta que vuelva y desearía que lo hiciérais vosotros también, os echaré tanto de menos, a vosotros y a Ernest. William ha tenido un hijo y me gustaría poder convencerle para que fuera con él y su mujer a Londres y podáis conocerlos. Pero si no es así, me gustaría poder convencerlos a vosotros de que vengáis a París.

P.d. No creo que pueda convencer a Margheritte de que vuelva a Londres. Le gusta demasiado París.

Vuelvo a cerrar la carta y abro la siguiente. Siento rabia al leer que asiste, como si no se acordara de mí, a todos los bailes, salones, teatros y demás distracciones que están de moda en el continente. Abro otra carta, va dirigida a las viudas Harris y Blair.

A mis queridas amigas.

Siento que ninguna ganara la apuesta, pero ya les dije que era demasiado descabellado, sobre todo por el duque. Tengo que confesarles que sí, estoy enamorada de Lord Arthur. Ya tienen un cotilleo nuevo, y si quieren alguno más vengan a París, les invito a hacer el Grand Tour y visitar Italia, siempre me hizo ilusión viajar.

Es el colmo, Emily las invita a hacer un viaje turístico por Italia. Quiero romper las cartas, pero no lo hago. Me levanto enfurecido y no dejo de moverme hasta darme cuenta de lo que he leído: Emily está enamorada. Y lo dice como si hablara del tiempo. Yo estoy aquí sufriendo lo indecible y ella, aún afirmando que está enamorada, se va tan tranquila a hacer un viaje por media Europa.

Las noches de París.

He bebido más de la cuenta y tengo ganas de vomitar. Aunque también podría ser debido a las tonterías que oigo de los charlatanes que rodean siempre a Lady Anne Rice. Esa mujer siempre tiene en su salón a algún filósofo o poeta muerto de hambre. Aún así podría soportarlo, con lo que no puedo es con esos intelectuales que creen saberlo todo. Ahora entiendo por qué el resto de invitados siempre están bebiendo en los simposios que celebra.

Llevo un par de meses en París y estoy esperando ansiosa ir a Italia. No es que no me guste París, en comparación a la rigidez que he conocido en la sociedad inglesa, prefiero la laxitud de los franceses, pero hay algo que me hace sentir nostalgia, hay alguien por quien quisiera volver. Hay alguien que aparece en mi cabeza aunque lo niegue ante mi hermano cada vez que me pregunta. Al principio no quiso entrometerse, pero durante el trayecto hasta aquí, tanteó el terreno hasta sonsacarme lo que había ocurrido entre el duque y yo. Me convenció de que relacionarme con la gente que había conocido en París me ayudaría a olvidarle. Y aquí estoy, con la viuda francesa de un inglés que, como no sabe qué hacer con el dinero de su difunto esposo, patrocina a todos los artistas que llaman a su puerta. Y creo que más de uno además de su patrocinio disfruta de otros beneficios. Si esto ocurriera en Inglaterra, sería uno de los mayores cotilleos y escándalos, pero aquí es bastante habitual y a nadie le importa lo más mínimo. Es una de las diferencias, entre otras. Así que en los salones se puede vivir de todo, desde discusiones dialécticas interesantes, a seducciones entre la aristocracia y los que la rodean, pasando por el tedioso momento que estoy viviendo ahora. Veo pasar a un camarero y cojo de su bandeja otra copa de champagne. Bebo un sorbo y cuando levanto la vista observo un mapa de Europa que, enmarcado en la pared empapelada, parece llamarme a ir a algún lugar lejano a donde me encuentre. Mi cabeza da vueltas por un momento y decido levantarme para salir al balcón.

-- Una preciosa noche. Quien no pueda describir una noche de verano, es que no merece llamarse poeta.

Yo me giro y pienso que otro poeta más y soy capaz de tirarme por el balcón.

-- Yo no diría preciosa noche, si fuera poetisa --le respondo cortante.

-- ¿Cómo la describiría una no-poetisa? --dice el caballero, apoyándose en la balaustrada, a mi lado.

Me giro y lo miro evaluando si contestar o marcharme de allí sin decir nada.

-- Tal vez diría que es una noche de mierda --digo secamente dirigiéndome hasta la puerta.

Lo que me faltaba son tonterías, pienso amargada.

-- Una descripción dura --dice con una carcajada.

Yo me giro y le dedico una mirada dura también.

-- Tal vez es así como usted la percibe, pero le aseguro que podría utilizar otras palabras... pruebe otra vez, por favor --me dice con un ruego en la mirada, me parece una tontería, pero por alguna razón le sigo el juego, tal vez por aburrimiento, o por hablar con alguien.

-- Una noche en vela en este balcón no tiene parangón --digo escuetamente.

-- Es un comienzo --dice riendo.

-- No será usted uno de esos poetas de ahí dentro...

-- Es sólo una afición. Pero veo que a usted no le gusta demasiado, lo que me hace preguntarme, por qué está aquí.

-- He venido por aburrimiento, y por la insistencia de mi tía, que parece disfrutar enormemente con estas distracciones, sin embargo tiene razón, no quisiera estar aquí.

-- ¿Dónde le gustaría estar? --me pregunta sonriendo. ¿Ese hombre siempre está alegre o me lo parece a mí?

-- Me gustaría estar en Italia --le confieso.

-- Italia... ¿por qué Italia? ¿París no es suficiente? ¿Inglaterra?

-- París no está lo suficientemente lejos de Inglaterra --digo ante mi propia sorpresa. Sí, tal vez es lo que quiero, alejarme todo lo posible del duque. Y comprobar que puedo vivir sin él, aunque a veces hasta respirar me cuesta.

-- Ningún lugar está lo suficientemente lejos de Inglaterra, señorita...

-- Emily... Jhonson.

-- Jean Claud Dumont, poeta aficionado y comerciante por obligación.

-- Me gusta más lo de comerciante que lo de poeta.

-- ¿Qué tiene en nuestra contra?

-- Mi prometido era poeta...

-- ¿Ya no lo es?

-- ¿Poeta o mi prometido?

Él se ríe y yo le sonrío finalmente.

-- Ya no es mi prometido. Y poeta no lo sé, se limitaba a recitar a otros. Pero me aburría igualmente.

-- ¿Y por eso está aquí?

-- No exactamente, como puede apreciar por mis palabras no sentía gran cosa por él.

-- Comprendo, así que es por otro.

Yo asiento con la cabeza y desvío la mirada hacia la ciudad, que se presenta llena de luces ante nosotros.

-- Se escandalizaría si supiera por quién estoy aquí.

-- Si supiera por qué me hice poeta, usted también se escandalizaría, me temo. A mi edad cualquier cosa me parece una nimiedad.

-- El padre de mi prometido --digo sin pensarlo dos veces, cómo necesitaba soltarlo a alguien.

-- Vaya, me esperaba algo que me sorprendiera, pero no tanto.

-- ¿Lo ve?, se ha escandalizado.

-- No, en absoluto, de hecho lo que me sorprende es que ese idiota no haya sucumbido a sus encantos y la haya dejado escapar.

-- Oh, si lo hizo, pero supongo que le duró poco tiempo.

-- El amor nunca habla demasiado, ni dice lo que encierra, ni perece ante la niebla, es el amante el que muere cuando no sabe que es amor lo que siente.

Yo lo miro enarcando una ceja.

-- Me esta diciendo que él no sabía lo que sentía por mí, y que se ha muerto, pues por mí como si se va al infierno, de todas formas ese maldito duque no me interesa ya lo más mínimo --afirmo tajante.

-- Sólo era un poema --dice él riendo de nuevo.

Yo le dedico una mirada dura y él intenta parar de reír.

-- Discúlpeme, no pretendía ofenderla. Era sólo un poema, pero sí, tiene razón, y así es como usted lo interpreta, ese es el poder del arte, cada uno de nosotros lo interpretamos bajo nuestros propios sentimientos. Nos descubrimos a nosotros mismos gracias a él. Yo puedo ver un paisaje y ver oscuridad y usted luz, y en un retrato puedo ver la tristeza en los ojos y usted puede ver ira. Y en un poema, usted ha visto a su enamorado representado en él, y no a usted misma.

-- No es mi enamorado, pero me ha gustado su descripción del arte, nunca lo había visto así.

-- Entonces hoy es un buen día, no ha sido un día perdido, finalmente. Hoy ha aprendido algo nuevo.

Yo le sonrío de nuevo.

-- Tal vez no lo hayamos perdido del todo, tiene razón. Pero si pretende engatusarme lo habrá perdido usted, porque conmigo no le funcionará eso.

-- ¿Y qué funciona con usted?

Yo lo miro entrecerrando los ojos y le contesto con una sonrisa.

-- Normalmente prefiero que me digan lo que quieren directamente. Por ejemplo ¿qué quiere usted?

-- Una conversación distinta, con una mujer bonita. Y usted está cumpliendo con esas expectativas.

Yo vuelvo a reír negando con la cabeza.

-- Con esa boquita debe conquistar a cualquier mujer que pretenda conseguir.

-- Tal vez no desee conquistar a nadie... Y usted tampoco, pero lo hace... -dice tendiéndome la mano para que le acompañe.

Yo asiento y le sigo, pero cuando estamos en el salón me detengo ante Margueritte, que parece embelesada con un caballero entrado en años y con una prominente barriga. No entiendo cómo lo puede mirar así.

-- Señor Dumont --digo inclinando la cabeza a modo de saludo.

Margheritte me sigue a regañadientes sin dejar de girar la cabeza cada dos segundos para hacerle ojitos a su enamorado.

-- No quiero ir a Italia --me dice mientras nos dirigimos hacia el

vestíbulo.

-- Quédate con William --le digo escuetamente.

-- ¿Quién era ese caballero?

-- No era un caballero, era un comerciante, Jean Claude Dumont.

-- No tendrá título, pero es un caballero, y muy rico.

-- Yo lo soy más.

-- Últimamente tienes una soberbia. Ahora entiendo por qué los nobles son como son...

-- No digas tonterías, es que no quiero casarme con nadie, y tú ves un posible marido en todo el que se me acerca.

Ella niega con la cabeza.

-- Sé que nadie te quiere decir lo que todos sabemos, pero ese duque no va a venir a por ti, no tienes que esperar. Y si no quieres fijarte en otro porque te desvirgó piensa que esto es Francia, y en el continente eso no es tan importante.

Mi cara de estupefacción debe ser digna de un retrato, porque el cochero que nos abre la puerta se queda boquiabierto al verme.

-- ¿Se encuentra bien señorita?

-- Ya me ocupo yo, André --le dice mi tía empujándome para que suba al carruaje.

-- Se te nota demasiado, querida.

-- Todo el mundo sabe todo --contesto como una niña que ha perdido a las cartas.

-- Yo sé todo, o casi, pero no por sabia, sino por vieja.

Yo ruedo los ojos y me giro hacia la ventanilla.

-- ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me case con otro? ¿Y para qué?

-- Para que se te quiten esa cara de amargada. Mira ese es un buen motivo.

-- No tengo cara de amargada. Y si la tuviera no sería por no estar casada.

-- Es ese duque. Pero otro hombre puede hacer lo mismo que él, eso te lo puedo asegurar, e igualmente no por sabia sino por vieja que lo sé.

-- No quiero otro, le quiero a él --confieso sin apartar la vista de la ventanilla.

-- Entonces no hay más que hablar --dice y da dos golpecitos al techo.

-- ¿Qué haces?

Antes de poder contestarme, el cochero baja y nos abre la puerta. Margheritte baja rápidamente.

-- Pero... --no me da tiempo a acabar porque frente a mí está la persona que me ha hecho huir de Inglaterra y venir hasta París.

-- ¿Qué... cómo... --pregunto estupefacta.

Margheritte se escabulle y desaparece, la sigo con la mirada sacando medio cuerpo para localizarla y la veo entrar en otro carruaje, que nos seguía hasta aquí.

Vuelvo la vista hacia el duque y me derrito al verlo. Está más guapo de lo que recordaba.

-- Vuelve a entrar --me ordena, y yo le obedezco sin rechistar. Me he quedado bloqueada, no entiendo cómo ha logrado encontrarnos y qué tiene que ver Margheritte en todo esto. Pero no soy capaz de pensar más cuando le miro, es como si me hubiera hipnotizado de nuevo con sus ojos azules.

Él se sienta frente a mí y da dos golpes al techo. El carruaje se pone en marcha.

Me mira en silencio y yo no sé qué decir. No sé qué hacer. Le sigo deseando como el primer día que me besó. Le miro de arriba abajo y suspiro involuntariamente.

-- ¿Dónde vamos? --digo al fin, intentando que mi voz no suene demasiado baja y descompuesta.

-- Vamos a mi habitación --se limita a contestar.

-- ¿Qué habitación?

-- La que uso en la casa que he alquilado.

Yo lo miro boquiabierta.

-- ¿O quieres que te folle aquí mismo?

No soy capaz de articular palabra. Quiero lo mismo que él, ya no me importa lo que ocurra después. En París podemos ser amantes, es algo tan natural aquí, pienso rápidamente.

-- ¿Y bien? --insiste.

-- Prefiero esperar a la habitación --admito. Después de tanto tiempo, ¿qué importa esperar un poco más?-- ¿Queda mucho para llegar?

Lo veo sonreír en la oscuridad y pongo los ojos en blanco.

-- No mucho --me responde con un tono de voz menos seco.

Cuando llegamos, él tira de mí y no me suelta hasta llegar a su habitación.

No dice nada, sólo comienza a besarme y yo dejo que lo haga. No pierde el tiempo, me lleva tirando de mi mano hasta la cama y se sube encima de mí, todavía vestidos. Sólo gasta unos segundos en bajar su pantalón y subirme la falda para embestirme con una erección enorme. Siento un alivio de algo que

tenía retenido en mi interior durante meses. Lo deseaba tanto. Mientras me embiste intento desnudarle y besarle a la vez. Y él hace lo mismo.

Después de hacer el amor unas cuantas veces seguimos en silencio, con la mirada perdida en el techo. La única vela encendida se apagó hace rato con el aire que entraba por la ventana. La oscuridad nos envuelve y oculta nuestras emociones.

No puedo evitar girarme hacia él y acariciar la piel de su torso. Acariciar su vello rubio sobre su pecho. No sé cuántas veces le he acariciado esta noche, pero es ahora cuando más lo siento.

Él atrapa mi mano y la lleva a su mejilla. La abre para que la tenga en mi palma. Siento cómo cierra los ojos. Ese hombre que siempre me pareció tan duro y tan idiota se muestra por unos segundos tan suave y tierno como un cachorrillo. La tenue luz de la ciudad entra a veces por la ventana a través de la cortina que mueve el viento. Y a ratos veo su rostro que cierra los ojos.

-- No me importa lo que ocurre... sólo quiero saber hasta cuándo ocurrirá.

Él se gira también hacia mí.

-- ¿Qué ocurre para ti?

-- Estoy sustituyendo a Victoria --digo pesadamente. Es duro admitirlo.

-- No la estás sustituyendo.

Emito un sollozo que reprimo en el mismo momento.

-- Ella también estará contigo --digo en un susurro--. No sé si puedo ser capaz de soportarlo --admito sin llegar a separarme de él, pero deteniendo mi mano y cesando mis caricias.

-- ¿Qué demonios estás diciendo? --dice de repente cambiando su lánguida voz por la habitual más dura--. Victoria es pasado desde que la eché de Whiteshore. He venido hasta aquí pasando los peores meses de mi vida, no tienes ni idea de las cosas que he hecho por ti, ¿cómo voy a querer que seas mi amante? ¿no te das cuenta de lo que quiero?

No sé qué decir, me quedo asombrada y a la vez me da miedo saber más, o saber qué cosas habrá hecho.

-- ¿Qué quieres?

-- Quiero que seas duquesa.

Aunque al empezar mi relato iba a ser duquesa, cuando mi prometido heredara el título, finalmente lo soy, pero por razones distintas. Y es que mi marido, ya lo es. Y el que era mi prometido ahora es mi hijastro. Jamás pensé que me convertiría en madrastra, y eso es algo que me eriza el vello de la piel. Normalmente la madrastra es la mala del cuento, pero en este cuento, no hay malos, sólo gente con necesidades muy básicas y con deseos todavía más.

Pd. Escribo ahora desde Italia, coincidimos en Roma con las viudas Harris y Blair, pero seguimos nuestro viaje por el sur, hasta Nápoles, luego decidimos viajar al norte, concretamente a Venecia. No nos cansamos el uno del otro y a pesar de lo rara que pueda parecer nuestra historia, somos felices. Por cierto, ya me he enterado de algunas de las cosas que hizo por mí, como falsificar algunos documentos y que Richard crea que es mi hermanastro. Pero después de tantos embrollos hemos decidido no hacer nada para aclararlo, y sólo William y yo sabemos la verdad. También hizo algo con respecto a McLeod, pero prefiero no decir a que lugar del Imperio lo envió... sólo puedo afirmar que ningún hombre se me acerca desde entonces.